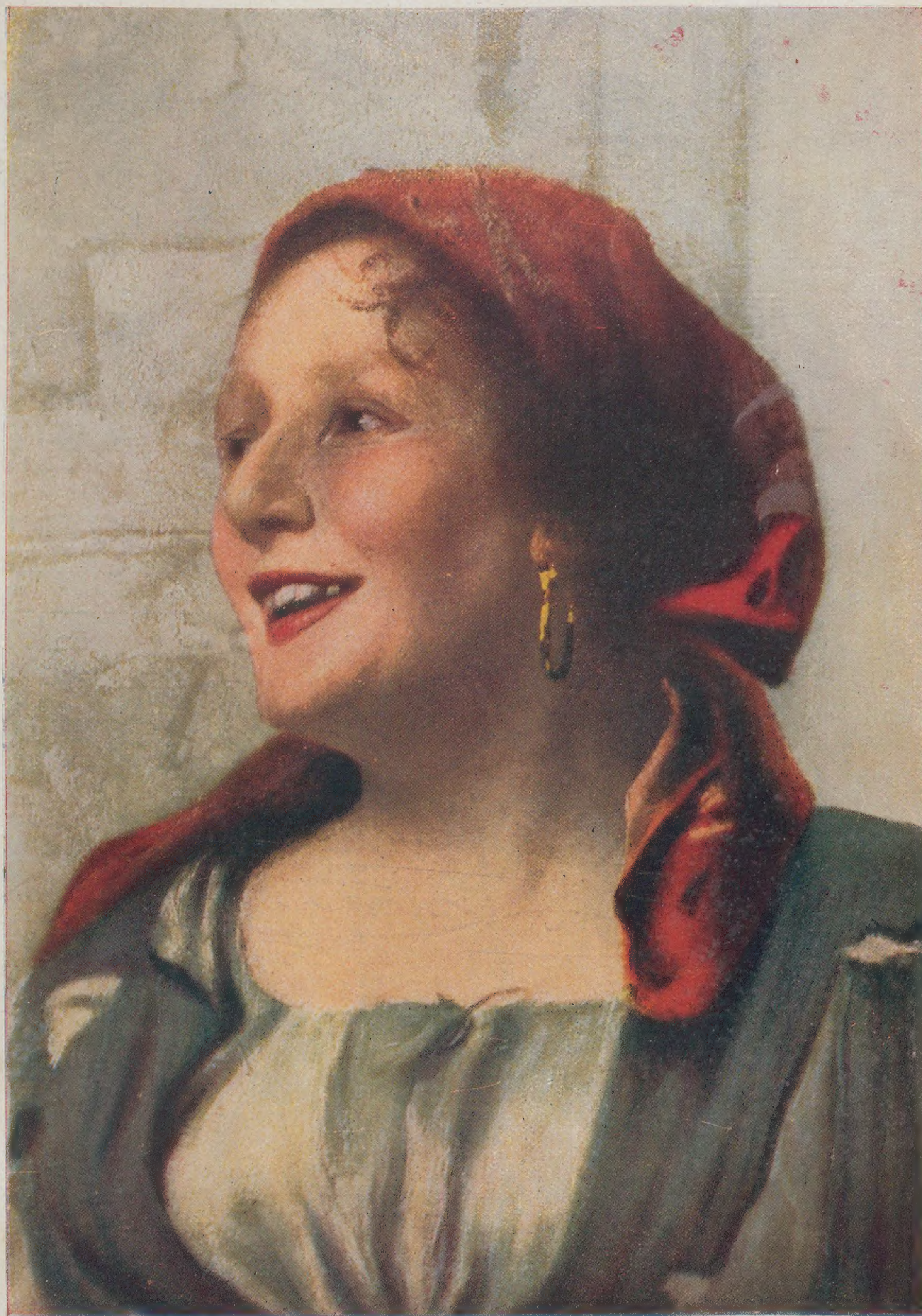
Fray Mocho

REVISTA SEMANAL





"NAPOLITANA"

N.º 799



Estas Galletitas..

creadas por **TERRABUSI,** para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno,** la **merienda, entre comidas,** las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con que ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manón se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de 1|4 kilo, a $ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa

ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi



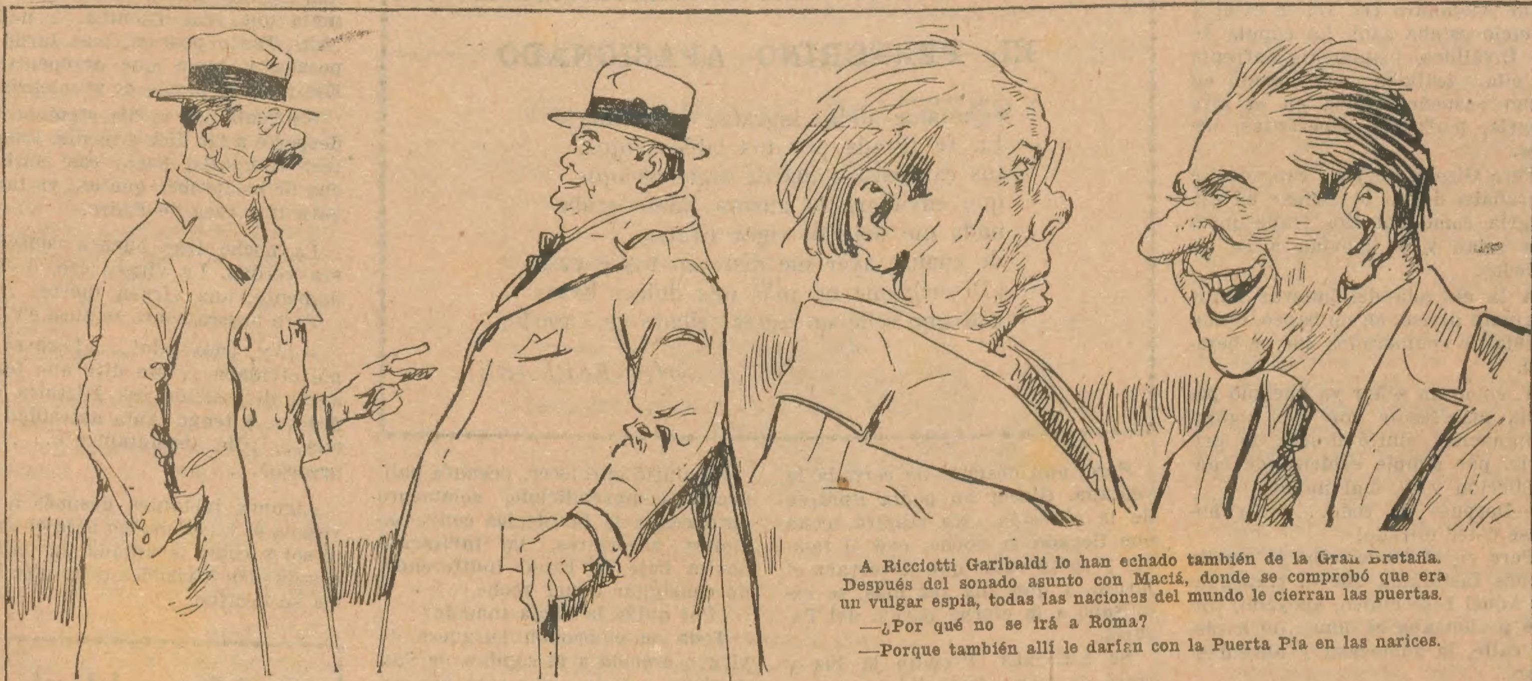


FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, agosto 16 de 1927 N.° 799

De todas partes, por Rojas



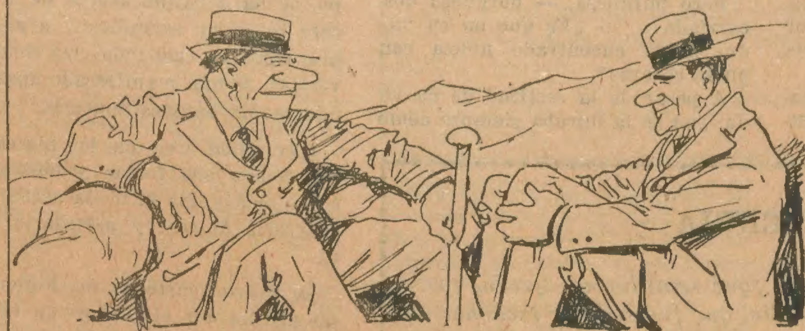
A Ricciotti Garibaldi lo han echado también de la Gran Bretaña. Después del sonado asunto con Maciá, donde se comprobó que era un vulgar espía, todas las naciones del mundo le cierran las puertas.

—¿Por qué no se irá a Roma?

—Porque también allí le darían con la Puerta Pía en las narices.

—En el campo político se observa un gran movimiento en favor de la candidatura de Julio Roca para la gobernación de Córdoba. ¿Qué le parecería a usted otra vez Roca en el gobierno cordobés?

—Que más vale malo por conocido, que bueno por conocer.



—En Zurich, un alpinista que perseguía a una mujer, le sorprendió una nevada en plena montaña y murió helado.

—No comprendo como ha podido morir de frío un fresco.



—Un industrial de Shefield ha inventado una navaja de afeitar, pero al ofrecer su invento a varios compradores de patentes norteamericanos, no le llevaron el apunte porque se presentó con una barba que le llegaba casi a las rodillas.

—¿Y qué dijo el inventor?

— Que no se afeitaba para demostrar que al que se le había ocurrido aquello era un tío con toda la barba.



La huelga de los pescadores de Mar del Plata parece solucionada. Sólo unos cuantos pescadores se mantienen firmes en su actitud de resistencia.

—Es lo que ellos dirán: los verdaderos pescadores debemos tener agallas.

LA INUTIL LUCHA

Por Augusto Villeroy

Gisela regresó, bastante turbada por el encuentro que acababa de tener.

En el Salón, donde, como todos los años, había expuesto un paisaje, se había encontrado frente a frente, en forma inesperada, con su camarada Pedro Deltil, a quien ella creía todavía en Egipto.

Después de un lento paseo alrededor de las salas de escultura — el mercado de yeso, como decía Pero, — se habían separado bajo el pórtico del Gran Palais, con un largo apretón de manos y una sonrisa, diciéndose simplemente....

—¡Hasta pronto!

Gisela, ahora atravesaba el puente de Alejandro III. Hacía calor y el cielo estaba azul. La cúpula de los Inválidos, justamente enfrente de ella, brillaba suavemente en pleno ensueño. Había en el aire alegría, perfumes, esperanzas, deseos.

Pero Gisela, un poco cansada, se extrañaba de no participar en esa alegría como aquellos transeuntes que reían y se movían a su alrededor.

A la entrada del bulevar Saint Germain divisó, en un banco, a una pareja de enamorados que se besaban.

Y, como un señor ya anciano parecía manifestar por ello alguna indignación, sintió deseos de gritarle, por simple espíritu de contradicción y de mal humor.

—Después de todo... ¡No hubiese usted mirado!

Pero en el fondo, ella no estaba menos fastidiada que el transeunte. Aquel beso cínico, apoyado, fijo que prolongaba el domicilio a plena calle, la sublevaba y apretó el paso.

Ante el espejo de un establecimiento se quedó sorprendida al notar la gracia de su propia silueta: su talle alargado, gracioso, envuelto en una toilette primaveral; piernas nerviosas, con finas medias de seda. Acortó el paso y se sonrió a sí misma.

Desde luego, aquellos labios rojos, el tinte claro, los rasgados ojos negros, expresivos y cálidos. sobre todo, pertenecían a no dudarlo, a una mujer jóven. ¿Qué edad tendría más o menos? ¿Veinticinco años?... Tal vez no. Eran muchos.

Unicamente ella sabía que tenía treinta y siete bien cumplidos y que la joven no era más que una vieja... Suspiró y reanudó su marcha.

Llegó a su casa, a su vasto taller situado en la calle Guynemer. Comió allí sola, servida por su vieja sirvienta, Sofía, que la había educado casi y a la que sus padres habían ligado con sus principios.

Abajo, por el gran ventanal abierto, veía la masa espesa de árboles del Luxemburgo, que olía como un incensiario, con sus rincones sombríos llenos de pájaros y de niños.

Por un instante se inclinó un poco y se sintió acariciada por una suave brisa templada y olorosa. Bebía el aroma amargo y azucarado a la vez, tiernamente, con las narices dilatadas, los sentidos conmovidos y el corazón palpitante.

Fué entonces cuando descubrió en el jardín, sentada en un banco muy cerca de la verja, una nueva pareja enlazada. La réplica exacta de la otra.

El mismo abandono, el mismo olvido de todo, el mismo éxtasis, y adivinó otras muchas por todas partes, en los rincones de sombra, y en la terraza al pie de las estatuas.

—Cierra la ventana — ordenó a Sofía. — Se siente un poco de frío.

Pero, aun después de cerrada la ventana, Gisela no podía librarse de la obsesión. No respiró hasta que llegada la noche, oyó el tambor y comprendió que se cerraba el jardín, y que una vez más, se expulsaba a la eterna pareja del Paraíso.

Se asfixiaba. Prendió la luz y trató de leer. ¡Imposible!

Hacia las once, pasó a su tocador. Allí, ante el espejo, con la carne toda perlada de agua, admiró gravemente su sanada desnudez, como antes había sonreído a su elegancia. Y de pronto... — ¿por qué? — las lágrimas llenaron sus ojos. ¿A qué todo esto?

Se deslizó en el lecho que le pareció inmenso, helado y no pudiendo dormir encendió un cigarrillo...

Pero el perfume de opio del tabaco la hizo pensar en Egipto y evocó de pronto la imagen de Pedro. Un recuerdo la asaltó bruscamente.

El joven la había dicho en el Salón que se quedaría en casa toda la mañana siguiente.

Se sintió enrojecer, después palidecer, comprendiendo, solamente entonces, a la luz de las conversaciones anteriores, la invitación oculta bajo la banal indiferencia de consignar aquel hecho.

¿Por quién la había tomado?

Toda su educación burguesa de virgen crecida a la sombra de San Suplicio, artista solamente por vocación, — casi por prescripción, decía su familia, — la subía al cerebro. ¡Ah! ¡No! Hay cosas que no se hacen...

Pero burguesa, — burguesa descarriada... — ¿Es que en su medio había encontrado nunca con quién casarse?

A pesar de la rectitud de su vida, ¿no se la miraba siempre como un poco sospechosa? ¿Entonces, qué? ¿Tonta? ¿Eternamente tonta? ¿Condenada a no conocer nunca la vida, la verdadera vida, a mantenerse lamentablmente en una especie de zona neutra, en la frontera de dos clases sociales hasta la muerte?

!Y después, su edad!

¡Su edad! Casi tenía los cuarenta, cuya cifra sonaba a sus oídos como un toque de funeral. Estaba tocando el límite de su juventud, de su inútil juventud!

Bella siempre. Siempre deseable... Y después de todo... ¡Ella era libre! No se exponía a causar mal alguno, sino a ella misma. No tenía que dar cuentas a nadie. ¡Ah! Tanto peor sí, más tarde le pesaba y tenía que arrepentirse. Ese sería el precio de su alegría.

Sin embargo, al día siguiente se despertó a las diez y media. Estaba casi tranquila, hasta casi satisfecha de comprobar que era ya tarde para ir a casa de Pedro.

La noche trae buenos consejos era verdad. La virgen era, decididamente, una virgen fuerte...

Pero bruscamente se puso en pie.

—¡Ay, Dios mío!... Pero si se me olvidaba... Me dijo que tenía a mi disposición esa Historia del Arte... y tengo tanta necesidad de ella... ¡Oh, absolutamente.... Es preciso!...

Algunos instantes después atravesaba el Luxemburgo bajo el fuerte sol y como levantada por millones de alas invisibles caminaba hacia su destino.

EL PEREGRINO APASIONADO

¡Quítame todo, ingrata, fementida!
La fe jurada por tus labios rojos,
tus caricias, la luz de aquellos ojos
que envidiara la aurora humedecida,
nada me deje tu rigor tirano
de cuanto ayer me diste en tus excesos
¡Devuélveme no más mis dulces besos
con que sellé un amor sellado en vano!

SHAKESPEARE.

AUSENCIA

Puesto que ella se sa ido, ¿qué remedio nos queda, corazón, sino vagar por el jardín, que fué suyo, ir escuchando una las voces que le fueron familiares, por si en alguna de ellas ha quedado un mensaje para nosotros? Sí, le habrá; no es posible que nuestra apasionada devoción, vibrante tantas veces a su lado, en estos lugares, haya dejado de despertar en ellas más de una vibración simpática. ¡Hay tantas cosas en este jardín, que hemos aprendido juntos, su maestro, yo y ella, mi maestra, otras veces discípulos los dos!

Ella me dijo el nombre de las estrellas y me descubrió muchas flores que yo en mi vida de ciudad no había conocido nunca; yo le enseñé palabras desconocidas y ritmos nuevos; juntos aprendimos que la sombra de cada árbol tiene un matiz distinto; que el ramaje de cada uno de ellos levanta el aire distinto, y descubrimos el color de los ojos de los cisnes, y contamos cuántos son los círculos que forman una piedra al caer en el agua, y cuántas son las chispas que saltan cada vez que se hiere un pedernal, y cuantas vueltas da una hoja de rosa desde que se desprende del rosal trepador en lo alto de la tapia hasta que se queda en el suelo.

AZORIN.

Un defensor del café

Mucho, y desde hace mucho tiempo, se ha debatido acerca de si el café es o no perjudicial, y siempre, como en casi todas las controversias, se han manifestado apasionadamente opiones opuestas.

Hay quien cree que los higienistas tienen sus fobias y obedecen a la moda y que la moda actual es contraria al café y partidaria del té.

La mayor parte de los higienistas afirma que el café es un veneno que acorta la vida. No obstante esta afirmación, todos podemos citar un buen número de hombres célebres, de sabios, de escritores y hasta de médicos que fueron grandes aficionados al "tóxico" y que, sin embargo, alcanzaron una edad avanzada.

¿Será verdaderamente un veneno el café? ¿Acorta la vida?

Es posible. Acaso tienen razón los que lo aseguran.

Pero, como informa un diario parisino, no era esa la opinión de Fontenelle, que consumió muchísimo café y vivió cien años. Alguien le dijo un día:

—¡Desconfíe usted! El café es un veneno lento.

—¡Ya lo creo! — respondió Fontenelle. — Tan lento, que hace más de sesenta años que lo tomo todos los días, y... ¡ya ve usted!

BUENOS ENEMIGOS

Por Achmed Abdullah

El palacio parecía un epítome de la antigua grandeza francesa; no de la grandeza republicana — puesto que los Duques de Montaiglon nunca habían confesado que la República de Francia existía — sino de la grandeza de los Borbones que había muerto bajo la guillotina.

Esta tradición era no sólo la nota dominante del palacio mismo, incluyendo los hermosos salones Luis XV; era también la nota dominante de la gente que llenaba el palacio aquella noche. Aristócratas, eran todos ellos, y todos estaban emparentados.

Viejos y jóvenes, tenían, casi sin excepción esa cualidad sutil que se llama cultura — un aroma espiritual y elusivo de gloria antigua y ligeramente mohosa. — Como el aroma de un botella de buen vino añejo, — pensó Raúl de Girardin, cuando entregó su sombrero y su capa a un lacayo.

Esta era su primera aparición en la sociedad parisiense, y era suficientemente joven e ingenuo para sentirse importante por el hecho de que pertenecía a esta sociedad por derecho de sangre; para sentir cierta emoción cuando la viuda Duquesa de Montaiglon lo saludó como "Primo Raúl".

El se inclinó sobre su mano arrugada.

—Madame la Duquesa, — murmuró.

—No me llames así. — Ella tenía una voz que parecía pertenecer a un sargento de dragones. — Llámame prima. Esa es nuestra costumbre.

El se sonrojó; y se odió a sí mismo por haberse sonrojado. No podía dudarlo, pensó; se sentía incómodo en esta sociedad, a pesar de su orgullo.

Su incomodidad creció cuando la Duquesa lo llevó ante los graves y maduros duques, condes y marqueses — los jóvenes bailaban en el salón amarillo — y con su voz profunda lo presentó a derecha e izquierda; al "Primo Carlos", el poeta de barba blanca, cuya vida inmaculada daba un mentís a sus estrofas de pasión purpúrea; al "Primo Roberto", que era un Cardenal de la Santa Iglesia, soberbio en el escarlata y amatista de sus vestiduras; a la "Prima Enriqueta", de nariz aguileña que, por motivos desconocidos, llevaba polainas y medias de lana con su vestido de noche generosamente escotado.

Raúl de Girardin sintió gran alivio cuando, por último, la Duquesa lo dejó solo, y, tras una de las palmas del salón, encontró refugio en una cómoda silla, con un cigarro excelente y con sus pensamientos.

Había estado esperando el baile de esa noche; pero hasta ahora sólo había sido una prueba para él. Estos hombres y mujeres, con sus cortesías, sus frases escogidas, sus ojos fríos, parecían ser diferentes a él. Después de todo, ellos eran parisienses. Ellos eran franceses.

Y él era corso, a pesar de toda la sangre francesa que le corría por las venas; y había pasado los veinticinco años de su vida en una enorme mansión — llamada "castillo" parte por cortesía y parte por ironía — en la costa occidental de la isla, con su madre, Madame de Girardin.

Esta pertenecía a la famosa familia corsa de Pozzo-Paoli. Se había casado con un francés que había muerto durante la luna de miel. Así lo había dicho su padre, el abuelo de Raúl.

—Cuando tu padre murió, tu madre casi perdió la razón — había dicho el viejo Conde Pozzo-Paoli a Raúl. — Pero cuando se recobró pareció haberlo olvidado. Y los doctores dicen que el peligro de una recaída está siempre presente. Por eso, no debes pronunciar el nombre de tu padre enfrente de ella.

—No, abuelo.

Sólo una vez había olvidado su promesa. Había encontrado en un libro la fotografía de un joven en uniforme de caballería, en la que estaban escritas las palabras: *"Je t'aime follement!"*

—¿Es éste mi padre? — había preguntado bruscamente.

Ella había tomado la fotografía. Había mirado fijamente a Raúl, sin hablar. La sangre le subió a la cara.

Raúl, afligido, le había pedido perdón.

Ella había sonreído. Pareció, de súbito, olvidarse de la pregunta.

—¿Me amas, Raúl? — le preguntó con su voz dulce.

—Con todo mi corazón, madre.

* * *

La amaba, con ternura, con devoción; había sido muy feliz con ella, en aquella vieja mansión, viviendo la vida casi primitiva de un caballero corso.

Y luego, de súbito, se había cansado de aquella vida.

—Así lo dijo a su madre, añadiendo.

—Voy a París.

—¿A... a París? ¿Para qué?

—Para formarme un futuro.

—¿No eres feliz aquí? ¡Si hay algo que yo pueda hacer para hacerte feliz, Raúl! Si...

—Tú eres la mejor madre en todo el mundo. Pero... yo tengo ambiciones.

Por último ella había consentido; y, usando la influencia política de su abuelo, Raúl había obtenido un puesto en el Ministerio del Interior.

Entonces, unos pocos días antes de su salida, había habido otra discusión entre la madre y el hijo.

—Por supuesto, — él había dicho, — visitaré a algunos de nuestros parientes en París.

Había seguido un silencio durante el cual Raúl se dió cuenta de que su madre luchaba por dominarse.

—Estoy nerviosa, — había dicho, — porque me vas a dejar. ¡Pero, por favor, no visites a nuestros parientes! ¡Prométemelo... por favor!

—Pero, — él se había sentido asombrado; se había irritado un poco — si hay algún motivo especial que yo deba saber...

—¿Qué motivo especial puede haber? — Una vez más ella había hablado con vehemencia; luego se había dominado de nuevo. — Yes, — había añadido lentamente, como buscando palabras, — tú eres corso... y ellos son franceses... y...

—¡Ah! — él había reído, creyendo comprenderla ahora. ¡Una corsa llena de patriotismo! Bueno, si mis parientes franceses no me muerden, yo no los morderé. Y, seriamente, ¿cómo puedo evitar encontrarme con ellos? Se asombrarían si yo no los visitara.

—Es verdad, — ella había dicho al cabo de un momento, — ¡tienes razón! Escribiré a la Duquesa de Montaiglon.

—¡Oh! — exclamó Raúl — ¿Una duquesa? ¡Por Dios!

—Mi madre y su madre fueron primas.

—¡Magnífico!

* * *

Su madre había escrito la carta; y al llegar a París, una semana más tarde, Raúl había encontrado una nota perfumada en el hotel, pidiendo su presencia en un baile el sábado por la noche.

Y allí estaba ahora, fumando un cigarro y mirando sombríamente sus zapatos.

Una joven se había detenido frente a él y lo observaba, sin que él se hubiera dado cuenta de su presencia.

—Qué joven tan solemne, pensó ella. Pero bien parecido. Intensamente masculino y demasiado sensitivo; tal vez un poco quijotesco.

Ella habló de súbito:

—¿Sois acaso mi primo Raúl?

—El levantó la vista; se puso de pie, se inclinó ante ella.

—Sí, y vos?...

—Yo soy tu prima Isabel. ¿No me parezco a mi madre?

—¿Quién es ella?

—¡La Duquesa de Montaiglon! — replicó, imitando a la perfección la voz profunda de la Duquesa.

El se rió.

La encontró muy hermosa, con su vestido de oro bizantino que hacía aparecer más negros sus cabellos brillantes, con sus mejillas ligeramente pálidas, con sus ojos violados.

—No, — dijo. — No te encuentro ningún parecido con tu madre.

Hablaron fácilmente, con naturalidad, como si se hubieran conocido mucho tiempo. Simpatizaron inmediatamente.

Luego, cuando la música del sa-

EL TRIANGULO FRATERNO

Pobre hermanito, tu dolor es mío;
juntemos nuestras manos en oración,
y dejemos que pase en nuestro río
el agua gris de la resignación...

Mientras más sufre el alma más se encumbra,
es el pan de los fuertes el dolor;
las estrellas se ven en la penumbra,
y hermano de la muerte es el Amor.

La escala de Jacob está tendida:
misteriosa columna de cobalto,
entre el cielo y la tierra suspendida.
Dios espera a las almas en lo alto.

Contemplemos la noche frente a frente,
mientras mana en el alma la poesía;
las tinieblas desgárranse en la fuente,
cuya substancia eterna engendra el día.

Somos tres junto al pozo del Misterio,
—tres corazones y una sola voz—
voz humilde de amor y de sahumerio...
—en el centro del triángulo está Dios.

Fernán Félix de AMADOR.

LA MEJOR CONDUCTA

Aceptar el dolor con resignación; hacer a nuestro prójimo el mayor bien posible; no exigir sino el mínimo de satisfacciones materiales; juzgarse a sí mismo con severidad y juzgar a los demás, por el contrario, con benevolencia; conservar fielmente las buenas tradiciones y no oponerse a ningún progreso; estar dispuesto a dar la vida por su patria y querer a la humanidad; por último, ver en el dinero un medio y no un fin: tal es la línea de conducta que llevaría al hombre sencillo, si no a la dicha, que es una palabra de grandes alcances, al menos a la paz y a la tranquilidad del alma.

Francisco COPPEE.

lón amarillo llegó hasta ellos, allá fueron a bailar. Ella le enseñó los últimos pasos parisienses; y él le enseñó algunas danzas corsas.

La orquesta se componía sólo de violines. La música era dulce, seductiva, sollozante.

—Esto, pensó Raúl, — es lo mejor que podía haberme pasado en mi vida. ¡Y qué hermosa es ella! —como una Madonna con una boca roja y provocativa.

Luego la música se detuvo y los lacayos sirvieron champaña y pastelillos. Sentado al lado de ella, Raúl se dijo que estaba enamorado. ¡Locamente enamorado! Y la idea pareció reflejarse en su alma, y producir allí una gran luz.

Tal vez esa luz se reflejó en sus ojos negros, porque Isabel le preguntó:

—¿Qué te pasa?

El quiso replicar. — ¿No lo sabes? ¡Te amo!

Pero en vez de eso, dijo: —¡Aquí está la música de nuevo! ¿Quieres bailar?

—Por cierto.

—Perdonadme, — dijo una voz severa; — creí que esta danza me pertenecía.

Ellos se volvieron.

Un hombre de cabellos grises estaba ante ellos, alto y delgado. Su cara estaba marcada por la vida, tal vez por el vicio, pero había una tristeza extraordinaria en sus ojos acerados.

—Oh, sí, — dijo Isabel. — Lo olvidé. Os prometí este vals, ¿no es así? Raúl, déjame presentarte a nuestro Primo Clovis, Príncipe de Bretigny; Raúl de Girardin.

Los dos hombres se inclinaron.

—¿De Girardin, eh? — repitió el Príncipe, mirando fijamente a Raúl.

Raúl se sonrojó. De cierta manera se sentía celoso — celoso, menos directa que indirectamente —porque el otro debió haber conocido a Isabel hacía muchos años, y él la había conocido sólo esa noche.

Probablemente el Príncipe leyó sus pensamientos.

Se rió con una risa desagradable.

—Las mujeres, — dijo bruscamente, — me han fastidiado estos últimos quince años. Encuentro la fruta prohibida en extremo indigesta.

—¡Y sin embargo, queréis este vals! — dijo Isabel.

Un sacrificio de mi parte.

Se volvió a Raúl:

—La Duquesa me ha hablado acerca de de vos. ¿En el Ministerio del Interior?

—Sí.

—Venid a verme alguna vez. Club Cosmopolita.

***

Se dirigió con Isabel hacia el salón amarillo, mientras que Raúl se preguntaba por qué el Príncipe le había parecido tan extrañamente familiar. Lo había de haber visto en alguna parte.

Luego se dijo que, por supuesto, lo había visto, y había leído su nombre en varios periódicos: Clovis de Bretigny, el famoso espadachín, el duelista más peligroso de París.

Pensando en él, Raúl se dió cuenta de una mezcla extraña de emociones: simpatía irracional y antipatía irracional. Este hombre le interesaba, lo fascinaba. Aceptaría su invitación, y algún día lo visitaría en el Cosmopolita.

Volvió al salón amarillo.

Pero el vals era la última pieza de la noche. Ya los invitados se despedían y él sólo pudo murmurar unas cuantas palabras al oído de Isabel.

—¿Cuándo te veré de nuevo?

—El jueves, en la villa de los Galitzines.

—No los conozco.

—Ya recibirás invitación.

El salió a la calle. Decidió andar un poco.

La noche era tibia y el cielo estaba cubierto de estrellas. ¡Oh, era glorioso ser joven! ¡Glorioso estar en París! ¡Glorioso estar enamorado!

¡El amor! Lo había tomado por sorpresa porque era el primer amor de su vida.

Lástima grande que éste fuera el siglo veinte — ¡el siglo del papel y no del acero! Ahora no había oportunidad para hazañas heroicas...

***

Oh, sí; tenía que haber, cuando menos, una oportunidad.

Tomó su bastón como si fuera una espada; hizo algunos pases ante un enemigo invisible.

—¡En guardia! ¡Defendeos!

Luego oyó una risa a su espalda. Se volvió y vió al Príncipe de Bretigny.

—¿Peleando con las sombras, eh? — dijo éste. — Pasatiempo peligroso. Yo lo he hecho muchas veces. ¡Queréis acompañarme al Cosmopolita?

—Gracias.

Diez minutos más tarde llegaron al club. Había las acostumbradas mesas de juego, el ruido de las ruletas, los murmullos de los jugadores. Entraron a un pequeño salón y pidieron vinos. Hablaron de caballos, de política.

De súbito, el Príncipe preguntó:

—¡Cómo está vuestra madre?

—Muy bien. ¿La conocéis?

—La conocí hace muchos... muchos años.

Si en aquel momento Raúl no se hubiera inclinado para recoger su cigarro, habría notado la palidez que se extendió por la cara del Príncipe. Pero cuando Raúl se enderezó, la palidez había desaparecido, y el otro agregó:

—No mencionéis mi nombre en vuestras cartas. No debéis hacerlo... ¿me habéis oído?

—Pero...

—Mi nombre le recordaría... bueno... a vuestro padre.

Luego, Raúl recordó lo que su abuelo le había hecho prometer.

—No diré una sola palabra acerca de vos — replicó, y después de un silencio: — ¿Conocisteis a mi padre?

—No quiero hablar de él — replicó el otro, secamente.



—¡Bueno. No grite más. Ya estamos aquí para salvarla!
—¿Y quién los ha llamado? A mí me gusta cantar cuando me baño...!

Raúl se imaginó un viejo romance. Sonrió. Y el Príncipe adivinó sus pensamientos.

—Estáis equivocado — dijo. — Vuestro padre no está celoso de mí, ni yo de él. — Sonrió. — Nunca hubo la ocasión. Pero eso no importa. Muy pocas personas me agradan; pero vos me agradáis. Quiero ayudaros en cuanto pueda. Para empezar tenéis que pertenecer a este club. Os servirá de mucho, social y políticamente.

Por eso Raúl fué introducido al Cosmopolita y pasó allí muchas horas, casi todas en compañía del Príncipe. Más y más éste lo fascinaba con su ironía, con su ingenio, con sus silencios. Había algo extraordinario acerca de este hombre, algo como el espectro de una antigua temeridad que podía volver a la vida, de súbito.

¡Y su reputación! Un espada, un duelista.

Raúl se divertía al notar la cortesía cuidadosa con que los otros miembros del club trataban al Príncipe de Bretigny; cómo su fama de duelista lo había rodeado con una especie de aureola de acero que nadie se atrevía a tocar; cómo todos evitaban una discusión con él.

Mientras tanto Raúl veía con frecuencia a Isabel de Montaiglon. Una invitación conducía a otra. Día tras día se sentía más enamorado, hasta que, una noche, se lo dijo. Intentaba decirle cosas gloriosas, poéticas, llenas de pasión.

Y todo lo que dijo — tan humildemente — fué:

—Te amo.

Ella dijo menos aun.

Simplemente murmuró: — ¡Oh!

— Y luego...... ¿la besó, o ella lo besó?...... Labios jóvenes que vibraban al tocarse.

Después de un momento, él dijo:

—Mañana hablaré con tu madre. ¿Le dirás que voy a venir?

—Sí, Raúl.

Al día siguiente encontró que la Duquesa lo esperaba.

Ella habló primero:

—Sé lo que vas a pedirme. Isabel me lo ha dicho. Y mi respuesta es ¡no! Primo Raúl, querido Raúl —añadió más dulcemente—te quiero muy de veras, y... por favor... no me preguntes por qué te niego lo que me pides.

—Tengo que saberlo. Sabéis que tengo que saberlo.

Ella suspiró.

—Por supuesto, tienes que saberlo. — Le puso una mano arrugada en el brazo. — Ves..... soy una vieja con prejuicios viejos. Yo soy la Duquesa de Montaiglon, mientras que tú... tú eres...

El comprendió inmediatamente, instintivamente, lo que ella iba a decir; comprendió también que era verdad:

—¿Yo soy un hijo ilegítimo? — le interrumpió, palideciendo.

—Sí.

—¿Quién fué mi padre?

—No lo sé. Tu madre se negó a decir. Supongo que porque lo amaba, porque quería protegerlo. Yo la ayudé en cuanto pude. Y también su padre y mi esposo. Nadie más supo. Nosotros mentimos, sobornamos, falsificamos documentos, y logramos engañar al mundo.

—¿Pero mi nombre... de Girardin?

—Hace varios siglos tuvimos ese título en nuestra familia.

Después de un silencio ella prosiguió:

—Esos son mis prejuicios; tan necios, tan medioevales, lo sé. No puedo permitir el matrimonio. La sangre de los Borbones y de los

ANECDOTA

Según un periodista francés, la siguiente anécdota fué relatada por Tchicherin a sus vecinos de mesa en un banquete ofrecido por Briand a la delegación soviética de Francia.

Hacia algunas semanas (era en la primavera de 1926) que Tchicherin había estado en Marsella. A la salida de la estación acercósele un mendigo, tipo siniestro de vagabundo, quien, extendiendo la mano, le pidió una limosna. Tchicherin le miró y pasó de largo, sin dársela. El mendigo, entonces, andando un rato detrás de Tchicherin, prorrumpió en insolencias e invectivas. "Y ¿sabéis lo que me dijo?" — contaba Tchicherin a sus comensales, desternillándose de risa?—¡Vil burgués; por fortuna pronto tendremos el soviet, y tú pasarás un mal cuarto de hora!"

Valois corre por mis venas... mientras que tú...

—Yo creía — dijo fríamente — que la ilegitimidad, si probaba su valor, no era obstáculo para altos honores y matrimonios brillantes en los días de los Borbones y de los Valois.

—¡Es verdad! — replicó la Duquesa. — Pero aquellos eran los días en que un hombre tenía la oportunidad de probar su valor por medio de alguna acción espléndida. La democracia ha cambiado todo eso. Democracia significa medianía.

—Hemos tenido la guerra.

—Valor colectivo; heroísmo por mayor. Cuando un millón de hombres sufren y mueren gloriosamente, la acción individual de valor desaparece.

—Muy bien. — El se acercó a la puerta. — Yo buscaré esa acción individual de valor. Una acción que conmueva a todo París, y — irónicamente — por respeto a vuestros prejuicios medioevales, una acción que tenga el espíritu de la vieja nobleza, muy arrogante o muy quijotesca. Y luego, una vez más tendré el honor de pediros la mano de vuestra hija. *¡Au revoir, Madame la Duchesse!*

Salió.

Ella lo miró alejarse.

—¡Creo que lo hará! — se dijo a sí misma. — Espero que lo haga.

Cuando él cruzaba el vestíbulo sintió que dos brazos tibios lo rodeaban, y oyó un dulce murmullo: era Isabel.

—Yo escuché a la puerta. No importa lo que eres... quien eres. Me escaparé contigo... hoy mismo. Nos casaremos en Suiza.

No. Mi padre cometió un error muy grave. Yo no seré culpable del más ligero error hacia la mujer a quien amo. Pero — añadió, con su orgullo corso, saboreando en cierta manera la situación, a pesar de la tragedia — triunfaré.

—Lo sé. — Ella lo besó. — Te amo.

—Y yo te amo.

Al bajar por el bulevar, presa de sensaciones opuestas, no sintió la menor amargura hacia su madre. El hecho de que ella había sufrido, y sufriendo había protegido a su padre, negándose a revelar su nombre, hacía que la amara más.

Ni tampoco sentía amargura hacia su padre. No podía creer que si él hubiera sido un villano su madre podría haberlo amado.

De súbito recordó las palabras del Príncipe Bretigny, quien le había dado a entender que él había conocido a su padre. Esto parecía contradecir la afirmación de la Duquesa, de que nadie había estado en el secreto, excepto ella, su esposo y su abuelo, el Conde Pozzo-Paoli.

Se formó una resolución. Se dirigió al Cosmopolita; encontró al Príncipe sentado frente a una mesa, haciendo solitarios. Habló sin rodeos.

—Decidme, por favor, ¿quién fué mi padre?

El Príncipe puso el rey de oros

—No quiero contestar vuestra pregunta — añadió el Príncipe. — Pero recordad que hemos sido buenos amigos, y que...

—¡Eso no importa! — Raúl replicó. — ¡Tenéis que decirme!

Había levantado la voz, y un murmullo de excitación — de sorpresa — corrió por el salón.

Aquí, lógicamente, estaba el acto audaz que había prometido: un duelo con de Bretigny, un duelo con el duelista más famoso de Francia, una acción audaz, romántica, quijotesca, magnífica.

—No creo — murmuró — que hayáis conocido a mi padre.

Y añadió en voz alta, que vibró en todo el salón: — ¡Me imagino que mentís, *Monsieur le Prince!*

Raúl estaba de pie, cerca de él. Aun en este momento, extraño como le pareciera, sentía cierta simpatía por el otro, una simpatía que parecía dominar su antipatía.

Pero la hizo a un lado.

Luego, con un movimiento rápido, azotó la cara del Príncipe con su guante.

Hubo un silencio completo, terrible. Estaban asombrados; y más se hubieran asombrado si hubieran podido oír lo que el Príncipe se decía a sí mismo: — ¡No puedo! ¡No puedo! — si hubiera podido oír la oración que se elevaba de su alma:

—¡Que mi castigo sea tremendo, oh, Dios, pero no esto... no esto!......

De Bretigny se levantó. Parecía haber envejecido diez años en diez minutos.

—Mis testigos os visitarán esta tarde — dijo. — ¿Nos encontraremos mañana muy temprano? Siempre me agrada una hora temprana para mis pequeños lances de honor. De otra manera, el día parece demasiado corto.

Salió.

Inmediatamente Raúl formó el centro de un grupo que vociferaba y gesticulaba. Lo compadecieron. Lo felicitaron. Lo llamaron necio. Lo llamaron héroe. Dos horas más tarde *Le Gaulois* anunció con su cinismo acostumbrado:

"Un joven corso ha decidido suicidarse. — Mañana Raúl de Girardín se encuentra con el Príncipe de Bretigny."

Media hora más tarde la noticia llegó a Córcega. Llegó a la ciudad en donde Madama de Girardín vivía.

Cuando ella la leyó no lloró, no se desmayó. Tomó lápiz y papel, escribió una línea y llamó a su doncella.

—Lleva este mensaje a la oficina y ordena que sea telegrafiado inmediatamente a París, Marina.

—Sí, señora.

Sólo entonces, cuando la doncella salió, Madama de Girardín perdió el sentido; y a la misma hora, después de que sus testigos habían arreglado el duelo con los testigos del Príncipe, Raúl e Isabel se paseaban en los jardines de Luxemburgo.

—¿Debo tener miedo, Raúl? — preguntó ella.

—No.

—Pero dicen... el Príncipe... es el mejor espadachín de Francia. Lo sé. Pero yo venceré. ¿Acaso no me bato por ti?

Ella se rió; una risa trémula.

—Eres romántico, Raúl.

—Tal vez los días del romance fueron los días de la verdad y de la belleza. Te amo.

—Y yo te amo.

Se besaron. Y la gente que se paseaba en los jardines de Luxemburgo esa tarde dorada de primavera, apenas si lo notó.

Una joven hermosa, un joven bien parecido... ¿Por qué no se habían de besar?

Cuando Raúl volvió a su hotel, encontró un telegrama. En el sobre vió el nombre del lugar de donde venía; la ciudad corsa en donde vivía su madre.

Un telegrama de su madre. Por supuesto, ella había sabido. Le suplicaría que no se batiera. Sí. El lo sabía. Pero leerlo... ¿leerlo? No, no. Podía ponerse nervioso, y mañana necesitaba toda su calma.

Puso el telegrama en su bolsillo.

PROVERBIOS MALAYOS

—*De la caña de azúcar se chupa el jugo, y lo restante se tira.*

—*El que no es demasiado vivo se vuelve lento.*

—*No sabemos que es de día por el canto de un solo gallo.*

—*Valiente en la disputa, cobarde en la lucha.*

—*Seguir el gusto es la ruina; seguir al corazón es la muerte.*

—*Hay quien logra lo que persigue, y tira lo que tiene en el saco.*

—*Golpearse el pecho es interrogar al cuerpo.*

—*Cara fea, espejo roto.*

—*Los ojos ven el peso, pero las espaldas lo soportan.*

—*Las hojas caídas se las lleva el viento, el fruto cae al pie del árbol.*

—*Si lo sujetas en el puño cerrado, temerás que se muera; si lo sueltas, temerás que se escape volando.*

Se acostó y durmió tranquilamente. Y al día siguiente se encontró frente al Príncipe de Bretigny en la floresta de Fontainebleau.

El duelo, acerca del cual París habló durante varias semanas, ès hoy día todavía mencionado en el Club Cosmopolita.

—¿Caballeros, estáis listos?

—Sí.

—¡En guardia!

Las espadas se tocaron. *¡Carte! ¡Tierce! ¡Carte!* Brillaron de la punta a la empuñadura, como diamantes.

¡Parada de cuarta! ¡Parada de séptima! ¡Contraparada!

Las hojas temblaron. ¡A fondo! ¡Quite! ¡Golpes rápidos... hasta que el acero forjado vibraba sin cesar. Los pies se deslizaban, retrocedían, avanzaban, golpeaban la tierra con ruido sordo.

¡En guardia!

¡De nuevo *carte* y *tierce* y *quites* relampagueantes!

Los testigos observaban atentamente.

—¡Mirad! — murmuró uno de ellos. — ¡El Príncipe retrocede!...

—¡Una de sus estratagemas! ¡Yo lo he visto varias veces! ¡Aquí es donde el corso debe rezar a la Virgen!

—No, no... mirad... ¡ah! — y se adelantó corriendo, corriendo, como lo hicieron los otros y el doctor.

Porque de súbito el brazo del Príncipe se había levantado. Su espada se le escapó de la mano, describió una curva brillante y se hundió en el césped. Al mismo tiempo la espada de su oponente se le hundió en el pecho.

De Bretigny cayó al suelo sin sentido, mientras que su camisa de seda se teñía de sangre.

—*¡Mondieu!* — exclamó uno de los testigos de Raúl. — Lo imposible ha pasado: De Bretigny vencido. — Estrechó la mano de Raúl. — Dentro de una hora seréis el hombre más famoso de París. Seréis...

—¡Silencio! — interrumpió el doctor.

Se arrodilló cerca del herido; lo examinó.

—La espada no tocó el pulmón — dijo por último. — Una escapada milagrosa; pero estará en cama varias semanas.

Una hora más tarde, Emmerich von Palfy, un noble húngaro, estaba sentado al lado de la cama del Príncipe. Como era su amigo más antiguo e íntimo, expresó su opinión del duelo.

—Estoy avergonzado de ti — dijo. — ¡Tú... derrotado! ¡Tú... la mejor espada de Francia!

—Fuí derrotado precisamente porque soy la mejor espada de Francia.

—¿Qué?

—Mientras que la espada estaba en mi mano... ah, tú comprendes... el fuego de la pelea, el deseo de... ¡Sí! Podía haberlo herido. El corso no es en verdad muy hábil con la tizona... sí... hasta podía haberlo matado. Por eso levanté la espada.

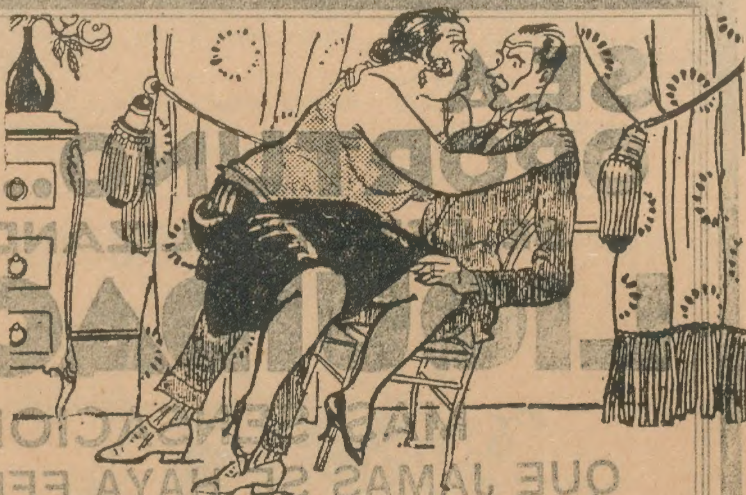
—¿Y te dejaste vencer, intencionalmente?

—Sí. No podía hacer otra cosa.

—Pero él te insultó... gravemente!

—Lo sé. Por eso tuve que batirme con él... a pesar de...

—¿De qué?



—¡Ay, ya estoy viendo claro que mi ternura comienza a pesarte!

—Emmerich — dijo el Príncipe, después de un momento — déjame contarte una historia.

—¿La tuya?

—No. La de otro hombre... que yo conocí.

Era la historia de un joven oficial francés, que se divertía en Moscow, ebrio. Una actriz, igualmente ebria. Un matrimonio grotesco ante un pobre sacerdote ruso, ansioso de ganarse cincuenta rublos. Y al día siguiente: — ¿Qué hemos hecho? — Remordimiento.

—Vuelve a París — dijo ella. — Nada importa ese matrimonio. De todas maneras lo haré anular. No te preocupes.

Y él no se preocupó. Alegre y joven como era, casi olvidó aquel episodio.

Unos pocos años más tarde, en Córcega, encontró a una joven. Amor a primera vista — amor loco, romántico. No podían esperar. Una escapada y un matrimonio antes de que el padre de ella volviera de Francia. Porque su padre era un patriota corso que odiaba a todos los franceses. Más tarde le dirían, en un momento propicio. Por eso, ante un sacerdote, a quien dieron nombres falsos, fueron unidos en matrimonio, y luego volvieron, ella a su casa, él a un hotel.

Unos pocos días más tarde él recibe un telegrama de María, la actriz rusa:

"Siento molestarte. Sin dinero. Manda unos cuantos miles. Después de todo, soy tu esposa."

Hubo un cambio rápido de telegramas, y él encontró lo que había pasado: Con su indiferencia eslava — él no creía que su olvido

había sido voluntario — María había descuidado hacer anular el matrimonio. Era todavía su esposa.

Y la joven corsa, Luisa... ¿qué haría? Aquello lo aterró, y no se atrevió a confiar en ella. Pasaron varias semanas. Luego, por casualidad, Luisa encontró el primer telegrama de María.

—¿Y luego?...

—¡Como en el teatro! — dijo el Príncipe. — Sólo que aquí el final no fué afortunado. El trató de explicarle. Ella rehusó creerle. El le escribió de París. Sus cartas le fueron devueltas, intactas. Poco después María murió. Una vez más él era un hombre libre. Volvió a Córcega. Pero ella rehusó verlo. ¿Qué podía hacer? Dime, Emmerich, ¿qué podía hacer?

—Nada podía hacer — replicó el otro; — nada, absolutamente nada. Eso es lo peor de cosas como esa, que uno no puede hacer nada. Y, me supongo, hubo un hijo.

—¡Sí! Un hijo que... no es... no es tan buen espadachín como su padre.

—Yo no soy muy buen católico — dijo Emmerlinch von Palfy — pero, con tu permiso, iré ahora a la iglesia de San Sulpicio a orar por el alma del hombre cuya historia me habéis contado.

—¡Gracias! — dijo el Príncipe.

Y Emmerich von Palfy salió en el momento en que el lacayo anunciaba a Raúl de Girardin.

Raúl se acercó a la cama del Príncipe. Tomó un telegrama de su bolsillo.

—Llegó anoche. Lo abrí hace diez minutos. Es de mi madre.

El Príncipe tomó el telegrama. Leyó:

"No debes batirte. El es tu padre."

Levantó la vista. — Lo soy — dijo.

Siguió un largo silencio. Se miraron fijamente. Raúl examinó la cara de su padre con un terrible candor. El Príncipe soportó su mirada.

—Este hombre — se dijo Raúl — no es un villano... no... no!

Luego habló; y como temía la tormenta de emociones que se desencadenaba en su alma, habló con voz tranquila:

—¿Podéis explicar?

—Así lo creo — replicó el Príncipe.

Le contó la historia con todos sus detalles. La tragedia ya había dejado de existir para él. Era como si hablara de otro hombre.

CALESITA DE BOTES

(De "Horeb", libro en prensa)

Amarrados al disco giratorio
los minúsculos barcos de hojalata,
corren una quimérica regata
en las aguas del piélago ilusorio.

Frustrado timonel, en cada barco
un niño jubiloso que navega,
y aunque el timón entre sus manos juega,
la nave sigue circuyendo el charco.

También el hombre, medité, simula
ser de su vida el timonel osado,
y dirige en la bruma, alucinado,
la mísera barquilla que tripula.

Y en su mortal obcecación, lo mismo
árbitro iluso de su propia suerte,
no advierte que su vida es barco inerte
movido por oculto mecanismo.

Alberto LARRAN de VERE.

Sólo al llegar al final su voz tembló.

—Tu madre no me creyó... ¡no quiso creerme! ¡Ah!... Es extraño cuán dura puede ser una mujer buena. Y sin embargo, era la verdad. ¡Ante Dios, lo juro! ¿Tú me crees, Raúl?

—Sí — replicó Raúl, lentamente. — Te creo, padre.

Un rayo de luz iluminó las facciones del herido. Su mano estrechó la de Raúl.

—¿Vas a escribir a tu madre? — preguntó.

—Hoy. Inmediatamente. — Raúl salió.

Al salir oyó que su padre lloraba, con sollozos extraños y agudos, como lloran los hombres —hombres que son muy felices o muy desgraciados.

Por eso fué que, aunque París se sintió muy agitado con el duelo de Raúl y el Príncipe, se agitó todavía más cuando, seis semanas más tarde se casó con Isabel de Montaiglon, al mismo tiempo que su madre se unía con el Príncipe de Bretigny.

Y fué en su luna de miel cuando Raúl dijo a su esposa:

—Si quieres puedes cambiar tu nombre...

—¿Divorcio? preguntó ella, riendo. — ¿Tan pronto?

—Oh, no! Pero mi padre y mi madre quieren que aquella historia sea publicada... para que yo sea su hijo legítimo... para ser conocido bajo el nombre de Bretigny y heredar el título algún día...

—Prefiero ser Madama de Girardín — interrumpió Isabel. — Más bien quiero ser la esposa del joven romántico que venció al Príncipe de Bretigny, que simplemente la Princesa de Bretigny.

Y lo besó.

EL ARENQUE

Por Gabriel de Lautrex

—¿Entonces no se puede hacer nada, doctor? — gimió Tom Joe.

—Le aseguro que...

—No, no. Ya sé que no soy inteligente, y esto me hace sufrir mucho. Recuerdo siempre lo que me decía uno de mis profesores, hace unos cuarenta y cinco años, cuando estaba en la aurora de la vida y no comprendía los misterios del álgebra. "Si fueras inteligente — me repetía sin cesar aquel buen hombre — habrías ya comprendido que eres completamente idiota". Tenía razón. Pero yo creo que habrá algún remedio. Quiero ser inteligente y haré cuanto sea necesario para lograrlo.

—Entonces, si está usted dispuesto a todo, déjeme reflexionar... Tenemos el pescado.

—¿El pescado?

—Sí. El pescado tiene en su carne mucho fósforo y el fósforo es un alimento del cerebro. Ilumina la inteligencia. Ya ve usted, se emplea para la fabricación de cerillas. Esto le dará idea de su eficacia. Coma usted pescado. Su caso no es desesperado. No se trata de que como un millar de sardinas al día ni una docena de merluzas. Un tratamiento más moderado será suficiente. Venga usted dentro de ocho días y procure no hacer excesos de ninguna clase. Mientras encontramos un buen alimento, procure conservar la pequeña chispa que aun vacila en su cerebro. Ya ve usted que estoy dispuesto a estudiar su caso.

Además del precio de la consulta y del coste del pescado que le proporcionaré yo mismo, pues he de prepararlo por un procedimiento especial, me dará 10.000 francos el día que sea usted una persona inteligente. ¿Conformes?

—Conformes.

***

—Soy yo, doctor.

—¡Encantado de verle, señor Tom Joe!

—Usted estará encantado, no lo dudo; pero yo no lo estoy.

—¿Por qué? Me sorprende y me aflige usted.

—Es muy sencillo. Hace seis meses vine a verle a usted. Yo no era inteligente, y eso me hacía sufrir. Después de haber protestado muy finamente, lo reconozco, acudió usted a someterme a un tratamiento: el pescado; un pescado preparado, según me dijo usted, por el método cerebral. La confianza en mi curación me hizo ser un hombre feliz. Volví a los ocho días y usted me dió un arenque.

—Un arenque, lo recuerdo.

—Hoy me debe usted cien francos de la consulta. Le pongo precio de amigo.

—Y muy bien presentado, lo reconozco. Me mandó usted que tomase un trozo diario durante una semana, y me pidió 500 francos, que le entregué.

—También lo recuerdo.

—He comido el arenque y he vuelto a la semana siguiente. Me ha dado usted un lenguado frito.

—Un lenguado frito, es verdad.

—Y tuve que darle a usted otros 500 francos. Y así sucesivamente. Cada semana un nuevo pescado y un nuevo billete de 500 francos. Y ya estoy harto. Se ha burlado usted de mí, y la burla me lleva costados 13.000 francos. Lo que ha hecho conmigo es una infamia.

—No, querido señor. El caso de usted era muy grave, pues han hecho falta seis meses para que usted llegase a ser lo bastante inteligente para comprender que le estaba engañando. Ha dejado usted, pues, de ser un idiota, y con arreglo a lo convenido me debe usted diez mil francos.

El valor de las pruebas

Por Maurice Dekobra

Después de ordenar al chauffeur que la llevara al Bois de Boulogne, la señora Telmán subió a su automóvil. Cómodamente instalada en el suntuoso coche, abandonábase a la alegría de vivir, cuando, de pronto, atrajo su atención un pedazo de papel azul claro, que asomaba entre los almohadones. Con su mano enguantada se apoderó del azulado papel. Grande fué su estupor así que humo leído estas líneas:

"Querido: Si la estúpida de tu mujer te deja en paz mañana por la noche, ven sin falta a nuestro nidito... Mis brazos te aguardan. Mis ojos te sonríen desde ahora. Mis labios están impacientes. Mis nervios se estremecen. — Tu monona."

Fué un rudo golpe. La señora Telmán leyó y releyó aquellas explícitas líneas. Sin dificultad halló los argumentos en que apoyar su convicción. El señor Telmán había salido por la mañana con el coche. Y había cometido la torpeza de dejar aqulela prueba flagrante entre los almohadones.

—¡Edmundo! — gritó la señora Telmán por el tubo acústico. — ¡A casa!

El automóvil viró frente a la puerta Dauphine y dejó a la enfurecida esposa delante del número 166 de la calle de la Pompe.

***

A las siete de la tarde el señor Federico Telmán entró en el gabinete de su mujer. El semblante de la señora Telmán no presagiaba nada bueno. Pero como Federico conocía el carácter variable de su cónyuge, no se alarmó por ello, y le dijo bromeando:

—Buenas tardes, Didina... ¿Estás enojada con tu Federiquín?

Armandina esquivó bruscamente las manos de su marido. A semejanza de un justiciero que estuviera enunciando el acta de acusación, repitió los términos de la carta, que ya se sabía de memoria:

"Si la estúpida de tu mujer te deja en paz mañana por la noche, ven sin falta a nuestro nidito..."

Federico escuchaba. Su sorpresa parecía sincera.

—¿A qué viene todo esto, Didina?

Pero Didina continuó implacable:

"Mis brazos te aguardan. Mis ojos te sonríen. Mis labios están impacientes. Mis nervios se estremecen."

—¿Estás recitándome versos, Didina?

—¡Ah, por favor, amigo mío!... Basta de disimulo... Estoy enterada...

—¿Enterada de qué?

—De tu infame conducta...

—¿Que yo tengo una conducta infame? ¿Desde cuándo?

—¡Cállate!... Que me engañaras en secreto, con discreción, con disimulo, pase... Vosotros, los hombres, sois todos iguales... No tienen una más remedio que tomar su partido o emigrar a una isla desierta. Pero que tengas el valor de tolerar que tu amiguita me trate de estúpida... ¡Ah, no!... ¡Eso no!...

—¿Cómo?... ¿Que yo tenga una amiguita que te trata de estúpida?

—No lo niegues. Lo sé.

—Otra ves con chismes tontos...

—No, tengo la prueba evidente... una prueba escrita por la misma miserable con quien te burlas de mí.

Federico parecía consternado. Desempeñaba a la perfección el papel de hombre inocente, víctima de la más deplorable de las coincidencias. Y repitió:

—¿Que yo tengo una amiguita que te trata de estúpida?

—Oyeme... Basta de comedia... Cuida de que no vaya a pegarle un par de bofetones a tu Monona.

—¿Mi Monona?... ¿Con que ahora resulta que tengo una Monona?

La señora Telmán, exasperada, mostró a su marido la carta azul. Federico la leyó y releyó.

—Me es completamente desconocido — dijo al fin, encogiéndose de hombros. — ¿Dónde has encontrado esto?

—Entre los almohadones del coche... Hace quince días que no salimos con ninguno de nuestros amigos. Y esta carta lleva fecha 12 de septiembre... De ayer... ¿Entonces?

—Entonces es una tontería, porque yo nada tengo que ver con esto.

—¿Niegas la evidencia?

El señor Telmán no pudo contestar. Llamaron a la puerta. La camarera apareció con una tarjeta en una bandeja...

—Este caballero desea hablar con el señor...

Federico se inclinó para leer la tarjeta: "Harry-Son, detective privado". Hizo un gesto evasivo y dijo:

—Hágalo pasar.

El detective entró. Era un mocetón afeitado, de anchas orejas y manos de boxeador. Saludó, pidió disculpas y dijo:

—Lamento venir a importunarle, señor; pero ¿es cierto que es usted el propietario del coche 72-74-G-9?

—Efectivamente, señor...

—¿Un automóvil cerrado, negro?

—Sí, señor.

—Permítame una pregunta, señor: ¿Dónde estaba anoche su automóvil a las doce y cuarenta?

—Estaría en el garaje, puesto que mi mujer y yo regresamos a casa a las once.

—Siento tener que quitarle esta ilusión, señor... Anoche, a las doce y cuarenta, su chauffeur, que, sin duda, emplea su coche como taxi a escondidas de usted, tomó un pasajero en la avenida Wagram, precisamente un señor a quien tengo la misión de vigilar por encargo de un marido celoso... Lo vi subir al 72-74-G-9, con una carta que acababa de retirar de la portería de la casa de su amiga. En el momento de bajar de su coche le sorprendí escondiendo la carta entre los almohadones... Continué mi misión que me obligó a seguir a aquel personaje durante el curso de sus andanzas nocturnas, y hasta esta tarde a las siete no he podido obtener la autorización de su chauffeur para registrar el coche... La carta había desaparecido... Si la hubiese usted encontrado por casualidad, le agradecería mucho que me la entregara... Se trata de mi honor profesional.

—Le contestará a usted, sencillamente, que su honor profesional raya en la más intolerable de las indiscreciones... En cuanto a esa carta ni mi señora ni yo la hemos encontrado... Buenas noches, señor...

El detective saludó, volvió a disculparse y salió. Entonces, Federico se volvió hacia Armandina y dijo alegre y triunfante:

—En primer lugar, voy a echar a la calle al chauffeur, por utilizar el coche como taxi... Luego, quieres pedirme perdón de rodillas?

—Sí, querido... Te pido perdón...

—Te perdono, Didina... Pero con todo, para castigarte un poco por haber sospechado de mí, esta noche me iré a comer al círculo.

—Ve, Federico, si tienes gusto en ello...

—De acuerdo... Buenas noches, Didina... Volveré a media noche.

El señor Telmán tomó el sombrero, el bastón y los guantes. Bajó, llamó muy resuelto un taxi en la esquina de la calle y le dió la dirección de una de sus amiguitas.

EL ARTE DEL SILENCIO

Callaos un momento y escuchad a los otros. Si luego de oírlos pensáis en lo que hablasteis de más en vuestra vida y en lo que habéis mentido, os avergonzaréis y no volveréis a hablar sino con gran temor.

Un testigo mudo y fuera de todo apasionamiento que se cruce, es una sombra de algo augusto y divino que sugestiona. Claro que no se trata de callar por callar. Hay que saber callar, poseer el arte del silencio. Un juicio sereno, una nota justa, una ironía precisa, a veces una sola mirada inteligente, como interruptores de nuestro silencio, bastan para probar que estáis presentes y que vuestra actitud es tan sólo horror a la vulgaridad. Vuestro silencio será un tributo que rendís al alma. No metáis las manos, y los ojos, y la boca con gritos groseros; no metáis nada de eso en juego durante la conversación. Ordenad que todo eso se aquiete, y callad para que el alma escuche, y callad para que se pueda oír desde las lejanías del fondo del misterio. Porque no lo hacéis así, el alma se ausenta de nuestra charla. Fijáos cómo cuando habla un espíritu todos vuelven la cabeza. Fijáos cómo cuando calla todos esperan. Y es que no hay nada que impresione tanto como traer a la vida corriente, vulgar, de todas las horas, de todos los minutos, a la vida de la calle, el fondo íntimo, sereno, lejano y augusto que parece venir de otro mundo. Hay una majestad en lo sincero que no suele haber en la sabiduría. Y, sin embargo, advertid que nadie os pregunta por vos y por lo que sois, sino por lo que sabéis. Es doloroso esto de no interesar a nadie. Jamás indagan vuestra alma, y sí lo que han visto vuestros ojos, lo que vuestros oídos han oído. Sólo uno nos interpela el alma: aquel que pone atención en nuestras cosas, aquel que desea conocernos; ese es el que nos ama. ¿Para qué hablar con los demás? He ahí la razón del silencio y del arte del silencio.

V. GARCIA MARTI.

Algunas anécdotas de la revolución del 90

EL CHASCO DE LA RECOVA

En los prolegómenos de la revolución, la junta revolucionaria, dispuso que don Tomás Santa Coloma, miembro de la misma, alquilara un local en la Recova (plaza de Mayo), que serviría para depósito de armas. Así lo hizo, tomando al efecto el salón de la antigua fotografía de Juan Pía. Este desocupó el piso, dejando en él únicamente unas sillas, una máquina vieja y un telón. Eran las vísperas del 26 de julio, y las armas adquiridas para el cantón que debía disparar contra la Casa de Gobierno, hallábanse almacenadas en el antiguo gabinete, cuando un ciudadano anuncia que el mayor Marambio Catán hallábase en la puerta, pidiendo retratarse, vestido de gran gala. El señor Santa Coloma dióse cuenta del peligro que corría el cantón, pues el referido militar era partidario de la situación oficial. Como custodio estaba en el salón un italiano, a quien le impartió instrucciones.

—Usted haga el fotógrafo!...

Y el jefe, con todos sus entorchados, posó más de media hora ante el aparato, espiado risueñamente por los cívicos. El italiano, para hacerlo mejor, tomaba el rostro del mayor, dándole cien posturas hasta que, simulando fijar el objetivo, le ordenó:

—¡Míreme!... ¡No se mueva!

Una quincena después, pasados los sucesos, el mayor Marambio Catán concurrió a lo de Pía, informándosele del engaño. Del italiano, ni rastros!...

CON EL CORONEL ANIBAL VILLAMAYOR

Conversamos con el coronel Aníbal Villamayor, uno de los militares sobrevivientes de la revolución del 90.

—Estoy — nos dijo — bajo la impresión de la pérdida de mi esposa, dolor que me acongoja. Otros hay que pueden narrar anécdotas de aquel movimiento popular. Pero, en fin, complaceré a ustedes. En efecto, llevo cuarenta años de radicalismo y puedo decir que he estado en todas las revoluciones desde el ochenta. En la lucha entre Tejedor y Roca yo era cadete del Colegio Militar y nos mandaba el capitán Ramón Falcón. Este nos comprometió y por una delación supo el presidente Avellaneda que nos sublevaríamos en favor de Buenos Aires. Nos enviaron a Martín García, confinados. En 1890 fuí miembro de la Logia de los 33, con el doctor Alem, Hipólito Irigoyen, Mariano Espina y otros. El 27 de julio, peleando en el Parque, en las filas del bravo 5 de infantería, me hirieron de gravedad, y salvé después de quince operaciones que me practicaron los médicos Juan B. Justo, Máximo Castro y Rivas. En la revolución del 4 de febrero de 1905, hecho prisionero, fuí conducido a la Penitenciaría Nacional y encerrado en una celda. Me visitaba sólo mi esposa, quien, con autorización del director, señor Ballvé, llevábame la comida en persona, sostenida por mis hermanos Casimiro y Virgilio, pues su salud era malísima. El consejo de guerra me condenó a muerte y estuve en capilla. Por gestiones del general Mitre se evitó mi fusilamiento y se me confinó a la cárcel de Ushuaia, con otros compañeros de causa. Allá aserré madera, me ponían de plantón sin causa, me mortificaron con saña. Estuve en la nieve, parado, diez horas. El 12 de marzo de 1906 el doctor Figueroa Alcorta indultó a los jefes y oficiales confinados en el presidio. Yo lo estaba por quince años, según el decreto de indulto. Al sacárseme de la Penitenciaría para ir a Ushuaia se nos despertó a las cinco de la madrugada. Se nos llevó en un carro celular y, atados codo con codo, metidos en la bodega del transporte Primero de Mayo, llegamos a Tierra del Fuego los militares revolucionarios! Al regresar, el pueblo nos tributó tal acogida, que jamás he de olvidarla!

—¿Y algún otro episodio de su carrera militar?

—¡Tantos! Ha sido tan agitada, de lucha continua, entre peligros y combates, en los que recibí heridas y salvé de la muerte por milagro. Efectuado el duelo triste entre el doctor Lucio V. López y el coronel Carlos Sarmiento, algunos periódicos atacaban al segundo, mi amigo. Entonces, indignado porque se desconocían sus méritos, escribí una carta, que publicó el diario "Sarmiento", órgano del doctor Pellegrini, defendiendo las dotes del coronel. El ministro de guerra ordenó mi arresto en Campo de Mayo y la formación de un consejo especial para juzgar mi delito. Sabedor de esto, el general Luis J. Dellepiane, noblemente, intervino y obtuvo mi libertad, después de gestiones empeñosas.

El coronel Villamayor, retirado del servicio activo, nos manifiesta que sigue fiel a sus convicciones políticas, pero agobiado por la desaparición de su compañera, abnegada y fuerte a través de sus vicisitudes y sacrificios.

Manuel María OLIVER.

El arresto del teniente Golightly

Por Rudyard Kipling

Si había algo de que realmente estuviera orgulloso Golightly, era de presentarse siempre como cumple a un caballero y a un oficial.

Los que le conocían bien, aseguraban que todo aquello obedecía únicamente a estímulos de la vanidad; pero no perjudicaba a nadie.

Conocía las cualidades de un caballo sólo con verle una vez; sabía hacer algo más que tenerse en la silla; jugaba muy bien al billar, y era un competidor temible al whist.

Todo el mundo le estimaba, y a nadie se le ocurrió jamás que podría verle en el andén de una estación con esposas en las manos por presunto desertor; mas esta desgracia sobrevino.

Bajaba un día a caballo de Dalhousie, a punto de espirar la licencia que disfrutaba. Se había retrasado algo y necesitaba apretar el paso.

Hacía un calor horrible en Dalhousie, y conociendo lo que le esperaba al llegar al llano, iba vestido con un "khaki" nuevo, muy ajustado al cuerpo y del más delicado color verde aceituna; cinturón azul pavo real; cuello blanco y yelmo de fieltro, que parecía por su blancura, un copo de nieve.

Su orgullo estribaba en ir siempre limpio, hasta cuando se veía obligado a correr la posta; y tanto le preocupó lo referente a su tocado antes de emprender el viaje, que se olvidó completamente de todo lo demás, hasta el punto de que sólo llevaba una insignificante cantidad de dinero suelto: los billetes y todos sus papeles les dejó olvidados en el hotel.

Sus criados le habían precedido a fin de esperarle en Pathankote con un traje nuevo para mudarse: a esto le llamaba Golightly viajar a la ligera, y estaba muy satisfecho de sus condiciones organizadores.

Cuando se encontraba a unas veintidós millas de Dalhousie, empezó a caer, no uno de esos chaparrones de las montañas, sino un tremendo diluvio, propio de los monzones. El teniente apresuró el paso, sintiendo haber olvidado el paraguas.

El polvo del camino se trocó bien pronto en cieno, y la jaca y las polainas del jinete se cubrieron de barro; pero él se mantuvo erguido, haciendo esfuerzos para creer que el remojo era agradable.

La jaca que tomó en el primer relevo, arrancó algo más que brutalmente, y las manos del teniente, escurridizas par efecto de la lluvia, contribuyeron a que se cayera en una revuelta. Se levantó, salió detrás del caballo, lo cogió al fin, montó de nuevo y siguió adelante rápidamente.

La caída no había mejorado ni su humor, ni su traje, y, en cambio, le había hecho perder una espuela: usó la otra, y cuando llegó a la posada, el jaco le había hecho saltar tanto con sus endiablados movimientos, que, a pesar de la lluvia, sudaba de un modo terrible.

Siguió la marcha, y transcurrida una miserable media hora, notó que el mundo desaparecía ante sus ojos bajo una pasta pegajosa. La lluvia había convertido la materia que formaba su enorme y blanquísimo yelmo, en una masa que olía a demonios y que se había pegado a su cabeza, afectando la forma de un hongo gigantesco entreabierto.

El forro verde comenzaba también a liquidarse.

El teniente no hizo exclamación alguna digna de ser consignada, limitándose a romper, esprimir, separar lo que cerraba el borde de sus ojos, abriendo como un surco en la masa.

La parte posterior del casco azotaba su cuello y los costados herían sus orejas; pero la banda de cuero y el forro verde mantenían, aunque con esfuerzos, juntas todas las partes, por lo que no se deslizó completamente derretido del lugar donde estaba pegado.

Por fin, la pasta y la tela formaron una especie de pelusilla viscosa, que desde la cabeza resbaló caprichosamente sobre el pecho y la espalda del teniente.

El color del traje comenzó también a desaparecer, formando todo esto, el más extraño y abigarrado tinte, pues unas partes del cuerpo de Golightly aparecía de color de pasa, otras de color violeta; aquí se dibujaban contornos de ocre y allá rayas de un rojo muy vivo.

Las manchas de lodo aparecían casi blancas entre los matices del extraño tinte.

Cuando sacó el pañuelo para limpiarse la cara, y el verde del forro del casco y la materia colorante que se había introducido por el cuello llegaron a confundirse y mezclarse, el efecto fué verdaderamente estupendo.

Cerca de Dhar la lluvia cesó; el sol de la tarde brilló en el cielo y secó algo las ropas del teniente, así como dió fijeza a los colores.

A tres millas de Pathankote el caballo cayó reventado, por lo que Golightly se vió obligado a seguir a pie, y entró en el pueblo en busca de sus criados.

No sabía que se habían detenido, apartándose algo del camino, a fin de echar un trago, y que a la mañana siguiente llegarían diciendo que se habían torcido un pie.

Por esta razón, cuando entró en Pathankote no pudo encontrarles.

Sucio, muy sucio, con las botas tiesas y pegajosas por la espesa capa de barro; deshecho el cinturón azul tanto como el uniforme, se despojó de éste sin perdonar el cuello, y no sin renegar de los criados, trató de hallar donde colgarle.

Tenía sed y pagó seis "annas" por beber algo, notando entonces que sólo le quedaban otras seis en el bolsillo, y en el mundo, al detenerse a aquella hora.

Se fué a ver al jefe de la estación del ferrocarril a fin de negociar un billete de primera clase hasta Khasa, donde estaba de guarnición. El escribiente habló en voz baja con el jefe; éste hizo lo mismo con el telegrafista, y los tres empezaron a mirarle con franca curiosidad, diciéndole al fin, que esperase una media hora mientras telegrafiaban a Umritsar pidiendo autorización para hacer lo que solicitaba.

Esperó, y a poco cuatro agentes de policía llegaron y se agruparon de un modo muy pintoresco a su alrededor. Lo notó al instante, y cuando se disponía a pedirles que le dejaran en paz, el jefe de la estación apareció, diciéndole que si el "sahib" (1) tenía la bondad de entrar en la oficina, le daría el billete hasta Umritsar.

Siguióle el teniente, y lo primero que vió fué que los polizontes le agarraban por brazos y piernas, mientras el jefe trataba de meterle violentamente en la cabeza una saca de la correspondencia.

Se armó la gran trifulca en la oficina, dando los combatientes, vueltas alrededor de la sala, y Golightly se hizo una herida de mal aspecto en un ojo al caer contra una mesa.

Por fin, como los polizontes eran muchos, entre éstos y el jefe de la estación le maniataron fuertemente; mas al ver el teniente que además le metían en la cabeza la saca, comenzó a protestar en tal forma, que el cabo de policía dijo:

(1) Señor. — (N. del T.).



—Es inútil que insista usted, Santiaguito. Yo soy una mujer casada.
—Bueno, pues me casaré yo también, para que no nos tengamos que echar nada en cara.

EL AMOR QUE PASA

Era un día de Abril. El sol reía,
besando a las mujeres en las calles.
Las caras más risueñas encendía,
los ojos más traidores entornaba,
daba "abrazos de luz" a hermosos talles,
y entre divinos pies se desmayaba...

Cristóbal de CASTRO.

—No hay duda: este es el soldado inglés que andamos buscando. Vean ustedes cómo habla.

Entonces preguntó que significaba todo aquello, y el jefe de la estación le dijo:

—Tú eres el soldado Juan Binkle del regimiento... *cinco pies, nueve pulgadas, cabello rubio, ojos grises,* de apariencia muy mala, sin ninguna señal especial en el cuerpo y que ha desertado hace quince días.

Golightly comenzó a dar explicaciones, haciéndolo muy extensamente; y cuanto más hablaba menos le creían, diciendo el jefe de la estación que un teniente no podía tener aquella facha de rufián, y que sus instrucciones eran mandarlo con escolta a Umritsar.

El teniente, que estaba calado hasta los huesos y muy molesto, comenzó a hablar en una forma que no se puede publicar, ni aunque se la espurgara cuidadosamente; pero los polizontes lo metieron en el departamento central de un coche, jara llevarle con más seguridad, y el hombre empleó las horas del viaje en insultarles con toda la afluencia que su conocimiento del dialecto del país le permitía.

Al llegar a Umritsar fué entregado, liado como un fardo, a un cabo y tres hombres del regimiento.

Golightly se preparó a luchar para deshacer la equivocación rápidamentse. El pobre no se encontraba muy gentil con las manos atadas, con los hilos de sangre, que saliendo de la herida, se habían coagulado en la mejilla izquierda y con cuatro polizontes detrás mandados por un cabo que no tenía cara de bromas.

—Esta es una equivocación absurda, amigos míos — se atrevió a decir:

—Silencio y sigue andando — gruñó el cabo.

Pero ni quería seguir ni dejar de explicar la cosa, lo que logró hacer en forma tal, que el cabo le dijo:

—¡Tú un oficial! S... *¡Valiente semejanza tienes tú con nosotros.* Brillante oficial estás tú. Conozco tu regimiento. *Tu aire de bribón* demuestra de dónde vienes. Eres una gran vergüenza para el servicio.

El teniente supo permanecer tranquilo y volvió a repetir sus explicaciones.

Después, para guarecerse de la lluvia, se metió en el restaurant, pidiendo que le dejaran y no le volvieran loco; pero los soldados insistieron en llevarle al fuerte de Govindghar marchando en una forma tan depresiva como si jugara a "La marcha de la rana" (1).

Golightly estaba furioso al verse confundido con un desertor, maniatado, yerto, y con el dolor de cabeza que la herida le había producido. Ya ni podía explicar lo que le pasaba, y cuando estaba rendido, sin aliento, con la garganta seca, uno de los soldados dijo:

—Yo había oído a algunos miserables en el cepo, echar bravatas y mentiras; pero jamás oí a ninguno que se atreviera a decir que era un oficial.

Sus guardianes no estaban irritados con él; al contrario: le admiraban, y como tenían alguna cerveza, le ofrecieron un vaso por lo bien que había jurado y gritado.

Después le pidieron que les contara todas las aventuras que había corrido el *soldado Juan Binkle* mientras estuvo libre fuera del país.

Los obsequios y aquella petición le encolerizaron más y más. Si hubiera conservado la serenidad, habría esperado la llegada de un oficial; pero lo que intentó fué huir.

La culata de un Martini entre los homoplatos hace bastante daño, y el "khaki" podrido por la lluvia, se rasga pronto si dos hombres tiran del cuello.

Golightly se levantó del suelo sintiéndose muy malo; su cabeza daba vueltas; su camisa estaba resgada por el pecho y por la espalda.

He aquí el parte íntegro de aquel jefe:

"Oí el ruido de una pelea y entré en la sala de segunda clase destinada a la venta de licores, encontrándome con el más redomado tunante que había visto jamás. Sus botas y sus calzones desaparecían bajo una plasta de cieno, matizada con chorros de cerveza; cubría su cabeza una cosa informe, especie de montón asqueroso de cieno blanquecino, que se desparramaba sobre sus hombros, lastimosamente arañados; la mitad de su camisa, rota y sucia, se había salido, y el pobre diablo pedía que le bajasen los faldones, que estaban arremolinados sobre su frente.

"Al principio no pude verle la cara, porque la camisa se la cubría, y supuse que era un galopín en el primer período del *delirium tremes* por la forma en que blasfemaba mientras trataba de desembarazarse de sus harapos; pero cuando se volvió, vi un chichón tan grande como un pastel de puerco sobre un ojo; varios cardenales en la cara, algunas rayas de color violeta alrededor del cuello, y reconocí a Golightly.

"Al verme se puso muy alegre — añadió el comandante — y me rogó que no contase nada de aquello. Así lo hice; pero usted puede, si quiere, contarlo ahora que el teniente ha regresado a Inglaterra".

Golightly se pasó la mayor parte del verano trabajando para que el cabo y los soldados fueran llevados ante un consejo de guerra por haber detenido a un caballero oficial, a pesar de que ellos, como era natural, demostraron sentir profundamente el error cometido.

La noticia de la aventura llegó a los cuerpos de guardia y desde allí corrió por toda la provincia.

(1) Juego que consiste en correr a saltos con los pies y las manos atados. (N. del T.).






Sobre una proclama espiritual

Por Gregorio Puigdevall

Con ocasión de las fiestas délficas — recientemente celebradas en la famosa ciudad de la Fócida, asiento del Oráculo de Apolo — y a seguida de la representación de "Prometeo" — el hondo drama de Esquilo, y primer atisbo del super hombre — Angelo Sikelias, bajo la fervorosa advocación de aquel milagro que se llama "helenismo", lanzó al mundo una proclama espiritualista, inmensamente rica en sugerencias y perspectivas ideales. Es un llamamiento de atención hacia las fuerzas creadoras del espíritu, y una protesta contra el actual materialismo bélico que amenaza aniquilar toda tendencia a la realización de los bellos ideales que en le decurso de los siglos han agitado el corazón sangrante de la Humanidad en nuevos ritmos de emoción sentimental ante la sublime visión de un hombre superado por sobre la bestia ancestral, por la taumatúrgica fuerza creadora del espíritu.

Hay demasiada inquietud, excesiva vertiginosidad, un desbordado sensualismo que paraliza al intelecto, y un aniquilador egoísmo personal. Solamente una minoría exquisita se despega de esta nuestra realidad antiestética y asentimental; minoría que emprende el vuelo soberano hacia las supremas regiones del ensueño, del arte y del ideal. A pesar de disponer de una vastedad de elementos difusivos — libro, conferencia, persona, cine, gramófono, radio, rapidez, rapidez en viajes — cual nunca conocieron pueblos y razas anteriores, la masa general sólo se interesa en espectáculos desprovistos de sentimiento estético y, aun del humanitario, sin llegar a adoptar ante el arte una actitud de sereno fervor, cual aquél del pueblo heleno ante los marmóreos escenarios donde el maravilloso genio de su raza presentó por primera vez a los hombres el poder alucinante del sueño plasmado en imágenes inmortales, eternas, como representaciones del mundo transcendente, de la realidad psíquica: motivo fundamental del arte y de la filosofía, si es que el arte no es sino, la filosofía realizada, como creía Hebbel.

Los helenos tuvieron un Platón que les descubrió la verdadera realidad: la de las Ideas. Y el espíritu de aquellos sombres se abrió en una florescencia magnífica al influjo de la luminosa filosofía platónica, bajo un cielo infinito, de remotas lejanías, más vastas que las del mitológico. Después Esquilo y Sófocles, mostráronles el esplendor del ensueño y los abismos pasionales, haciendo también, infinitas las dimensiones de la realidad. Al propio tiempo, los artífices del cincel, convirtieron el mármol en formas de maravillosa sugestión; formas que no eran la servil reproducción de otras humanas, sino arquetipos, a lo que Platón llamara Ideas. Y arrebatado a la angosta realidad material, el pueblo heleno hizo de su existir un culto y un vuelo, a cuya virtud la vida era sentida con intensidad universal con fuerza vencedora del mezquino egoísmo personal y de la muerte: impulso no repetido por ninguna otra raza, y que llevaba en sí el germen de aquel Renacimiento — el italiano — a partir del cual, la Humanidad no ha vuelto a elevarse a esas cimas supremas del espíritu, doradas por el resplandor infinito de la Belleza y el Ensueño. Aquella Atenas, llevaba también en sí, otro fastuoso germen: el de la Alejandría de Alejandro — nombre magníficamente epónimo — y del macedonio Ptolomeo.

¡Hacia qué pueblo han vuelto a convergir los anhelos humanos? del idealismo y del sentimiento lírico de la vida, para despegarse de una realidad tan materialista como la nuestra.

Unicamente, Baireuth abrió con el drama wagneriano las puertas de oro de las perspectivas infinitas, en las que pudo lanzarse el mezquino espíritu del siglo XIX, con las alas

Y lo mismo que D'Anunzio, en una de sus más emocionantes poesías, pide a la Naturaleza que le conceda un sentido más para sentirse vivir más universalmente, nosotros, actualmente, podríamos pedir también a la Naturaleza, — a nombre del misterioso designio con que, según Splenger, sostiene la lucha de pueblos y razas; podríamos pedirle — decíamos — un pueblo más, una ciudad que sea para la Humanidad punto de convergencia de las fuerzras creadoras del espíritu y cima ingente del humano anhelo de supeción: una ciudad cuyo nombre vive en nuestro intelecto, como aquellos otros: Atenas, Alejandría, Venecia, Florencia, Baireuth... Agitamos los élitros de la esperanza, pero ninguno de Europa nos conforta con una firme promesa. Todo es crisis, decadencia y apostasía de los nobles ideales... Europa es un vasto plexo inextricable. Trasponemos las inmensidades oceánicas hacia el nuevo Continente. Pero nada en lo espiritual nos promete el gran pueblo yankee, con su fetiche el DOLAR, y cerrando sus puertas al mundo en un aislamiento étnico, similar al de la antigua China de la muralla.

Vemos en la Argentina una gran esperanza. Posee la riqueza natural, en especial la de carácter nutricio: factor importantísimo, ya que sirve de elemento básico en lo material. Y sobre él desarrolla una nueva riqueza de orden étnico, mediante la fusión de las más variadas características humanas, en un proceso creador de un nuevo tipo racial, pleno de posibilidades espirituales: lo que realiza por el procedimiento inverso al de los Estados Unidos del Norte: abriendo sus puertas, y por lo tanto, haciendo converger allí todas las modalidades psíquicas de la Humanidad. ¿No fué el principio de Grecia una como fusión en crisol de todos los elementos dispersos y aislados en civilizaciones de excesiva unidad étnica?

Pongamos por paradigma las diferencias de matices — sentimentales e intelectivos — entre Italianos y Españoles. En Europa se conservarán indefinidamente por el obstáculo de las fronteras, el idiomático y el de la nacionalidad. En la Argentina se funden. Necesariamente el hombre argentino ha de llegar a una fase de su proceso étnico — por la coexistencia geográfica, el matrimonio, la unidad lingüística — en que posea sumadas las características sentimentales e intelectivas de estas dos grandes razas, que aun separadas, han pesado tanto en el progreso espiritual del mundo.

Una serie de estudios históricos apoyados en la especulación científica, nos llevaría a la conclusión de ser hoy, únicamente la Argentina, el pueblo cuya formación autoriza la creencia de estarle asignada, por el misterioso designio que impele a la Humanidad hacia la superación — comparémonos con el infrahombre de las cavernas — un porvenir de esplendidez y preponderancia tal que, el de aquel pueblo, que aun se emociona ante el teatro de Esquilo, y desde el cual, con ocasión de las Fiestas délficas un espíritu heleno, Angelo Sikelia, acababa de lanzar un llamamiento al mundo, que debe recoger, con más entusiasmo que otra alguna, la juventud argentina, para iniciar un gran movimiento cultural, base y génesis de sus espléndidas valoraciones representativas en el mundo espiritual.

Las Palmas (Canarias), julio 1927.

AL PASAR

—¡Señor! ¡Por caridad! Y su voz era
La voz de la desgracia sollozante,
Esa voz que palpita en las gargantas
Como el canto fatídico del hambre.

El subió al coche, recogió la manta,
Gritó al cochero, le indicó una calle:
¡Tascó el freno el bridón y partió rápido
Salpicando con barro al miserable!

Alberto GHIRALDO.

FÁBULA DE HOY

Por Sara Insua

La tierra gris de la carretera arde bajo el sol. A los lados, la vegetación, pobre, languidece sedienta. Las florecillas de las retamas se mustian ya, y el tomillo no tiene fuerzas para expandir su aroma en la quietud angustiosa de la atmósfera. De vez en cuando algún conejillo cruza de cuneta a cuneta, en una carrera rápida.

Lentamente, como agobiada bajo el peso del gran cántaro de hoja de lata que sostiene en equilibrio sobre su cabeza, una mujer avanza. Dentro del trajecillo, de percal su figura parece juvenil y bella, y si el cántaro, que devuelve los rayos solares, no pesase tal vez demasiado, su andar sería airoso y firme.

Además, la carretera está solitaria; no hay a quien lucir el garbo de los andares, y María "la lechera" — es blanca y bastante pura leche lo que el cántaro de metal encierra — va abstraída en sus meditaciones.

Que las lecheras son capaces de meditar y abstraerse cuando van a vender su dulce mercancía, todos lo sabemos. Quizá el peso del blanco y sabroso líquido condensa, retiene las ideas en los cerebros sobre que gravita. Nuestra lechera piensa sólo que las ideas que se agolpan en su mente no son rosadas y alegres como las que se agitaban en la cabecita de "La lechera" que conocimos hasta hoy. María no se forja ilusiones; no hace castillos en el aire fundada en la esperanza de una buena venta. Sabe que le darán lo lo que todos los días por los litros de leche que lleva al pueblo. Sabe que este dinero tendrá que ponerlo, como siempre, en manos de la madre, que lo recibe con gesto rapaz y agresivo, temerosa de una petición. Sabe que ese dinero que ella "se gana" cuidando la vaca, ordeñándola y repartiendo la leche, no hace más que "pasar" por su manos... Por eso sus ideas son grises, como el piso embreado de la carretera.

María tiene diez y ocho años; sabe que es bonita, más bonita que las señoritas que le compran la leche... ¡Si ella pudiese ponerse un vestido de seda y unos zapatitos de tacón de carrete, y unas medias transparente, de esas que parecen de tela de cebolla!... ¡Estaría tan bien! Si pudiese comprar todo eso y ponerse "así de maja", seguramente se prendaría de ella un mozo rico, mientres que con los vestidos de percal y las alpargatas sólo los gañanes que no pueden quitarla del trabajo se fijan en ella... La vida es dura e injusta; trabajo y escasez para unos, holgorio y abundancia para otros. María no posee la virtud de la resignación. Su pecho está lleno de afanes... Mas, ¿cómo redimirse de la vida áspera y trabajosa? ¿Cómo alcanzar esa otra vida risueña y blanda? ¿Esos trajes de seda, esas medias finas, esos zapatos de ricas pieles sobre los que debe "dar gloria" andar, ¿Cómo?... Bajo la frente húmeda en la que el sudor ha pegado los rizos de ébano ,brota una idea. Y si escapara con el producto de la leche? Hace cálculos. ¡Bah! No hay para nada... ¿Adónde ir con tres pesos?

María tiene tendencias aventureras; pero no es un alma heroica. Lanzarse sola y sin dinero a la aventura la asusta. Habrá, pues, que seguir arrastrando la vida áspera hasta que...

Y va tan abstraída la lechera, que no percibe los bocinazos cada vez más repetidos de un automóvil que se acerca, que llega, que tiene al fin que dar un frenazo violento para no atropellarla.

Pero — aunque el chuffeur ha hecho hábilmente la mainobra — ha sido inevitable un leve encontronazo, que ha derribado a María. Y allí está sentada en el piso obscuro de la carretera ,en el que la leche, saliéndose del cántaro caído, empieza formar un lago blanco.

—¿Te has hecho daño, chiquilla?

María alza las pupilas negras, que se detienen en el que se acerca, y lo examinan, lo analizan...

—Sí...—responde entristeciendo la expresión de sus ojos, que un instante han brillado de alegría y de esperanza. — Mucho daño...; no puedo levantarme...; no podré andar...

Apesadumbrado y compadecido, propone él:

—Yo te levantaré... A ver...

Y los brazos fornidos se tienden hacia la muchacha, que alza los suyos para facilitar la ascensión.

Mientras la deja cuidadosamente en el automóvil, que es chiquito, brillante y ligero como un bello insecto de verano, ella inquiere:

—Es de usted el "auto?"

El hace un gesto afirmativo, y vuelve a preguntar con interés:

—¿Dónde te duele?

—No sé...; todo el cuerpo...

Ypone en la frase una sonrisa dolorida y una mirada profunda.

El dueño del "auto" salta a su asiento frente al volante y hace otra pregunta:

—¿Adónde quieres que te lleve?

María vuelve a sonreir tristemente, sabiamente.

—No sé... En mi casa cogerán el dinero que usted dé y yo tendré que volver a trabajar mañana, aunque no esté buena.

La mirada de él vuelve a fijarse en la muchacha. Realmente es bonita... y simpática..., hasta distinguida... Se le figura vestida de seda, con medias de gasa, con zapatos de tacón XV... Y... ¿Por qué no...? La "garconiere está demasiado aburrida...

—¿Quieres que te lleve a mi casa? — y como argumento; — yo soy médico...

María accede con un gesto y baja los párpados para velar el brillo de júbilo que hay en sus ojos.

Trepida el motor. Arranca el cochecito "ligero y brillante como bello insecto de verano". Atrás queda el cántaro abollado... y una mancha blanca que va extendiéndose y desapareciendo absorbida por la tierra gris de la carretera que arde bajo el sol...

SINCERIDAD

Ser sincero es mostrar su modo de ser sin encubrimientos, ni dobles. Eso de llevar en los labios una sonrisa, como en manifestación cariñosa para quienes odiamos, es lo más vil y criminal que podemos hacer.

La hipocresía es propia de espíritus cobardes. El hombre que tiene la pusilanimidad, la ninguna energía personal para demostrar su amor o su odio a todo aquello que se lo inspire, no es más que un misero o un cobarde. El carácter y la valentía han dado siempre méritos a los individuos.

Hay que ser sincero. Llevar el corazón abierto para demostrar que por eso nos distinguimos de los reptiles venenosos; porque no herimos a mansalva, porque si atacamos, lo hacemos usando armas leales y no abusando de nuestro espíritu miserable y traidor.

Sed sinceros en todo. La verdad en la mano triunfa más que todas las mentiras existentes.

Emilio ZOLA.

El movimiento de los brazos

¿Por qué movemos los brazos al caminar? Es difícil contestar a la pregunta, pero es seguro que se camina más cómodamente si los dejamos balancearse naturalmente que si los tenemos duros y pegados al cuerpo.

Se trata de un instinto natural de equilibrio. Es posible que el balanceo de los brazos nos ayude a conservar inconscientemente el equilibrio exacto.

El movimiento de los brazos es en sentido inverso del de las piernas, llevando el brazo izquierdo hacia adelante al mismo tiempo que la pierna derecha, y el brazo derecho al mismo tiempo que la pierna izquierda. Trátese de hacer esto al revés y mover al mismo tiempo la pierna y el brazo del mismo lado: no se conseguirá. Parece que el balanceo simétrico de los brazos y las piernas es un método instintivo para restablecer el aplomo del cuerpo, comprometido por el ejercicio instable que es la marcha. Pero el balanceo de los miembros no es indispensable, y muchas veces no lo ejecutamos; por ejemplo, cuando caminamos con la manos en los bolsillos; aunque entonces caminamos menos ligero y movemos los hombros ligeramente.

BENJAMIN ROQUE, habla a Buenos Aires

Encontramos al exquisito "causseur" porteño con un gesto de malhumor agrio. No es, por cierto, la hora de la cena ni la del almuerzo, no obsante hallarse cercana la del "cocktail", pero Roqué con sus enormes bigotes, su clásico jaquet, sus elegantes quevedos y su porte inconfundible se nos revela molesto.

—¡Vaya con las fijas! Figúrese que se mancó el favorito y esto me reportó una buena pérdida.

Se pasea a grandes pasos y termina por sentarse junto a nosotros, algo calmado.

—Están las cosas como para ponerle a uno los nervios en punta. Las carreras con sus fallas inevitables, las modificaciones del Himno, la "indiada" de Florida, el snobismo, la incultura y la necedad, son factores que desquician.

—¿Descontento de Buenos Aires?

—De la grosería que brota por doquier. La gran capital, años atrás era deliciosamente transitable. Ahora al contemplar las incorrecciones de tantos petimetres, la falta de urbanidad que se observa hasta en los mismos salones, me hace imaginar que no estoy en Buenos Aires. Tengo amigos de buena posición social y económica, con los que me da vergüenza comer: les he tenido que indicar hasta el modo de tomar los cubiertos, tal es su torpeza.

A medida que se acerca el momento de la comida, el malestar de Roqué se disipa como por arte de encantamiento. Gourmet yanta con un apetito formidable que deleita al "cordon bleu". Es la síntesis vigorosa de su hermoso optimismo que halla su traducción al trinchar un pavo trufado, saborear un humeante pollo acompañado de picante salsa y escanciar vino generoso y champagne en delicadas copas de cristal de bohemia, sonoras como el bello cascabeleo de la risa de una mujer argentina.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplí el mes pasado sesenta y dos años. Y ya me ven ustedes, rozagante y contento.

—Es que Vd. ha realizado vida muy metódica — tercia un joven acompañante.

—Yo — responde. — Si hay alguien de mayor vida irregular, ese ser he sido yo.

—¿Cómo explica Vd. que gran parte de los muchachos de hoy a los veinte años estás desgastados y envejecidos como si fuesen hombres de edad provecta?

—Por los vicios, malas costumbres y régimen de vida. Los muchachos de antes bebíamos "whisky", ginebra, ron y otros líquidos fabricados a base de alcohol puro, en cantidad y más de una vez nos *pescábamos* una borrachera tremenda. En cambio, conozco hoy a infinidad de jovencitos, que por efecto de una corrupción alarmante se administran drogas nocivas fatales, que degeneran la raza, constituyendo este mal, un hondo problema social.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien de salud, pero invadido de nostalgia que me estruja el corazón al recordar los tiempos y los compañeros idos. Desfilan tantos nombres por mi memoria, de amigos dilectos, espíritus superiores, generosos, que la muerte arrebató, que no puedo evitar este dolor acongojante que se oculta tras mi sonrisa, donde muchas veces diluyo disgustos.

—¿Se acuerda de los tiempos del "¡Piff! ¡Paff!"?



Benjamín Roqué.

Como es notorio, yo he sido espectador y actor de la vida de Buenos Aires, desde hace algunos lustros. He conocido a la sociedad porteña en una época cuyas modalidades eran diversas de las actuales y he asistido a la transformación de muchos rasgos y caracteres de la vida ciudadana. No negaré que la evocación de algunas circunstancias de años atrás me produce cierta melancolía y que la desaparición de personas y cosas que estuvieron muy cerca de mi corazón, me sugiere, cuando en ello pienso, una tristeza que escondo bajo mi habitual sonrisa. Pero a pesar de todo, como hombre que ama su país, me regocijo de todo aquello que comprueba una evolución progresiva y un perfeccionamiento de sus caracteres y costumbres. Para referirme a una sola faz de todo eso, aludiré a la diferencia que va de ciertas publicaciones ilustradas de antaño a la excelencia de revistas como FRAY MOCHO.

Benjamín ROQUE.

—Ya lo creo. Volveré a sacarlo. Ahora no sé si acá o en París, para donde me embarcaré pronto. Cuando yo fundé esa publicación en Buenos Aires, causé una verdadera revolución. La sede de ella era visitada temprano, diariamente por caravanas de domésticos que me traían noticias de sus amos. De esta manera, en sus páginas amenas y chispeantes se reflejaban detalles íntimos, sabrosísimos, de la alta sociedad porteña que me temía como a un demonio. Recuerdo que una vez averigüé en una agencia de navegación el nombre de todos los que habían hecho reservar pasajes para dirigirse a Europa. De esos a último momento un poco más de la mitad habían retirado los billetes y el resto continuaba figurando en las listas y en los diarios, "pour la galerie", perjudicando a la empresa con su estúpido proceder.

Yo me propuse curar eso y lo conseguí. Al día siguiente aparecía esta nota en el "Piff Paff":

"Partieron para el Viejo Mundo, Fulano, Zutano, Mengano y Perengano, acompañados de sus respectivas familias, y no partieron Juan de los Palotes, Ernesto del Agua Florida, etc. etc. — aquí los nombres y apellidos, que no recuerdo en este instante.

Hubo reclamaciones. Se designaron padrinos y hubo hasta la perspectiva del terreno del honor. ¡Cómo duele al mundo que se le castigue su vanidad!

Manuel Lainez me llamó un día, para criticarme la Vida Social, que yo inicié en el periodismo argentino y que luego fué imitada por los diarios de París, y algún tiempo más tarde "El Diario", inauguraba esa sección.

El cumplido caballero nos mira tras de los cristales de sus lentes, interrogante, antento, tradicional, cultísimo, inteligente, con su peculiar gracejo, contempla la vida de su amada Buenos Aires, que avanza gigantescamente, día a día en el progreso y tiene la dicha de ver hidalgos romanescos, llanos señores y gentileshombres como éste que fuera árbitro de la elegancia a la manera de Brummel que conserva su espíritu juvenil y glorioso saturado del aire renovador que anima a la inmensa urbe que conociera aldea.

Roque CEPEDA VERON

REFLEXIONES

Yo, si muchas veces no peco, no es por virtud, sino por mantener el encanto del pecado no satisfecho.

* * *

Una mayoría de las mujeres sueña con los pecados que no comete; la otra mayoría se contenta con cometer los pecados que jamás sueña.

* * *

A veces, un hombre malo no es sino un hombre superior, visto desde lejos y a través del prisma de la moral que lo descompone en los siete pecados capitales del iris social.

Alejandro NUÑEZ ALONSO.

El triunfo de los mediocres

Por Vicente Ganzo

Unas veces he oído y he leído otras la expresión de cierta extrañeza ante el hecho universal de que sean los mediocres los triunfantes en diversas manifestaciones sociales y principalmente en la dirección de los pueblos.

¿Por qué, se dice, han de ser las capacidades mentales medias las que triunfen?

Unos, los más vulgares, lo achacan a la audacia. Como la ignorancia es atrevida, dicen, el hombre que tiene la conciencia de su valer no se aventura; en cambio, el ignorante se cree en condiciones para todo y su audacia lo conduce al éxito.

Otros lo atribuyen a la democracia imperante. Siendo la mesocracia el predominio de las medianías, todo ha de resultar mediano; los de arriba y los de abajo deben ser eliminados para que imperen los mediocres.

La audacia es, en cierto modo, un factor muy importante, pero no decisivo para llegar. Es algo esporádico, no general, y de ahí que veamos en la cúspide, tanto de los negocios como de las demás actividades humanas, al lado de los audaces, a los tímidos, y junto a los más intrépidos optimistas, a los pesimistas más hipocondríacos.

La mesocracia no puede ser tampoco la causa determinante del fenómeno, pues ello implicaría el triunfo de las clases medias; cosa que a pesar de toda la democracia de esta época no sucede, ni tiene por qué ocurrir. Tales clases son las más oprimidas en una porción de aspectos de su desenvolvimiento.

Hay que buscar el factor determinante en la marcha histórica de la humanidad, donde se halla su verdadero raigambre, y analizar en conjunto las tres grandes etapas de la evolución psicológica humana. Tales etapas pueden ser llamadas: del *armismo*, del *leguleyismo* y del *culturismo*. No se manifiestan ellas separadamente con netos confines, sino como compenetradas, con predominio de una de sus características sobre las otras dos, según las épocas.

Hemos de entender por *armismo* la imposición de las armas y, por lo tanto, de los hombres que sobre ellas sustentan el triunfo. No hay que confundirlo con el *militarismo*. En éste domina la organización militar, que es digna de todo elogio, tanto por la cultura que representa un ejército, como por ser éste a veces la parte social más sana en una nación y por ello poder salvar, en ocasiones, la dictadura militar a un país de graves males sociales. El *armismo* empieza en el individuo que coacciona a otro mediante la amenaza con un arma, y se desarrolla en la represión colectiva ocasionada por núcleos armados más o menos numerosos. La historia nos enseña que, actualmente y en las naciones civilizadas, no hay grandes núcleos armados más que en los ejércitos, pero no siempre ha ocurrido así: en épocas antiguas han sido muy frecuentes las coacciones cometidas por colectividades sin organización militar. Por ello el armismo se encuentra en la primera etapa de la civilización. Es entonces cuando los hombres más sanguinarios y rapaces se hallan a la cabeza de sus pueblos, dominando por el prestigio de sus fechorías cuando no por el terror. Cuantos les rodean y ejercen autoridad es a costa de la imitación de su jefe, con el que suelen competir en crueldad. Y así amaneció la historia de la humanidad con sus clanes, en cada clan corriendo la sangre de su totem unas veces y otras las del sér humano que estorbaba o tuvo la desgracia de quebrantar un tabú.



—Voy a ir a consultar a una echadora de cartas.
—¿Para...?
—Quiero saber si permaneceré siempre constante a mi marido.

Poco a poco el hombre se va civilizando al sentir la necesidad de una cesación de tanto horror, de un principio de justicia, y empieza a nacer la legislación y con ella el derecho. Sin embargo, el hombre ya privilegiado por su situación, no siente ningún deseo de dejar un puesto que le conviene y consagra cuanto puede beneficiarle, al mismo tiempo que todo cuanto contribuya a perjudicar a sus enemigos. Al lado de tantos egoísmos van perfeccionándose las leyes, provistas de cuantos recovecos son necesarios para hacer indispensable su interprteación. Y se hace preciso abogar por todo el que tenga algún contacto con la ley, y éstas se multiplican tanto que no puede abogar cualquiera, sino un especialista. En tales circunstancias suelen ser estos especialistas quienes se hallan más indicados para retener el poder, porque en su mesa de trabajo tienen distribuídas las interpretaciones de las leyes en dos grupos: a la derecha las favorables, para brindárselas a los afines, y a la izquierda las nocivas, para combatir a los contrarios. Nadie tiene razón. El que se sienta en aquella mesa es el único árbitro.

A pesar de los defectos de esta etapa sus progresos son notorios, y comparándola con la anterior se ve el paso gigantesco dado por la humanidad en su evolución. En ella se aprecia el abolengo y junto a la aristocracia de la sangre surgen la del dinero y la de la política y empieza a esbozarse la del talento. En ella se da un sentido reverencial al dinero, en la cumbre de su apogeo. En ella es donde triunfan los mediocres, porque los peores ya no tienen cabida y los mejores están formándose; aun no ha llegado su hora. Por eso se les ocupa confundiéndolos con los técnicos, y cuando alguno descuella en demasía se le aísla con algunos honores y unos cuantos billetes de banco para que no se acerque demasiado al *sancta santorum* de las leyes. Estos más adelantados, los que ven en el porvenir el designio del desenvolvimiento humano y en el presente los medios con los que seguramente la humanidad sería feliz y bondadosa, comprendiendo que llegará el momento de acabar su ciclo en la tierra, sin haber podido ni esbozar sus salvadores planes, aconsejan al poderoso, tratan de iluminarlo para que vea cómo ellos un remedio a cada mal y lo aplique. Pero la aplicación se hace lentamente, tórpidamente, para no lesionar los intereses creados, que representan la suma de los egoísmos de los menos y son causa de la desdicha de todos, de la desesperación de muchos y de la muerte prematura de bastantes.

La humanidad, en su evolución, ha pasado de la infancia a la adolescencia, de lo malo a lo mediano, y he aquí la única causa de su mediocridad y el por qué de ver que muchas naciones han sido conducidas por los mediocres. No han imperado en ellas los Aristóteles ni los Hegel, ni los Shakespeare, ni los Cervantes, ni los Lombroso, ni los Edison, ni los Newton, ni siquiera sus bienhechores más notorios, como los Pasteur o los Erlich. No. Cuando ellos nacieron fué para sembrar ideas, para contribuir al progreso de un modo lento y no para llevar a sus pueblos a una etapa brillante de desarrollo. ¿Qué podían hacer rodeados de masas poco cultas y egoístas que servían de pedúnculo a sus conductores, en los cuales se reflejaban las mismas virtudes y vicios de ellas?

A pesar de todo, tal ambiente fué favorable a la evolución, y en él ha prendido el *culturismo*, el cual vemos cómo va desarrollándose lentamente a través de los siglos. Ni Grecia, ni Roma, ni Egipto, ni la India, antes; ni ahora ninguna nación moderna, se ha desentendido del todo de la cultura, y cada vez es mayor la atención que se le va prestando. Se multiplica el número de culturales, los cuales van ocupando lentamente sus puestos correspondientes, estando ya a la vista que en las naciones civilizadas se sobrepasa por mayoría el nivel cultural medio y se termina la era de las leyes anfibológicas, de los que reverencian al dinero y de los que no subordinan sus conveniencias al imperio de la justicia, surgiendo en el poder, a modo de eflorescencias de los mejores, los genios de la época, que conducirán rápidamente a los humanos a la vida paradisíaca para la que fueron creados en la tierra y que por ley de Dios y por cultura les corresponde.

El arco eléctrico

La Sociedad de Ingenieros Mecánicos de los Estados Unidos opina que la llama del arco eléctrico llegará posiblemente a reemplazar los remaches, y que la armadura de acero de los edificios del futuro puede llegar a ser de una sola pieza, enlazada por la soldadura eléctrica. Se dice que este procedimiento ahorraría el costo de taladrar miles de agujeros para remaches que la fortaleza de una soldadura por arco eléctrico es igual a la de los elementos o miembros soldados, y que una soldadura eléctrica es impenetrable al agua y al gas. Por último, el costo de este procedimiento podría llegar a ser de sólo tres cuartos del costo actual de los remaches.

Curiosidades

Se calculan en unos veinte millones las personas ciegas que hay en el mundo.

* * *

Los mahometanos resultan excelentes marineros, según los capitanes de los barcos, porque su religión les prohibe beber.

* * *

El primer eclipse de luna que se recuerda es el del 19 de marzo de 721. Se observó en Mesopotamia.

* * *

Los escarabajos pueden entenderse y comunicarse entre sí mediante el ruido que hacen goipeando, aun cuando se encuentren a tres o cuatro metros de distancia uno de otro.

* * *

La herramienta más antigua que se ha podido descubrir en la historia egipcia es el serrucho. Primero tenía la forma de un cuchillo de bronce dentado, en la tercera dinastía, o sea unos cinco mil años antes de nuestra era, siendo seguido en la tercera y cuarta dinastías por serruchos de dientes más grandes, que eran empleados por los carpinteros.

En el siglo VII antes de la era cristiana los asirios usaban serruchos de hierro. Los primeros cuchillos que se conocieron eran de pedernal, y, en realidad, resultaban ser serruchos con dientes diminutos.

* * *

Los científicos proponen actualmente el uso de los gases asfixiantes para matar los mosquitos.

* * *

Se calcula que todo el gran universo está compuesto por mil a tres mil millonse de soles (estrellas), muchos de los cuales deben regir indudablemente sistemas planetarios, por lo menos, como el nuestro y en los que existe, acaso la vida.

* * *

Es curioso el hecho de que hubiera en Londres, antes de la guerra, más de dos mil lustrabotas callejeros, y ahora no haya más de cuatrocientos, y aun están disminuyendo.

* * *

Los japoneses cultivan una planta que produce una especie de cuero vegetal, tan suave y excelente como la cabritilla.

* * *

Alejandro el Grande transportaba nieve de las montañas, para refrescar vino para él y para sus soldados.

* * *

Dice un filósofo francés que si no vivimos más de cien años es porque se cree que ese es el límite de la vida humana. Si la gente abandonara esa idea viviría muchos años, hasta pasar el siglo y medio, agrega el sabio.

* * *

La lana de las ovejas se pone lacia y suave al tacto cuando se acerca una tormenta.

* * *

El total de la población judía del mundo se calcula en 18.090.000. En los Estados Unidos hay 4.400.000 y solamente en la ciudad de Nueva York 2.000.000.

* * *

La municipalidad de Londres gasta casi todos los años cerca de veinte mil pesos oro en arena para echar en las calles cuando están resbaladizas, a fin de evitar que los caballos se caigan y que "patinen" lateralmente los automóviles.

* * *

La nariz de la res productora de carne, si es demasiado grande, indica predisposición a enfermedades escrofulosas y pérdidas innecesarias de los alimentos.

* * *

Las constantes indigestiones de los ingleses se creen debidas a su costumbre de beber té.

* * *

Más de 70.000 elefantes se matan todos los años en Africa para utilizar sus colmillos.

* * *

El profesor doctor Merville, muy conocido en los centros científicos por sus estudios de radiología, acaba de demostrar la posibilidad de impresionar películas con ayuda de los rayos X, de los latidos del corazón. Las pruebas efectuadas ante eminentes hombres de ciencia han sido concluyentes. Este nuevo y maravilloso invento está llamado a prestar insospechados servicios al estudio y la curación de los enfermos cardíacos, así como a la medicina legal.

* * *

Una estadística reciente ha revelado la existencia de tres millones de perros en la Gran Bretaña. Comparativamente con su tamaño, Inglaterra es, sin duda, el país del mundo en que hay más perros. Horroriza pensar lo que sería de la rubia Albión si repentinamente fueran atacados de rabia todos esos canes.

* * *

Se calcula que cerca de 200.000 personas quedaron enterradas debajo de las montañas que se desmoronaron durante el terremoto que hubo el año1921 en China, en la provincia de Kansa.

Bañar los huevos en aceite es el más reciente método para conservarlos frescos y esterilizados, de acuerdo con largos años de experiencia. En Estados Unidos este procedimientto hace que 360 mil huevos, en el curso de diez horas diarias, sean bañados en aceite, a una temperatura de 235 grados Farenheit. Se dice que el aceite tapa los poros del cascarón y evita que entre el aire.

* * *

El químico alemán profesor Engelhart ha logrado extraer de la leña una bencina, a la que le ha dado la denominación de "X. Y.". Según se afirma, el coste de esta nueva bencina no alcanza más que al tercio de la bencina ordinaria.

Mediante un tratamiento químico especial, Engelhart logra transformar la leña en ácido piroleñoso, y éste, por destilación, en bencina.

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

Con todo lucimiento llevóse a cabo la inauguración oficial del magnífico edificio del Instituto Biológico Argentino, situado en la plaza del Congreso. — Asistieron al acto el ministro del Interior, doctor José P. Tamborini, el presidente del Departamento Nacional de Higiene, doctor Gregorio Aráoz Alfaro, el director de la Asistencia Pública, doctor Emina, numerosos facultativos y gran cantidad de público. — El profesor Marotta usando de la palabra en nombre de la institución.





Doctor Silvio Dessy, director del Instituto.



El profesor Lustig, pronunciando su discurso.



Señor Julio Landi, administrador general del establecimiento.



Un aspecto del laboratorio de química.



Frente del edificio del Instituto Biológico Argentino, recientemente inaugurado.

HOMENAJE A BOLIVIA



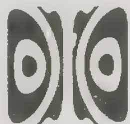
El cónsul general de Bolivia, doctor Alfredo Palacios Mendoza, el profesor J. M. Vázquez, los doctores Orozco y Fernández Córdoba, y la comisión organizadora de la fiesta, con los alumnos del Conservatorio Fontova, que tomaron parte en el homenaje a Bolivia.

BANQUETE



Conmemorando el duodécimo aniversario de la fundación de la Sociedad "Fabricantes de Ladrillos Unidos", sirvióse un banquete, en el Hotel Comercio Larre. — La cabecera de la mesa.

Demostración al general Toranzo.





Vista parcial de las numerosas personas que concurrieron a tributar una expresiva demostración de simpatía al general de división Severo Toranzo, con motivo de su reciente ascenso a tan alta jerarquía militar.

Fiesta a beneficio de la Ciudad Universitaria de Madrid



El embajador de España, duque de Amalfi, el tenor Miguel Fleta y otras personas, en el antepalco del citado diplomático, durante la función teatral organizada a beneficio de la Ciudad Universitaria que se edificará en Madrid.



El tenor Miguel Fleta, acompañado de los actores Meana, Barreta, Arce, Almodóvar y demás intérpretes, que tomaron parte en la representación de la obra "Marina", realizada en el teatro de la Avenida, con los fines indicados.

En honor de la señorita Wally Zenner



Con motivo de su brillante jira artística por Montevideo, la declamadora argentina, señorita Wally Zenner, fué objeto de un homenaje por parte de un grupo de intelectuales. — La señorita Zenner y algunas de las personas que asistieron al acto.

Asociación "Sopladores de espuma"



Concurrentes al banquete realizado en la Confitería Pellegrini por los miembros de esta asociación humorística, cuyo fin principal es el de allegar recursos en favor de los huérfanos o pobres de la colectividad inglesa.

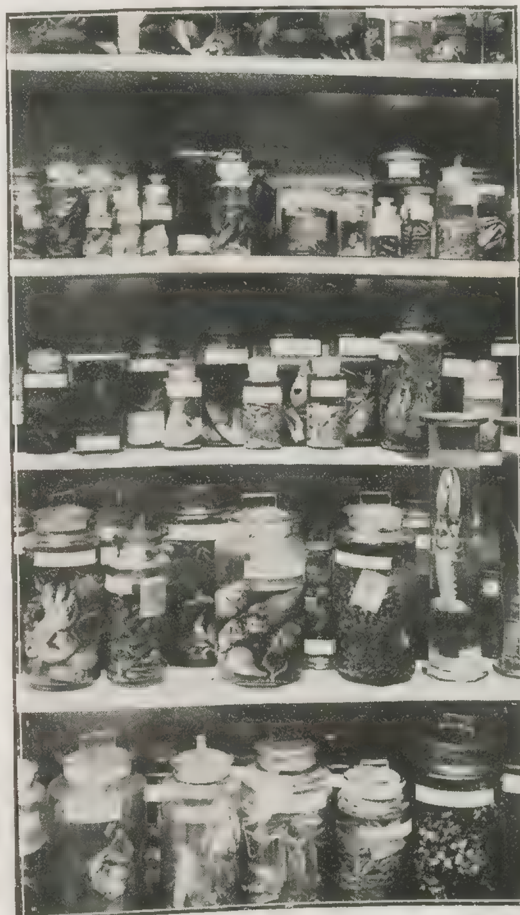
Una visita al Museo de Historia Natural "Bernardino Rivadavia".

(Véase, en la página 32 la crónica correspondiente a esta nota gráfica).

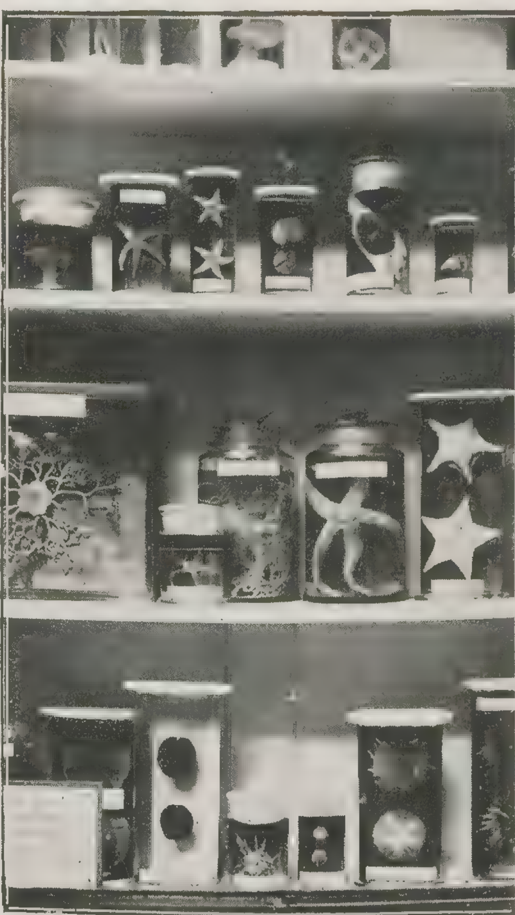




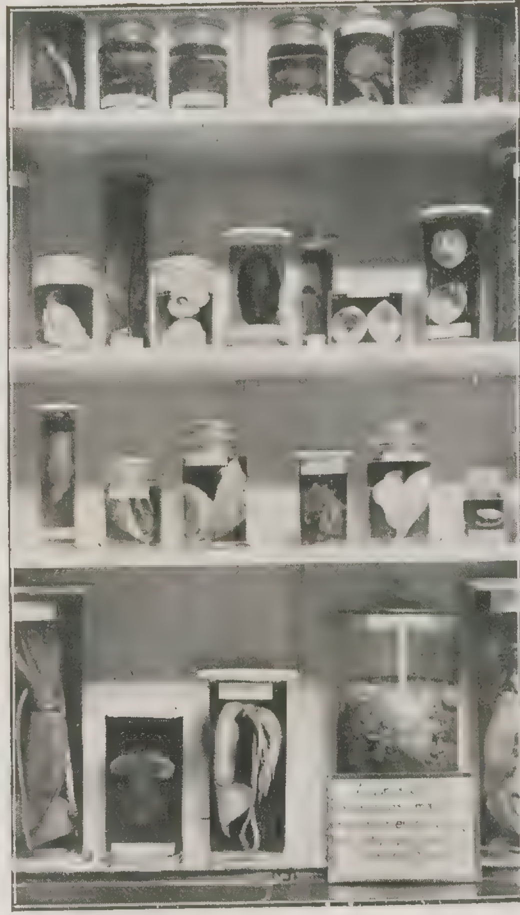
El profesor Martín Doello Jurado, director del Museo de Historia Natural "Bernardino Rivadavia" y célebre malacólogo.



Una pequeña parte de las colecciones de estudio de los crustáceos de la Argentina. Existen en el Museo numerosos armarios iguales, repletos de material de investigación.



Serie seleccionada de los ricos materiales zoológicos recogidos en nuestras costas por el barco pesquero "Undine", de la compañía Angel Gardella. Interesantes ejemplares de estrellas, erizos y otros equinodermos.



Algunos de los elementos reunidos por don Federico G. Leloir y don Gustavo J. Franceschi, y recogidos frente a Mar del Plata, durante los viajes del yate "Atair". La colección consta de valiosos ejemplares de moluscos (gasterópodos y cefalópodos), crustáceos y otros animales marinos, perfectamente conservados en alcohol y formol.

BIBIOGRAFIA



Señor Bartolomé Galíndez, autor del libro de poesías "Las tres ánforas", próximo a aparecer.

VIDA ARTISTICA



Señor Ramón Coll, profesor de música y compositor nacional, que acaba de cumplir treinta años de vida artística.

CONCIERTOS



El niño Vicente Spisso, que se ha destacado como notable violinista, en varios conciertos últimamente realizados.

HUÉSPEDES ILUSTRES



Doctor Alejandro Orfila, gobernador de la provincia de Mendoza



El doctor don Alejandro Orfila, que se encuentra de paso entre nosotros, es una de las más vigorosas personalidades del radicalismo. Joven, pleno de inteligencia y nobles ideales, la figura del doctor Orfila se destaca, no sólo por su rectitud administrativa, sino también por sus acentuadas dotes de caballero. Todo aquel que necesite un consejo sano o una ayuda eficaz, no deja de encontrar en el doctor Orfila un sereno y desinteresado consejero, como así también un verdadero amigo.

Por todo esto, no dudamos que la permanencia del doctor Alejandro Orfila en nuestra capital ha de dar lugar a sinceras manifestaciones de aprecio justo y elocuente.

Nuestra bienvenida al ilustre huésped.



Fot. Capra.

Actualidades cinematográficas



Mady Christians en una escena de la película "Con trenza y con espada", del programa Optimus, que desde ayer exhibe la Corporación Argentino Americana.



Majorie y Priscilla Bonner, en "Pagando el precio", cinedrama que Glucksmann exhibe desde anteayer.



Sunny Mac Keen, el famoso pebete "Snookunis", héroe de la serie "El Niño de los de Pérez", de la Universal, en brazos de Mr. Coolidge, presidente de Estados Unidos.



May Mac Avoy y Hedda Hopper en "Damas de antaño", film Ajuria, que la General exhibe desde el viernes último.



Escena de "Rindiendo la jornada", con Tom Mix como protagonista, que la Fox Film exhibe desde el jueves último.



Mary Astor y Albert Rogell, intérprete y director, respectivamente, de la película "The Sunset Derby", producida por First National Pictures.



Alice Day, en "Agata y los gatitos", film cómico que la New York estrenará pasado mañana.

SOCIALES



ENLACES. — María Felisa Fitte - Eduardo Cornejo Saravia.



Señorita Araceli Alonso de Armiño, recientemente desposada con el señor Alfredo Urculiú.



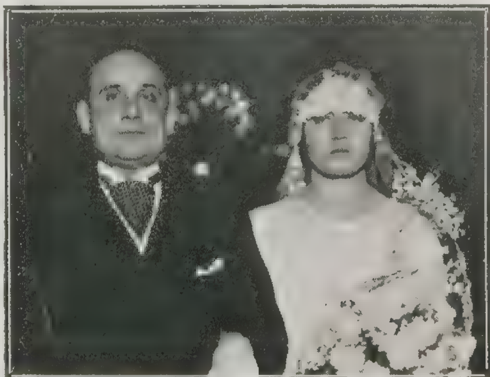
Mata - Mosquera.



Matilde Cerdá Figuero - doctor Antonio Palacio Zino.



Adelina Amadeo - Fortunato L. Cichero.



Viganó - Ferrari.



María Adela Jiménez - Alfredo Lorsdaitzbeher.



Cevasco - Ferrari.



Emma Victoria Bellani - doctor Enrique Canet.



Elda A. Cantalupi - doctor Leopoldo Bottaro.



Cora Peré - Gabriel R. Molero.

Industrias progresistas





Con motivo de la inauguración del nuevo edificio de la panadería "El Cañón", situado en la calle Sarmiento 983, la dirección del citado establecimiento industrial ofreció un lunch a la numerosa concurrencia que asistió al acto. — Un grupo de invitados al servirse el champán.

NOTAS GRÁFICAS MENDOCINAS



El vicegobernador señor Saa Zarandón, acompañado del jefe del regimiento 16 de infantería y del mayor O'Farrell, presenciando las carreras automovilísticas.



El intendente municipal de Mendoza, señor Francisco Arturo y el señor Larrea, comentando las incidencias de las pruebas.



Señor Alejandro Fosca y su acompañante Yarza, que ocuparon el primer puesto en la llegada de la carrera de automóviles.



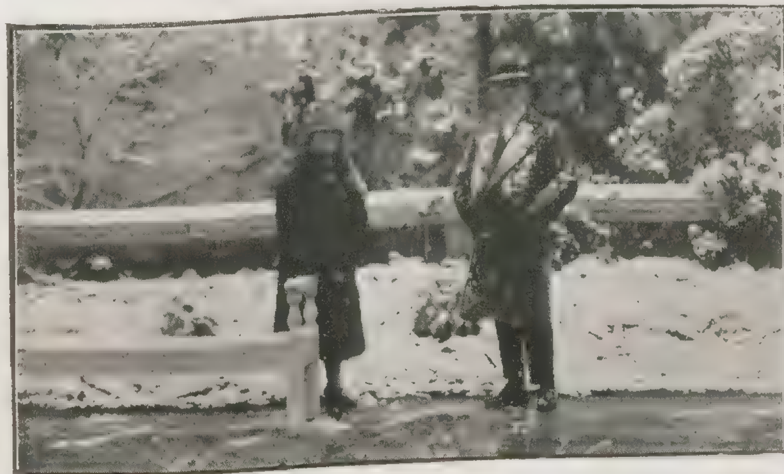
Señor José R. Zelaya, a quien correspondió el segundo lugar.



Señor Italo Rutini, clasificado en tercer término.



El cónsul del Perú, acompañado del comandante del departamento de Cuyo, coronel Saforcada, dirigiéndose a depositar una corona en el monumento de San Martín.



El señor Carlos Steindl y su esposa en el parque General San Martín, durante la última nevada.



El señor González y su familia en el mismo parque, mientras cae la nieve.

Fots. Capra.

Exposición Anganuzzi



Señor Mario Anganuzzi, pintor argentino, que acaba de inaugurar una exposición de sus telas, en el salón Witcomb, algunas de las cuales reproducimos en esta página.



''Peñas, quiscos y piquillines'' (Paisaje del valle de Potrerillos, provincia de Mendoza).



''El Potrero''





''El patio del rancho''



''Rincón de corral''



''Los chivatos''

LOS TROPEROS

Por Vicente A. Salaverri

(Del libro "El Manantial y otros cuentos del campo", recientemente aparecido)

En la cocina — un ranchito de terrón, negro y brilloso por el humo, amén del vaho grasiento de las ollas — se congregan, con el capataz y los peones de la estancia, los cuatro troperos venidos de la costa de Corrales, que es donde el vasco Urdigarain tiene "La Mariscala", su principal establecimiento ganadero. Urdigarain, que llegó al país pobre de ropa y sobrado de ánimos, cuando en el Cebollatí, con sus montes espesos, mandaba "el que tenía facón más largo", es un linfático burgués en la actualidad. Tuvo una "tropilla" de hijas, mellizas, como las ovejitas Hampshire del apacible vasco. Su único "macho", que salió "más colorao que sangr'e toro" (no obstante ser Urdigarain blanco), fué muerto por una bala revolucionaria en la batalla de Masoller. Sus yernos — a los que el vasco viejo ayudaba de continuo con dinero — eran "gente cajetilla", que no abandonaba por nada del mundo la molicie de Montevideo.

Por esa causa, achacoso como está, Urdigarain tiene en manos de un extraño la administración de sus estancias, que son tres, a saber: "La Mariscala", sobre la costa del Corrales, muy cerca de Gutiérrez, con potreros aptos para invernar, y dos "campos criadores", uno en el Yerbalito y otro pasando el Cebollatí. En este último es donde vemos ahora los troperos. Hace de capataz aquí un indio grandote, Morales, de ojos vivos y enorme boca, guarnecida con anchos dientes esmaltados. Está algo viejo, y cuando puede se queda en las casas, haciéndole mimos a una cotorrita que le llama "papá". Mientras tanto, un negro atlético en pleno vigor, recorre el campo de continuo, impidiendo las raterías de los linderos. María Magdalena sí, "por ande lo busquen es gaucho". Secunda a ambos Zapallo, un viejo de barbas duras como espartillos; él hace cotidianamente, en la humosa cocina, las fritadas con huevo (es su especialidad) y el guisito de charque.

Los campos son bajos y anegadizos. Cuendo el Cebollatí se desborda — y lo hace todos los inviernos — la creciente llega cerca de "las casas" y las reses viven unos días con el vientre bajo el agua, como si se hallaran en mitad de un inmenso bañado. Tal característica induce a no dejar en las dos mil hectáreas, entre los meses de mayo y septiembre, arriba de seiscientas vacas con cría. Los terneros, bien alimentados, pues hay gramas opulentas que las madres transforman en leche, se desarrollan mucho. Por la primavera es el llevar de "La Mariscala" varios cientos de novillos, para que pelen un poco el campo bajo. Antes de los fríos y las lluvias invernales, esas reses y parte de "la producción" van para la estancia principal.

Mas he aquí que ahora el mayordomo, Américo Intuarte, quien vino los otros días "a recorrer", se ha empeñado en sacarle al campo ciento y pico de vientres, porque opina que el invierno será cruelísimo. Intuarte, aunque muy joven (y más compadrito que joven), ha logrado que los camperos "lo oigan", pues sobre ser "leído" tiene un acierto maravilloso para pronosticar las estaciones, con lo que sabe, como nadie en aquellas zonas, cuándo vacas y ovejas deben de parir. El viejo Urdigarain tiénele fe, porque es hijo de otro vasco que se murió pobre, con bien forjada fama de honradez en el comercio.

Intuarte salió el 6 de junio de "El Quebrachal" y a los dos días ya le había enviado a Morales, desde "La Mariscala" los cuatro peones que van a hacer de troperos. Como encargado va Honorato Gómez, un gaucho "camperazo" y prudente, que lo mismo enlaza que marcha tras un arado o le "uñe" los bueyes a la carreta. Es un elemento utilísimo, con una cabeza pequeñita, pero tan característica, que la copiaría un pintor. Usa chiripá y, cuando sube un redomón, aun sabe sujetarse a las botas de potro las "lloronas". Cada tropero ha hecho el viaje en dos buenos caballos.

El indio Morales, en seguida que el mayordomo, por "telefo", le ha impuesto de la salida de los troperos, ha matado una vaca con "cáncer en l'ojo", pues quiere obsequiar cumplidamente a los huéspedes.

La "cruzada" fué larga. El canal de El Gringo está hondo y fué preciso dar vuelta por Las Averías, donde funciona una mediocre balsa. Han asado un churrasco entre los coronillas y los chalchales de la ribera, y en seguida, "al tranco", han ido atravesando los diez y ocho o veinte bañados que hacen odioso para los carreros el camino de Tres Islas. Los caballos parecían viejos, cansados, aburridos de chapalear barro, mientras los hombres jaraneaban.

—¡Pero hay lagunas en esta patria! — dijo el negro Purificación.

Y puso una mano en la cabecera del recado, a fin de descansar aquellas sufridas partes que lo sostienen sobre el matungo. Honorato Gómez, que se sabe de memoria el camino, respóndele estoico al negro, convencido de que "cambiar de postura es cambiar de dolor":

—¡Si podr'haber!

La trayectoria es larga, no tanto porque "la calle" (1) da vueltas y más vueltas por la inmensa planicie anegadiza, cuanto porque es preciso avanzar zigzagueando como los zorrillos, a fin de que los pobres caballos anden, siquiera por momento, fuera del barro. Mueven las patas con miedo, como si les doliesen las articulaciones y "se han afinado" mucho de barriga.

Con el afán de llegar, los cuatro hombres no han puesto atención en los paisajes cambiantes del camino. Ahora es una llanura triste, monótona, pero en Las Averías hay vastos cerros y resulta exaltante el espectáculo de la ribera del Cebollatí. Entre el espeso monte — coronillas híspidos, blanquillos cubiertos de "yerba de los palos", talas anárquicos, quebrachos enhiestos y alegres pitangueras, que entrelazan sus ramas no se sabe si con odio o por amor — está la nota melancólica de las palmas, aisladas y lánguidas, como soñadores en un espeso ambiente mercantil. Borrachos de sol, cantaban los pájeros — calandrias, cardenales y jilgueros — a tiempo que los hombres, ahitos de pulpa, ensillaban sus fletes para marchar. De pronto dijo el negro Purificación, mirando al cielo:

—¡No me gusta nadit'este tiempo!

Y Pelegrino, el más "manate" de los troperos (como que es hijo de un hombre que tiene doscientas cuadras de campo), mira inquieto el "breeche" de pana azul que estrena hoy. Acaso se destiña si se moja. Además, se ha venido sin poncho. En la valija, que da aspecto militar a su recado, lleva una capa de paño, con vistosas vueltas de terciopelo amarillo, excelente para atajar el frío y detestable si es que llega a llover. Pelegrino tiene diez y ocho años y se ha criado "mimoso", hasta que el padre, "pa que s'haga hombre", lo puso de peón en la estancia de Urdigarain.

Evergisto, el cuarto tropero, es un muchachote atravesado y lacio, muy rubio, cosa ésta que hace temer al autor de sus días — pardo con mota — que Inducena, su china, cuando era "gorda y linda", lo haya podido engañar. Evergisto, que tiene las mismas obligaciones y cobra igual sueldo que Pelegrino, odia al "manate", quizá porque Intuarte, el mayordomo, lo trata con mucha consideración.

La llegada a "El Quebrachal" "se produce" obscureciendo.

—¿Ustedes son los qu'han descompuestot el tiempo? — les grita Morales cuando abren la portera aquellos, acogiéndolos con esa solicitud lugareña que es típica entre el personal de estancias, quizá porque todo el gasto que hacen los huéspedes lo soporta el patrón.

Pelegrino vuelve a temblar por sus vistosos pantalones, al tiempo que Honorato, sin bajarse todavía del caballo, no obstante haber pronunciado Morales el clásico "apensen", se encoge de hombros, señalando la res descuartizada, tan fresca, que brilla bajo la espesa ramazón de una imponente acacia:

—¡Y güeno, pacencia!... Si llueve algún poco, gracias a Dios, miseria no vamos a pasar.

El viejo Zapallo, que sabe lo que es hambre, traga saliva con voluptuosidad, pensando en los asados que van a comer estos días. ¡Y está gorda la vaca que Morales mató antes que el cáncer le reventara el ojo!

II

Llovió, y los campos se encharcaron. Los peones pasáronse tres días en la cocina, sorbiendo mate y churrasqueando alrededor del fogón. En ocasiones jugaban a las cartas. Pelegrino, más afligido que por los reales que se le iban del cinto por dos manchas que habíanle caído en el pantalón, perdía indefectiblemente. El negro viejo, al tanto de sus aflicciones, lo consolaba:

(1) El camino.

—Cuando bandiemos, de güelta po'el pueblo, va'estar escuro y la muchacha no v'a reparar.

Evergisto, con el ancho rostro estúpido, comido por las greñas lacias, color paja de avena, envidioso y burlón, se hurgaba las narices en la penumbra. Los hombres ocupan sendos banquitos ñatos que Morales ha hecho con cajones de sarnífugo. De rato en rato Zapallo, que permanece en cuclillas, se endereza y sale con su arreador de gruesa trenza, no sea que los chanchos anden "haciendo'e las suyas" en el maíz que se está oreando en el galpón.

—¡Son animales sinvergüenzas, ladinos, qu'hay que ver! Me train tuito'el día esasosegao. ¡Ni un cimarrón me dejan tomar a gusto!

Morales apunta con tono sarcástico, haciendo entrever los privilegios de su jerarquía dentro del campo:

—¡Todos modos!... ¡A usté lo tengo pa e so!

Morales, atento y solícito con los que están allí "de paso", es un tanto severo para los que de continuo manda, bien que el negro María Magdalena no espere sus órdenes, activo y liberal. Dentro de la caperuza del poncho de milico su cabeza de coco, llueve o truene, se pasa el día recorriendo los campos:

—¡Su peón es voluntario! — ensalza Honorato Gómez.

Morales ratifica:

—¡No es malote! ¡Sobre todo'e vergüenza!

Hablan poco. El tema favorito lo constituye la narración de las fatigas que cada uno ha pasado. Morales refiere "lo apretao que se vido" hace diez años, cuando la gran creciente. "Pa mejor", él era nuevo en el pago. Lo había traído un "dotor d'adrento" (2), a fin de que le cuidara una estancia más grande que "El Quebrachal". El agua se metió en las casas y las vacas nadaban por todos los potreros. Morales se pasó varios días con el agua a la cintura, hasta que le dió una puntada y se acalambró (3). Lo llevaron a Lascano medio muerto. Durante la convalecencia, que fué larga, allá por la primavera, olvidaba sus dolores para pensar en los muchos terneritos que estaríanle naciendo a su patrón. "Sufrí'e no verlos". A los varios años el doctor vendía el campo, teniendo que conchabarse nuevamente, Morales, que jamás recibió gratificación de los hombres ricos, a los cuales servía con peligro de su vida. A Urdigarain el indio Morales lo conoció en Treinta y Tres, cuando el vasco era bolichero.

En este fogón de "El Quebrachal", como en todos los fogones criollos, se habla a intermitencias, mientras el mate va de mano en mano con el orden y la solemnidad de un rito. Los más jóvenes, por respeto, dejan que sean los viejos quienes conversen más. A Zapallo —¡que ha vivido tanto!—"lo tironean". Pero Zapallo (se llama Sampaio), apenas ha empezado un relato, sale con el arreador, porque ha sentido un ruidito como de cerdos que comen grano. El viejo habla de Timoteo Aparicio y de Latorre, a los que conociera en su juventud. A Goyo Suárez, le decía Goyo Geta, sin perdonarle golpes que le dió cuando muchacho. Aunque blanco, no parecía conforme con la matanza de Quinteros:

—Esa mancha — decía — la tiene nuestro partido, y en la vida se la podrán sacar.

Latorre, con el que almorzó en un fogón, cuando era sargento del "pardo Labraga" (así se expresaba Sampaio), desde mozo parecía "medio diablo". Nadie pudo creer que se fuera tan alto. El pardo Labraga se lo dijo "clarito" cuando lo vió subir a la presidencia de la Rebica:

—¡Bien dicen que el peor chancho se come la mejor espiga!

—¿Y no s'enojó Latorre? — preguntaban los peones.

—¿Pa qué?... — aclaraba Sampaio, dejando traslucir un germen de filosofía. — ¡Si s'enojaba tenía dos trabajos!

Al cuarto día de llegar a Quebracho los troperos, la carne de la vaca cancerosa había desparecido como si la devoraran los cuervos. Apenas si quedaron los "caracuses" y las paletas, pendiendo en las ramas de la copuda acacia. Traviesos benteveos picoteaban la escasa pulpa de continuo. El teléfono — que estuvo interrumpido desde la lluvia fuerte — sonó al atardecer, al tiempo que el sol teñía con su púrpura unas "nubes de frío". A través del hilo, vibró una voz de hombre joven, acostumbrado a mandar:

—Es preciso que me despache esa gente, porque estoy casi sin personal.

Morales pregunta al mayordomo:

—¿La mando sin el ganao?

Pero, decidido y enérgico, Américo Intuarte aclara:

—No: que vengan con las vacas. Aunque sea bajo agua, ustedes, mañana mismo, me hacen el aparte.

—¡Está muy mojao el campo bajo!... ¡Se v'a trillar mucho!

—¡No importa!

—¡Río Cebollatí ta lleno!

—¡Que naden las vacas! Con un bote y señuelo ellas van a pasar.

Morales no podía hacer más objeciones. Ahora, si se ahogaban las reses no era suya la culpa. Cuando el capataz reveló en la cocina la orden de Intuarte, temblaba por sus pantalones Pelegrino. El padre del muchacho era un paisano a la antigua, que si bien lo había mimado con exceso, nunca "le hizo el gusto en punto a vestimenta, pa no verlo agringao". Lo tuvo de bombachas hasta que con la alegría de saber al hijo ya anotado en el Registro Cívico — "¡otro voto pa los blancos!" — dejóle hacer su voluntad en materia de "pilchas". Disponiendo de veinte pesos ("cosas e muchachos, tirar la plata ansina") fué de Pelegrino el mejor "par de pantalones" a la inglesa que había en el boliche del turco.

Enterado de la orden del mayordomo, Pelegrino insinuó a Morales:

—¿No tendrá alguna bombacha vieja que m'empreste p'apartar?

Despreciativo y envidioso, Evergisto sonríe entre las sombras de su rincón. Morales, que "los sabe políticos" (4), le dice al rubio, seguro de lo que irá a contestar:

—¿Y usted no precisa un chiripá?

—¡No carece! Yo trabajo pa dir engarrao. Y cuando se me descuese una prienda, compr'outra.

Honorato Gómez interviene, conciliador, mirándole los remiendos de las botas, recién engrasadas, que brillan como charol gracias a las llamas del fuego:

—¡Es lo que tiene'el mozo, qu'ando lujiento como un ray!

La cocina se ha llenado de humo espeso, picante, que hace llorar. Es preciso abrir las dos puertas. El viento entra por la del sur, frío y arrollador como un escuadrón de lanceros, obligando a buscar el abrigaño de las paredes grasientas. Morales, arrollándose la bufanda, encarece:

—Este pampero v'a componer, si sopla tuita la noche. Muy capaz que mañana s'haiga orea el campo bajo.

Purificación, el negro de "La Mariscala", saca su cabeza de mono por la puerta y, entre dientes, pues el frío le hace tiritar, murmura, señalando aquella cáscara de zapallo que es la luna:

—¡Olla volcada no almite l'agua!

Junto al fogón de nuevo, su obscura cabeza se confunde con el fondo fuliginoso de la pared, semejando al igual de María Magdalena, un decapitado que mueve sus brazos porque le han puesto una corriente galvánica. Se habló de pasar el Cebollatí con las vacas y todos los hombres tuvieron sus preocupaciones:

—¡El mayordomo se crai que tirarse a l'arroyo con animales de cría es como bandiar con novillos!

Y aquel espíritu venenoso que era Evergisto, mientras se acomodaba las lacias greñas color paja de avena, subraya la observación de Morales.

—¡A'saber si él es quien pa tirarse con novillos tando Cebollatí crecido!

Honorato Gómez, como buen estoico, es ahora optimista. A su juicio, "anque'haiga correnteza", con "señuelos tan güenos" como los del brasilero Fructuoso, las vacas tienen que pasar.

Pero se deja oír la voz lenta y meliflua del negro viejo:

—¡Pa mi gusto, es capaz que las vacas se den güelta buscando el ternero y s'embole tuito el ganao!

Morales apoya a Purificación:

—¡Ta claro!

El indio "ta cansao de bandiar con tropa po El Gringo", pero el paso de Las Averías, lleno el Cebollatí, tiene mucha correntada:

—Capaz hasta qu'apeligre la vida d'uno — y agrega: — ¡Pa mejor, el bote ta llenito'estopa y remendao e latas qu'hasta vergüenza da!

Salen a relucir travesías desgraciadas, en las que se ahogaron, al tiempo que las reses, varios hombres. A Pelegrino le sigue preocupando la integridad de su pantalón y ni oye lo que Morales dice:

—Ustaquio Pereira se salvó una güelta priendido a las guampas d'un buey chacarero, qu'había criao guacho.

Observando la cara de todos los presentes, se sabe hasta dónde llega el coraje de cada uno.

—¡Es que l'agua no tiene gajo!—

---

(2) De Montevideo.

(3) Entumecido.

(4) Medio enemistados.

DOLORES

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y dominando mi espanto,
Yo te vestí la mortaja:
Blanca toca y negro manto.
Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu patrona
La Virgen de los Dolores.
Después, en mi fiebre amante,
Junto a ti me arrodillé,
Y convulso y delirante,
Sobre tu yerto semblante
La cabeza recliné.
Y abismado en el dolor,
Seis hiras pasé mortales
Hablándote de mi amor,
Al trémulo resplandor
De los cirios funerales.
El sentido al fin perdí;
Y, sin que yo lo advirtiera,
Alguien me arrancó de allí:
¡Muriera yo junto a ti,
Primero que en mí volviera!
¿Qué sentí? Lo que, abatida
Por la zarpa del león,
Sentirá la cierva herida;
Lo que la garza, oprimida
Por la garra del halcón.
Algo que no es vil excusa
Ni santa conformidad;
Que ni asiente ni rehusa;
¡Horrible mezcla confusa
De estupor y de ansiedad!
Por salir de aquel estado
Pugnaba con vano empeño,
Pensando que era soñado:
¡Un año entero ha pasado,
Y aun me parece que es sueño!
Desde aquel amargo día
Vivo en triste soledad;
Y en esta lenta agonía,
La mitad del alma mía
Llora por la otra mitad.
Fija la vista en el suelo,
Largo tiempo te llamé
Con amargo desconsuelo:
Hoy sé que estás en el cielo;
¡Y en el cielo te hallaré!
Dios, que mira mi aflicción,
Cuando en la noche callada
A El levanto mi oración,
Con su palabra sagrada
Se lo dice al corazón.
Y estas tiernas emociones
Y dulces melancolías,
Origen de mis canciones,
¿Qué son sino inspiraciones
Que tú del cielo me envías?
Obra tuya debe ser
Este cambio singular
Que no acierto a comprender:
Yo nunca supe cantar,
Y ahora canto sin saber,
Canciones de triste acento,
Siempre regadas de llanto,
Porque, en mi hondo abatimiento,
Los sollozos son mi canto,
La muerte mi pensamiento;
Que, como es dura mi suerte
Y abrigo la convicción
De que en la gloria he de verte,
Sólo pensando en la muerte
Se me ensancha el corazón.
Aquel ruiseñor sin nido
Que vaga por la pradera,
Conturbado y dolorido
Con el recuerdo querido
De su pobre compañera,
Cuando al fin el canto agota,
Sobre una rama sin flor
Que el cierzo iracundo azota,
Repite una sola nota,
Eco de un solo dolor.
Así yo, que sin ventura,
Con el alma destrozada
Y envuelto en tiniebla obscura,
Llevo hasta el fondo apurada
La copa de la amargura,
En la horrible turbación
Que me oprime el corazón
Y la mente me enajena,
Ni tengo más que una pena,
Ni sé más que una canción.
Querella de mi agonía,
Conforme sale de mí
A ti mi dolor la envía:
¡Oyela, tú, vida mía,
Porque es toda para ti!

Federico BALART.

murmura lento y triste el negro viejo Purificación.

Medio siglo de vida lo tiene "resabiao". Sus años se acusan por algunas canas que brillan en su pelambre de astracán, en el bigotejo crespo y en un conato de barba, que baja en cruz por las patillas y por las comisuras labiales, para formar una especie de cola de oveja negra en el menión (5). Purificación, siempre que puede "le saca el cuerpo" al peligro. Y añade convencido, recordando las veces que estuvo a punto de ahogarse:

—¡L'agua no quiere juguetes! ¡Cuidao!...

Zapallo, como permanecerá en las casas, se muestra indiferente. Al contrario, está contento, porque cuando lo dejen solo, aunque los chanchos "dentren al maíz", si es que Morales mata otra vaquita gorda, va a "enllenarse" de pulpa.

María Magdalena, el negro joven, casi se alegra de la orden de Intuarte, pues si el ganado se ve mal, él va a probarle a todos, tirándose al agua con su caballo moro ("¡moro pa que no sea nadador!"), que a gaucho no le gana nadie. Evergisto se rasca las crines indóciles, semejantes a las de un caballito roano, y se sonríe:

—¡Lo malo es que Pelegrino se vay'a mojar la ropa!

Pelegrino se pone un poco colorado, mira al concurso, mira a Evergisto, sorbe despacio el mate y aduce agrio:

—¡E mis pilchas sólo tengo que llevar cuenta yo! ¿Ha oído?...

III

Aunque el campo bajo estaba lleno de agua, el aparte se hizo sin tropiezos. Las vacas descansaron en un piquete pastoso, junto al camino, y a media noche los seis hombres salieron con las reses de "El Quebrachal". No se veía apenas y los terneros balaban (6) ateridos entre las sombras.

Cuando la tropa se alejó por "la calle", el concierto de mugidos fué estruendoso. Mugidos graves, mugidos débiles, mugidos tristes, mugidos francamente irritados ante tan imprevisto madrugón. "No hay horas en el día?" — debieron pensar las vacas, que dormían echadas sobre los espartillales un rato antes. Y los terneros acompañan enardecidos la belicosa protesta de las madres. En conjunto, son trescientas cabezas.

Honorato Gómez, siempre liberal, con una noción exagerada de sus deberes, ha elegido el sitio de más peligro. Va "de puntero", que es tanto como servirle de vanguardia a un ejército. De tiempo en tiempo hiere el frío aire con ese grito penetrante y triste de los conductores de ganado:

—¡Vengan, vengan, vengaaan!...

Evergisto, el negro Purificación y el negro Magdalena, van haciendo "costao". Morales y Pelegrino "arrean d'atrás", van en pos de aquella fantástica procesión de bultos obscuros. La voz atenorada de Pelegrino se alza apenas extingue su eco el vozarrón de Honorato Gómez.

—¡Marchen, marchen, marcheen!...

Y Morales hostiga los ternerjtos que se rezagan:

—¡Juera, ganao!... ¡Juera, ganao!...

De repente, los animales se tiran en un bañado que tiene algo de abismal y de siniestro en la noche. Hay segundos en que parece — habituados como están a ver en la obscuridad los ojos de los hombres — en que parece, se repite, que el barro va a tragarse algún ternero. Las vacas hunden la barriga en el agua fangosa y los peones ven el modo de ir por lo menos hondo con sus caballos. No hay luna; las estrellas se dirían más pálidas con el frío. Pelegrino tirita bajo aquella capa que envidiale Evergisto, a tiempo que se eleva, blanda y trémula, su voz juvenil:

—¡Marchen, m a r c h e n, marcheen!... ¡Marche ganao!... ¡Vaca vieja!...

Un caballo muerto, que se pudre en el camino, hace desfilar las vacas, medrosas y acordonadas, junto al alambrado de la izquierda. Prende su cigarro Morales, un poco más allá, y la llama del fósforo refleja en los ojos de dos bueyes que rumian en pie, entre el rastrojo de una chacrita. Es negro todo lo que se esparce a los lados del camino: los palos de las líneas, los pajonales, las matas de las chircas, un rancho... El aire es cada vez más seco, más frío... Las narices de los hombres se humedecen, las carnes tiemblan bajo las ropas; aun los ponchos más densos parécenles a sus dueños leves ahora. A Pelegrino su elegante capa le resulta liviana "com'un papel". Huelen eglógicos los macachines y el trébol cálido que pisotea el ganado.

—¡Ta cayendo un'helada machaza! — le dice a Pelegrino el capataz.

Salen de una laguna para caer en un zanjón; escapan de un zanjón y no falta caballo desdichado que se meta en un pozo. Honorato adelante y Pelegrino a retaguardia se sacan el frío que les seca las gargantas, gritando:

—¡Vengan, vengan, vengaaan!...

—¡Marchen, m a r c h e n, marcheeen!...

... ...

Cuando brillaba en el oriente "las barras del día", la temperatura es más baja aun. En el cielo, poco a poco, como místicos lampadarios, se van apagando las estrellas. Aclara. Y se ven los campos cubiertos por la escarcha, como un fúnebre adorno. Sobre las bostas secas, los gélidos cristalitos parecen diamantes entre los algodones grises de un joyero.

Honorato Gómez tiene la voz más ronca:

—¡Vengan, vengan, vengaaan!...

Pelegrino quedó afónico, y es Morales, duro "como cornilla pa'el frío", quien profiere, a la par que suena la zotera del rebenque en las ancas de su caballo:

—¡Juera, vaca!... ¡Juera, cara sucia!... ¡Juera, ganao!...

Salieron de los bañados y vienen ascendiendo por la ribera. Ya no hay más que "tal cual paso feo". Cuando el sol asciende, el aire, silbante y sutil, corta como un cuchillo:

—¡Ta levantando l'helada! — y el negro viejo se tira, con incontenida satisfacción, los dedos que se le entumecieron.

—Ahurita, con'el poncho e los pobres (7), ya no tenemos más frío — rezonga, más que dice, sacándose las crines colgantes de los ojos hundidos por la mala noche, el avieso Evergisto.

El sol naciente queda oculto por una nube espesa. Cuando la desgarra, está llena de áureos puñales que caen por todas partes y hacen enceguecer. La helada se derrite pronto. Ya apenas si se ven sus frígidos cristales sobre el tronco de las pajas y en el estiércol. Abajo de la barranca, las aguas pardas del Cebollatí brillan espejantes cuando la besa el sol:

—¡Pa mi gusto, nublao íbamo andar mejor!. — Con el sol alto, l'agua va'encardilar las vacas en el paso.

Fuertes coronillas, aislados como espíritus ibsenianos, dan una sensación de vigor agreste a todo lo largo del camino. Los pájaros se desperezan entre las ramas. Pobres ranchos de tierra álzanse por aquí y acullá. Los hombres ven corralitos de ramas, en los que humean aún las bostas ardientes de las lecheras; pequeños montes frutales; avenas nuevas, en anchos tablones que brillan como inmensas acumulaciones de esmeraldas...

La tropa se cruza con jinetes que galopan para sacarse el frío; una parda cubierta de harapos, fuma, conduciendo sobre la cabeza un poco de leña seca. Ya cerca del paso les alcanza el correo de Lascano — un breeck maltrecho que arrastran cuatro yegüitas de hirsuta pelambre comida por la sarna.

—¡Qué ternerada gorda! — comenta un pasajero, que va muerto de frío.

—Campo'e barchas! — se limita a decir el automedonte, parco y sentencioso como buen paisano.

En el pastoreo ya, los hombres, que tienen rostros más pomuludos, con la demacración del duro viaje, hacen fuego y asan un costillar. Mientras tanto las reses, con más deseo de reposo que hambre, se extienden por la costa. Hay mucha vegetación selvática, aunque nueva, pues los árboles grandes fueron talados en los años de guerra. Sólo entre los viejos canales del Cebollatí se ve una selva impenetrable.

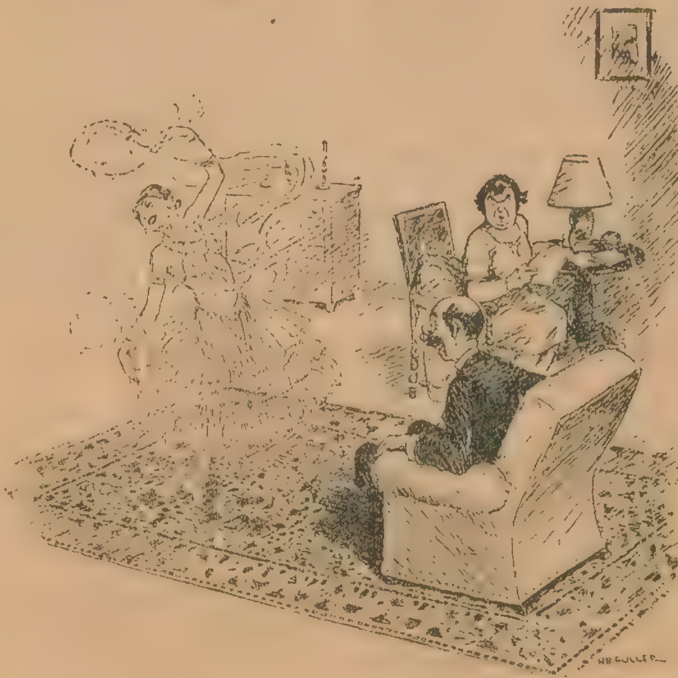
Morales, que avisó por "telefo" a la gente de la balsa, va a mirar si ha llegado el brasilero Fructuoso con sus bueyes. La balsa se ha descompuesto y hállase inmóvil, recostada en la arena, a veinte metros del árbol que en aquella margen le sirve de "padrino" (8). Morales se entiende a gritos, con el botero, que rema y viene a donde

(5) Es sabido que a las ovejas sólo déjasele un trocito de cola.

(6) Los paisanos llaman "balar" también al mugir.

(7) El sol.

(8) Tronco grueso que sujeta el cable de alambres retorcidos.


La nueva alfombra persa.

el capataz de "El Quebrachal" se halla. Ni Fructuoso ni los señuelos han aparecido aún. Morales cuenta que trae vacas con cría y el botero — un indiecito vivaracho — tuerce el gesto.

—¡Capaz que se nos embolen, porque las vacas, en l'agua, se dan güelta p'atender al ternero!

—¡Menos mal que los güeisitos'e Fructuoso son baquianos! — entrevé Morales.

—¡Si podrán ser!... ¡Antiyer han bandiao seis tropas! Pero novillos gordos, pa embarcar pa Tablada, que nadan como botes.

A esta altura del diálogo, mirándole sus ojos pícaros, Morales le ha preguntado al mozo:

—¿Y'usté será gaucho p'ayudar?...

El botero sonríe petulante, aunque se hace el modesto, como todo campesino:

—¡No soy gaucho, pero me remedeo!

Lo peor allí, a juicio del meticuloso Morales, es el bote. Hace agua, y si se tiene mucho en el río, hay que irlo desagotando con un balde. Y el capataz permanece perplejo un rato, mientras fabrica un enorme cigarro, que prende con yesquero. Luego, murmura, herido ese fondo latente de religiosidad que hay en todo hombre que vive junto a la tierra:

—Dios y la Virgen, si ellos quieren, nos tienen qu'ayudar. ¿No le parece?...

Los dos hombres suben la barranca arenosa; Morales, con su caballo de la rienda. Ha elegido un tordillo, pues entre la paisanada se admite que el caballo blanco es el más nadador. Las aguas corren mansamente en las orillas y en el centro que corresponde a lo hondo, levemente rizadas. Se ve que es muy profundo el alveo. Finos y espesos sarandíes asoman por las márgenes y revelan lo mucho que el Cebollatí debe de haber crecido. El sol juega en las aguas cabrilleantes. Apenas si en la sombra hace ahora un poco de frío. Allá donde es más compacta la vegetación, altas palmas que acaso añoran el desierto, levantan su copa desmelanada para mirar la arena.......

....

....

Cuando las vacas bajan con sus terneros a la orilla del río, es media tarde. El brasilero Fructuoso llegó a la 1, conduciendo sus bueyes nadadores, que cruzan el Cebollatí como piraguas. La descompostura de la balsa hace más ardua la empresa de los hombres, que, cuando pase el ganado, tendrán que tomar el viejo bote, echando por delante los caballos.

Morales y el viejo María Magdalena quedan de este lado, para volverse en seguida a "El Quebrachal". Honorato Gómez y los otros deben seguir, "al tranquito", camino de Corrales, arreando la tropa. Es muy posible que hasta mañana a las diez no atraviesen el pueblo, donde Pelegrino tiene varias "dragonas" y una novia casi oficial, que aun no le han visto el pantalón de pana. Aguarda a los troperos otra noche de frío, a menos que encuentren pastoreo "con población".

El brasileño Fructuoso, como más "baquiano", es el que va a dirigir la pasada de las reses. Por fortuna, aquellos bueyes nadadores que ha traído, y a los que "no les falta más qu'hablar", le entienden apenas él grita un poco; saben si tienen que pararse en el agua o seguir. Don Fructuoso es un viejo sesentón, alto y adunco. Tiene cara de santo, con la mirada clara, lánguida y dulce como la de sus bueyes, y unas barbas encanecidas de apóstotl. Dicen que "poco habla" desde que se le murió la mujer, doña María de las Glorias, una compatriota amplia como una vaca gorda, de senos tan enormes, que cuando se sentaba a coser en su sillita baja, con asiento de cuero, parecían gravitarle sobre los muslos. Don Fructuoso debió quererla mucho, por cuanto al quedarse viudo tuvo otro carácter. Antes era alegre,, "prosiador", embustero. Hubo una época en que fué casi rico. Las visitas comentaban las comidas abundantes que iban hasta su mesa.

Doña María de las Glorias, amplia y hospitalaria, surgía aún más locuaz que el marido, quien en tiempo de revolución, cuando venía de Treinta y Tres y le preguntaba por la guerra algún colorado, respondía mentiroso, con su voz chillona, sin dejar de espolear el caballo: "¡Agora as papas queiman! ¡Agora chegan os branquinhos!". Ante una visita grata, don Fructuoso charlaba por los codos, hasta que doña María de las Glorias, estremeciendo su opulencia, como si tuviera azogue, le gritaba al esposo:

—¡Cala'boca, velho cornudo!... ¡Déixame falar!...

Y don Fructuoso, resplandecientes de malicia los ojillos claros, se encogía de hombros, para responderle con el donaire de un personaje de novela picaresca:

—¡Olha, María!... ¿Quem ten a culpa d'os cornos?...

De aquel castizo buen humor no le queda nada al pobre viejo. Además, como buen brasileño, ha sido muy glotón, abusó de las cosas dulces y sufre de dispepsia, una dispepsia que trata de combatir, tomando "teses de guampa". Don Fructuoso, que "se da mucho con Morales", le explica al capataz de Urdigarain cómo no vino antes, porque estando el sol en el cenit las aguas encandilan.

—¡Pues no! — apoya el oriental. — Yo le venía diciendo por el camino a los muchachos.

La peonada va a entrar en funciones y se ha puesto a caballo, en mangas de camisa. Don Fructuoso tiene en la otra margen un peón "atajador". Ayer tarde, por teléfono, el mayordomo le habló a Morales, recomendándole mucho a Pelegrino. El muchacho debía ser "medio atrevidote en l'aagua, porque "su viejo" le pidió a Intuarte que no le pusieran "ande la vida pueda apeligrar". Lo supo el rubio y envidioso Evegisto y balbucía:

—Se ve que su tata tien'un equivoco. ¡Hasta cuando se tir'a un baño va último, pa ver bien!

Morales ha dispuesto que Pelegrino deje su caballo al brasileño y vaya en el bote, "por si es caso qu'el ganao se lleg'embolar". De ese modo, a menos que el bote se vaya abajo — ¡luo que es imposible! — el lindo muchacho no corre ningún riesgo. Pelegrino acepta el cometido que le asignan y agarra una picana. Pero antes se descalza y — ¡dichosa coquetería juvenil—sácase los "breeches", aquellos pantalones de pana azul, anchos en el muslo y ajustados por la rodilla, que son su orgullo. De pronto, se alza una voz:

—¡Cuidao, no los vay'a manchar usté, botero!

Es el pérfido Evergisto, que no pierde ocasión de zaherir al otro.

Ya está el bote en el agua, haciendo "costao"; don Fructuoso da un grito, alzando el rebenque, y los cuatro bueyes, como cuatro socios de un club de natación, se tiran con arrogancia al agua. Los subalternos de Morales arremeten, rodeando las reses chúcaras:

—¡Juera, vaca! ¡Juera, vaca!... ¡Jueraaa!...

Los trescientos animales, cayendo en el agua, levantan un rumor de cascada. Algunos terneritos se quieren escapar:

—¡Juera, ternero!... ¡Disgraciao, jueraaa!

Es un interesante espectáculo ver aquellas cabezas que erizan el agua con sus cuernos. Las reses nadan, todo el cuerpo adentro, y los troperos, dirigidos por Fructuoso, arrean desde la arena:

—¡Marchen, m a r c h e n, marcheeen!... ¡Párese, güey!... ¡Vaca!... ¡Ya, juera vaca barrosa!...

Allí donde más fuerte es la corriente, los señuelos se detienen, como esperando, para infundir confianza al resto del ganado. Y de pronto... ¡lo temido!: una vaca que "se refuga", un ternero que arrastra el agua, la tropa que se "embola", que se apelotona en fin... Fructuoso háblale a sus bueyes para que no salgan; Morales grita, un poco descompuesto:

—¡Ahura, botero!... ¡Meta picana, Pelegrino!...

El bote, un poco hundido por el agua que dejan entrar los intersticios mal calafateados, allá en el fondo, avanza para ganarle a las vacas el lado correntoso del río. Rema el botero y Pelegrino, con el agua a media pierna, agita la cimbreante vara de sauce, clavando su cruel aguijón en el hocico, la parte más sensible de las vacas:

—La cabeza, no!... ¡No picane la cabeza!... ¡Por los cuar!...

Iba a decir Morales "cuartos" y no tuvo tiempo, secándosele la garganta de terror, pues el viejo bote, al meterla debajo sus "cuartos", inopinadamente, un animal dióse vuelta, con tal rapidez, que los dos hombres no tuvieron tiempo de escaparse. Nadie atendía ya a las vacas, preocupados por la suerte de los "cristianos" caídos bajo aquella especie de cajón fúnebre que se llevaba rápido, "cargando" hacia una orilla, la corriente. A los pocos segundos alguien cortaba con energía la parte más rizada del agua, braceando habilísimo: era el indiecito que se agarró a un gajo de sauce criollo, trepando hasta el tronco, con ánimo, sin duda, de reponerse, tras la brusca impresión:

—¡Pelegrino s'áhuga!... — decían todos, con las epidermis granuladas, las manos en dolorosa crispatura y una huella de hondo terror resplandeciendo en aquellos rudos rostros, curtidos por las intemperies.

De pronto, cuando más sufría Morales con la zozobra que le creaba su responsabilidad, se vió, muy lejos, entre la corriente, que parecía hervir al sol, una obscura mancha, saliendo debajo del bote volca-

ARBOLES LLOROSOS

Se inclinan pensativos al paso de la brisa,
ligero movimiento de su inmovilidad;
destacan en las nieblas sus formas fantasmales;
son como penitentes cansados de rezar...

Hospedan y regalan a la aves viajeras,
brindan al caminante su amparo fraternal,
y los que se desnudan en brazos del otoño
mueren con dulce muerte para resucitar...

Amor entre los hombres es oficio divino;
amor entre los árboles es función natural;
nos vierten en sus copas todas las bendiciones,
y, como aman de veras, ignoran lo que dan.

Pero no son felices, porque son sensitivos,
y ni viven alegres ni descansan en paz.
Reflejan los estados de la naturaleza,
y la lluvia, que es llanto, hoy los hace llorar.

Francisco GONZALEZ DIAZ.

ANECDOTA

Cuéntase que en cierta ocasión hallábanse reunidos Alfredo de Musset y Víctor Hugo con otras varias personas, entre ellas el gran poeta venezolano don Andrés Bello, y que éste, en el curso de la conversación, dijo poco más o menos, refiriéndose a Musset y Hugo: "Debemos congratularnos de que haya en esta reunión dos insignes poetas." A lo cual repuso Víctor Hugo, haciéndose el enojado: "Dispense usted, caballero: yo también soy poeta."

do, para ir a refugiarse entre el espeso sarandizal de la orilla:

—¡Ahí salió!... ¡Ya salió!... — rugen, más que festejan los compañeros de Pelegrino. ¡Tardó, pero s'ha salvao lindo!

—El muchacho'ha esperao estar cerca e los sarandises — explica Purificación, con un gangoso menor que el habitual. — Se ve qu'iba agarrao a las tablas. ¡El supo lo qu'hacía!

La obscura masa ha ganado la sombra. Transcurren minutos y no se deja ver:

—¿Quién va a buscarlo áhura?... —murmura Morales. — Muy nadador no ha eser. ¡Capaz que s'acalambre!

Antes que nadie lo mande, su peón, el negro María Magdalena, se tira del caballo y empieza a desnudarse. El bote no se ve ya, pues desapareció en una brusca vuelta del río. Fructuoso, con su prosa bilingüe, celebra que el joven no haya quedado abajo:

—¡Pa lo qu'ese maturrango no era muy capaz... — y Evergisto, ahora menos nervioso, se seca sus cabellos color paja de avena.

Ante la crueldad del rubio, francamente irritados, varios ojos se apartan de la contemplación del lejano tupido sarandizal, fijándose en Evergisto.

María Magdalena se incorpora al fin, completamente desnudo. Su cuerpo atlético, como tallado en ébano, cobra, entre la luz dorada de la tarde el clásico prestigio de una estatua. Salta al agua y, a favor de la corriente, se ve su cabeza de mono que avanza rápida, como un proyectil. Nada casi sin mover los brazos.

¡Nadó, nadó!... Los otros le ven llegar hasta los vibrantes sarandíes, donde debe hallarse, postrado con la impresión, el inexperto Pelegrino. Cuando el negro reaparece, es para agitar, como una bandera en derrota, con gesto condolido, aquel trapo azul que, en seguida, sus compañeros reconocen:

—¡Los pantalones!... ¡Sólo s'han salvao los pantalones! — y Evergisto mal se puede contener.

Pero ahora, comprendiendo el obscuro sentido de ese drama que es la vida de los que luchan en el campo sin esperanzas de redención, el semblante envidioso se hace triste...

PENSAMIENTOS

El tratar a los hombres desde la primera vez con estima y confianza prueba que hemos vivido en buena sociedad con los demás y con nosotros mismos.

* * *

La necesidad puede hacer que un acto dudoso sea inocente; pero nunca será digno de alabanza.

* * *

Las buenas máximas son los gérmenes de toda bondad; alimentan la voluntad.

* * *

Al obrar debemos sujetarnos a las reglas, pero al juzgar los actos de los otros es preciso que tengamos en cuenta las excepciones.

* * *

Los que nunca se retractan de sus opiniones se aman a sí mismos más que a la verdad.

* * *

¡Cuántas espaldas débiles han anhelado pesadas cargas!

* * *

Hay actos de justicia que corrompen a los que los ejecutan.

* * *

Sólo el verdadero sabio desea retroceder para tomar el verdadero camino.

* * *

Los niños necesitan modelos que imitar y no críticos.

* * *

La dirección de un entendimiento tiene mayor importancia que sus progresos.

* * *

La educación no consiste meramente en adornar la memoria e ilustrar al entendimiento; su principal función es dirigir la voluntad.

* * *

Un niño entiende siempre lo que le quieren decir cuando le llaman "bueno", sin ser necesario que nadie le explique el significado de esta palabra.

* * *

La excesiva severidad cristaliza y fija nuestras faltas; la indulgencia las debilita a veces. Uno que sepa alabar con prudencia es tan necesario como un buen corrector.

* * *

La educación debe ser tierna y rigurosa, no fría y blanda.

JOUBERT.

El médico precavido

Por Rodolfo Bringer

Bien acomodado en su cochecillo, al trote apacible de su viejo caballo, el buen doctor Bouffre va a visitar a sus enfermos. Por nada en el mundo se atrevería a montar en uno de esos autos infernales que lo llevan a uno con vertiginosa rapidez y grave riesgo.

Porque el doctor Buffre tiene gran apego a la vida. Desde hace setenta años que existe se ha hecho a buenas costumbres y no quiere perderlas por nada del mundo. Y aun con todo eso sería el mejor médico que pudiera encontrarse en diez leguas a la redonda, si no llevase el miedo a la muerte hasta un extremo que llega hasta la extravagancia.

De aquí el temor que le inspira el contagio de cualquier enfermedad, lo cual, y tratándose de un médico es bastante embarazoso en el ejercicio de su profesión. Por esto, cuando lo llaman para cuidar a un enfermo se rodea de toda clase de precauciones, y lo primero que hace, antes de entrar en la alcoba del paciente, es informarse de los síntomas de la enfermedad.

—¿Está usted seguro de que no es sarampión lo que tiene?

—Esto es usted el llamado a decirlo, doctor.

—Desde luego; pero como yo no he tenido nunca sarampión, me haría muy poca gracia cogerlo a mis años, y, la verdad, mejor sería que llamaran ustedes a otro médico.

Para evitar todo contagio prefiere consagrarse a la ginecología. En este terreno está tranquilo, pues dice:

—Muy raro sería que cogiese la enfermedad de la notaria, que padece de una metritis.

Hay que verle en los alumbramientos, en los que opera con toda tranquilidad. Y si sobreviene una fiebre puerperal hace esfuerzos sobrehumanos para atajar el mal, seguro de que no hay para él contagio posible.

A pesar de toda sus precauciones, el doctor Bouffre no ha logrado escapar. El verano último lo llamaron para asistir al tío Courcourson, que estaba muy malo, al parecer.

—¿No será la tifoidea, que tanto abunda ahora por aquí? — preguntó al mensajero.

—No creo — respondió éste.

—¿Ni la escarlatina, de la que se han señalado ya varios casos?

—Tampoco, a menos que la escarlatina se coja por caerse de un árbol, que es lo que le ha ocurrido a mi amo, a quien han recogido medio muerto al pie de un peral.

Desde el momento que se trataba de un accidente no había temor ninguno. El doctor Bouffre comprobó, en efecto, que había que lamentar lo rotura de la tibia y la fractura de algunos otros huesos del lado derecho. Hizo cuanto pudo por poner en su lugar los miembros dañados y abandonó la alcoba del paciente.

Pero al bajar un peldaño resbaló, cayó desde lo alto de la escalera y fué recogido en tan mal estado como su cliente.

Tuvo que guardar cama un mes, y cuando salió a la calle reanudó su costumbre de informarse cuidadosamente antes de decidirse a visitar a un enfermo. Y razonaba así:

—En nuestra profesión, compréndalo usted, todas las precauciones son pocas. Ya sabe usted que por ir a visitar al tío Courcousson cogí su misma enfermedad.

Nuestros grandes centros de estudio

Con el director del Museo de Historia Natural "Bernardino Rivadavia", profesor Martín Doello-Jurado.

Por el Dr. Homo Duplex

(Véase, en las páginas de ilustración, el complemento gráfico de esta crónica)

Especial para "FRAY MOCHO".

Hace años que conocemos al profesor Doello Jurado, a cuyas interesantísimas conferencias sobre paleontología al Invertebrado y de Geología argentina asistimos, en los días en que éramos alumnos del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de esta capital, notable institución a la que algún día dedicaremos nuestra atención, para hacerla conocer a los lectores de "FRAY MOCHO". Doello - Jurado, a pesar de su juventud, ya es un sabio especializado: "Invertebrados marinos" no cuenta entre nosotros con nadie que sepa más que él. Además, su carácter, su talento de Director y su autoridad científica le han permitido desarrollar prodigiosamente la obra científica del Museo Nacional de Historia Natural, hoy a la altura de los principales museos científicos del mundo, en el que, por empleados y adscriptos, se lleva a cabo una vasta labor en pro de la escudriñación de los grandes problemas de las ciencias naturales en la Argentina. El profesor Dollo-Jurado tiene una labor científica vasta, con trabajos sobre Biología, Malacología actual y fósil Malacología archacológica, Ornitología, Reptiles, Entomología y una cantidad de interesantes conferencias que son capítulos de ciencia. Han sido sus maestros argentinos los sabios Holmberg y Angel Gallardo.

El profesor Doello - Jurado habla con mucho cariño de H. Von Yhering, el célebre sabio malacólogo, de quien ha aprendido mucho y con quien sigue manteniendo correspondencia hasta hoy. Conocemos la tabla científica de Von Yhering y algo sabemos acerca de su enorme y paciente obra. Hemos visto la colección de sus moluscos fósiles en el Museo. Hoy vive retirado en una silenciosa aldea alemana, con la tranquilidad del que ha realizado una obra valiosa y fecunda. Entre los numerosos trabajos de Doello citaré algunos: Quince trabajos sobre malacología actual; ("Dos nuevas especies de moluscos marinos", "Una nueva especie de Eupera del Río de la Plata); doce trabajos sobre malacología fósil; (Molusos fósiles de Nueva Zelandia y Patagonia"); trabajo sobre Ornitología y reptiles; algunos sobre entomología; Conferencias: "La tradición científica de Luján"; "Estaciones de Biología marina en Europa"; "Florentino Amegrino"; "Las ciencias naturales dentro y fuera de la Universidad", etc., etc.

Hoy otro hecho, por el cual la historia de la ciencia argentina recordará a Doello Jurado: la construcción del nuevo y grandioso edificio para el Museo, que ya se está levantando en el Parque Centenario, y que será, una vez terminado, el primero de América. ¡Cuanto trabajo le costó a Doello Jurado obtener los fondos necesarios para la obra! Ya en otras ocasiones hemos hablado de la poca protección oficial que en nuestro país tienen los naturalista. ¡Cómo si el estudio de la naturaleza nacional no tuviera importancia! ¿Por qué damos tanta importancia al conocimiento de nuestra historia, de nuestra geografía y miramos con cierto desprecio a los que pierden su vida estudiando nuestra zoología, nuestra botánica, nuestra Biogeografía, haciendo conocer nuestro nombre en el mundo entero? ¿Olvidan acaso, nuestros gobernantes, que sólo los monumentos que levanta la ciencia son eternos, que son los que confieren los rangos o las naciones? ¡Tantos años hubo que luchar para obtener la construcción de un edificio para Museo! ¡Tanto se debe seguir luchando para continuar la obra, empezada ya! De paso diremos que los sueldos que ganan los empleados del Museo, que han de ser verdaderos sabios, son mínimos. ¡Poca diferencia entre el sueldo de un vigilante y el Director de cualquier sección científica del Museo! Esto, en países civilizados no debía ser así. Un agregado, que hacemos sin el permiso del Director: El que dedica largas horas del día a la Dirección del Museo, trabaja *ad honorem*... ¡El presupuesto nacional no alcanza para recompensar su labor! Esto resulta simplemente ridículo al ser comparado con lo que pasa en otras oficinas nacionales. El secretario de la institución es a la vez bibliotecario, secretario del Director y Jefe de la sección herpetológica. Es tiempo que nuestros gobernantes se fijen en la enorme labor del Museo de Historia Natural y observen lo precario, lo triste y lo reducido que es su presupuesto anual!

En todo esto pensábamos al anunciarnos al Director del Museo en compañía del simpático fotógrafo de FRAY MOCHO, que es también un admirador del Museo y de sus interesantes colecciones.



—¡Te he visto, Josefina! ¡Te he visto abrazar a Juanito!
—Por educación, papá; porque él me abrazó primero.

El señor Doello Jurado, que une a su sabiduría la más exquisita amabilidad — los sabios no deben poner cara de ogros, como lo hacen algunos que conocemos, porque ya hoy las apariencias a nadie engañan — nos recibe con su acostumbrada gentileza y responde a nuestras preguntas:

—¿...?

—Creo en la ciencia argentina. Se ha hecho mucho en el país y se sigue trabajando. Nuestro Museo coopera en la labor científica argentina... Mis antecesores en la Dirección del Museo han abierto el juego.

—¿...?

—En este Museo hay muchas secciones y en todas se trabaja activamente reuniendo material de estudio, ordenando y clasificando el material viejo, investigando en las colecciones traídas. En cada una de las secciones, además de los empleados, trabajan adscriptos honorarios. Tenemos, actualmente, cerca de treinta adscriptos que trabajan sobre problemas de ictiología, herpetología, ornitología, mastodología, Invertebrados marinos, entomología, arqueología, botánica, geología, mineralogía y paleontología... La colección de Invertebrados marinos es enorme fabulosa, con ejemplares exclusivamente argentinos, precioso material para el estudio de la fauna del país, única tal vez en América...

El señor Doello - Jurado ordena y un encargado abre una docena o más de armarios enormes, atestados de frascos de todos los tamaños, llenos de ejemplares de fauna invertebrada: estrellas, erizos, serpientes de mar; medusas enormes y murciélagos; cefalópodos extraños; centenares de clases y de especies de lameli branquios, de haquiópodos, de crustáceos... Nos asustamos al pensar en el trabajo que significa la colección de todo aquello, traído de mares lejanos, de enormes profundidades a veces, estudiado luego, clasificado...

Vamos a otros cuartos, llenos de armarios. Ante nuestra vista vuelven a presentarse los mismos cuadros. En otras hay colecciones de moluscos fósiles, famosos ya, como la de Yhering, que de tanta importancia son para el establecimiento de las edades de las capas geológicas. Luego, cajones, de a decenas, llenos de material. En el patio, otra docena de armarios. Observamos el cariño con que Doello-Jurado mira todo aquello, que es un verdadero tesoro científico para el país.

—¿...?

—Nuestro Museo posee vastísimas colecciones, pero no pueden ser expuestas al pueblo por la falta de lugar. Cuando todo lo que aquí tenemos sea expuesto, el país se dará cuenta de lo que significan las colecciones de este museo. Porque una de mis creencias es que los Museos no han de ser solamente para los sabios o especialistas, sino que en ellos ha de ilustrarse el pueblo, arrancándolo así de sus diversiones malsanas. En la educación al pueblo está el porvenir del país.

Recordamos la anécdota que en otra ocasión nos contara el Director, de aquellos dos obreros del F. C. C. A., quienes, después de haber visitado varias veces el Museo, se sintieron interesados con los fósiles, de tal manera, que los recogían, en las horas del descanso, en las orillas del río Luján. Un buen día, al encontrar algo extraño, lo llamaron, y él, al entrar en su cabaña, además de los libros de Ameghino se encontró con dos paleontólogos que sabían discutir sobre los más intrincados problemas de esta ciencia.

—¿......?

—Necesitamos muchos naturalistas. En casi todas las secciones hacen falta más empleados. El Museo trata de preparar a sus futuros colaboradores, autorizando a alumnos especializados de las Facultades, a seguir ciertos trabajos. Luego, cuando nos damos cuenta de su carácter y asiduidad, los adscri-

bimos a las distintas secciones. Más tarde, cuando faltan empleados, se designan entre los más antiguos.

—¿......?

—Todos los naturalistas extranjeros que nos han visitado expresan su más elogiosa opinión sobre nuestra labor. Lo único que faltaba era el edificio. Hoy lo tenemos comenzado, y esperamos que continuará su construcción. Los proyectos aceptados son maravillosos... Algún día le hablaré con detalles acerca de lo que será el futuro Museo. ¿Un dato? Haremos reproducciones en yeso de los principales mamíferos argentinos. Hemos dedicado mucha atención a los cetáceos del país, por el afán científico y la importancia industrial que tienen. Nuestra colección de ballenas no tiene su igual.

—¿......?

—¿Qué obras literarias leo?

El señor Doello-Jurado se ríe de nuestra última pregunta.

—Resulta interesante, señor, conocer los gustos literarios de los naturalistas.

—Le citaré a un autor que leo mucho últimamente y a quien encuentro interesante y lleno de enseñanzas: Saint-Beuve.

Se establece entre el director del Museo, un sacerdote naturalista y el que esto escribe, una charla sobre el literato francés.

El sacerdote naturalista, muy conocido en el mundo argentino, pero cuyo nombre no podemos revelar, emite conceptos muy acertados sobre el tema. Se llega a Pascal y dice el sacerdote que lee "Pensamientos" todos los años.

—Una última pregunta, señor director: ¿De los argentinos, a qué autor prefiere?

—Un poeta que me gusta mucho es Enrique Banchs.

—"FRAY MOCHO", ¿qué le parece?

—Autor y revista, dignos de ser leídos. Conceptúo que "FRAY MOCHO" es una revista útil y que, por la selección de sus trabajos, educa el gusto del lector.

Ha pasado más de una hora en agradable conversación, por lo menos nosotros. Hemos visto muchas cosas y oído otras. Las sombras ya invaden las salas del Museo de Invertebrados. Pensamos que de aquellos ensayos de organismos ha surgido la maravilla humana, ensayo, tal vez también, para algo que nosotros no veremos jamás.

El acróbata

Por Jorge Auriol

Mi amigo el poeta Mac Gaschen y yo fuimos a La Cornouaille, en busca de viejas leyendas célticas. Después de una larga estancia en Quimper, llegamos a Saint-Guenolé, y mientras nuestro chauffeur llegaba al garage, su 40 HP, ante los ojos espantados de los aldeanos, llegamos a casa del cura, que era un poco bardo y que nos había invitado a comer.

Cuando la vieja criada sirvió el café, capaz de resucitar a un muerto, Mac Gaschen dijo:

—Este es un país delicioso. Sus habitantes, estos ingenuos bretones, no saben si vive todavía Napoleón. Pero en Saint-Patrick, en mi tierra, en Irlanda, el día que se decidan a visitarme encontrarán historias asombrosas. Nuestros paisanos están todavía más retrasados. Casi nadie del pueblo sabe escribir su nombre..., ni leer siquiera..., y en los pueblecillos los curas son tan pobres e ingenuos como los campesinos. Pero son tan buenos, que no necesitan ciencia para llegar al corazón de sus feligreses. ¿Conocen ustedes la provincia de Ulster? ¿Sí?... Mi padre tiene un castillo allí, en las montañas. Es un país a donde nunca ha llegado nada nuevo. Un día llegó allí un pequeño circo ambulante, con tres caballos solamente y un oso viejo. Se detuvo por casualidad, porque un clown se había puesto enfermo y no tenían dinero para llegar hasta Belfast. Ustedes saben cómo somos de católicos en Irlanda. Paques, el clown, no había sido muy devoto, pero sintió renacer su religión después del golpe que le había puesto a las puertas de la muerte, lo cual no puede ser más corriente. Se fué a confesar, y el cura, que, al parecer, no era precisamente un gran sabio y que no había visto nada fuera de su pueblo, al acabar de decir el clown sus pecados, le preguntó:

—Usted es extranjero, ¿no es eso, amigo mío?

—Sí, padre.

—¿Y a qué se dedica usted?

—Soy acróbata.

—¿Acróbata? ¡Oh! ¿Qué es eso?

—Trabajo en el circo. Doy volteretas, saltos mortales y me sostengo en un brazo.

—¿Qué es eso de los saltos mortales y volteretas? Y lo otro, el sostenerse en un brazo, ¿qué es?

—Espere usted un poco, padre. Se lo voy a enseñar. Se dan dos vueltas en el aire y se queda uno cabeza abajo, apoyado en una mano, con los pies por el aire. ¡Así— y se puso a ejecutar lo que había dicho de palabra.

En un rincón de la iglesia había una pobre vieja con su hija, esperando para confesar. Y cuando la madre vió al hombre con los pies por alto, dijo a su hija:

—¡Hija mía, vámonos a casa! Tienes que ponerte unos pantalones limpios. ¡Vaya unas penitencias que echa hoy el cura!

LA ETERNA FARSA

(Para mi noble amigo D. Carlos Falchi).

Quijotesco desfile de oropeles,
Trasunto de opulencia y petulancia:
Allá van, en espléndidas carrozas
Tirados por magníficos corceles,
Las mujeres hermosas
Cuyos tocados son unos primores,
Y los hombres radiantes de elegancia
Se dirigen al Corso de las Flores,
Auspiciado por la Beneficencia.
Simulando amparar a la indigencia,
Y de la vanidad bajo el influjo,
Aquellos personajes
Al torneo del lujo
Acuden a exhibir joyas y trajes.

Ser pródigos les cuesta
Cuando algún pordiosero
Osa llamar a sus mansiones; pero
Si, acaso les invitan a una fiesta
Organizada en pro del desvalido,
Entonces no escatiman su dinero
Tanto la dama como el caballero,
A quienes la farándula ha atraído.

La caridad se ejerce con recato:
Sepa la aristocracia
Que dar limosna desplegando el boato
Con que al vulgo aturdir suele el rentista,
Es mostrarse egoísta
Y humillar al que gime en la desgracia.

R. de ITURRIAGA Y LOPEZ.

EL LIBRO

Ved, según se cuenta, lo que pasó entre dos negros, uno de los cuales sabía leer y el otro no.

—"¿Qué miras tú sobre ese papel?", preguntó el ignorante.

—"Oh ¡si tú supieras, respondió el lector, cómo es de divertido esto! Hay aquí dos personas que hablan y a quienes oímos con los ojos".

Para un negro, la definición no estaba mal, y a muchos blancos pudiera hacerle honor.

Ese negro, en efecto, comprendía qué cosa es un libro. Nosotros sabemos que es un conjunto de hojas de papel, sobre las cuales hemos impreso letras; pero qué es lo que verdaderamente constituye el libro, eso no lo sabemos por falta de reflexión:

Un libro es una voz que oímos, una voz que nos habla: es el pensamiento viviente de una persona separada de nosotros por el espacio o el tiempo; es un alma. Es, recordadlo bien, lo único duradero; los hombres pasan, los monumentos se desquician; lo que queda, lo que sobrevive, es el pensamiento humano.

Eduardo R. LABOULAYE.

Una bailarina que se jugó por un yate

Un escándalo, lleno de colorido, en el que las pinceladas de la tragedia se encuentran profusamente entremezcladas con las del sainete bufo, acaba de tener lugar en la populosa ciudad de Viena, entre uno de los miembros de la más alta aristocracia alemana y una bella bailarina que ha hecho furor últimamente en los principales teatros europeos.

En Alemania, como país de hombres civilizados y juiciosos, el cambio de gobierno significó una nueva forma de dirección; pero jamás el robo, los asesinatos en masa y todo ese cúmulo de delitos incalificables que ha sido el maximalismo en Rusia. Debido a ello, los nobles y hombres acaudalados de Alemania no se han visto despojados de sus bienes ni mucho menos ultrajados en sus valores morales. La república no ha significado sino un cambio a base de las nuevas ideas, y la pérdida de ciertas preeminencias inherentes a todas las noblezas del mundo.

Entre los hombres de gran fijuración de la república teutónica se encuentra el duque de Wingher der Graft, afamado por sus grandes exploraciones ,su inmensa capacidad como geólogo y geógrafo, así como botánico y mineralogista. Su fortuna fué y sigue siendo, muy crecida, y su personalidad, ha sido bajo todo punto de vista, la de un hombre merecedor de aprecio y consideración.

El año pasado ,en la estación veraniega en el famoso balneario francés de Deauville, el duque hizo su aparición, por encontrarse en una gira en su yate, por aquella costa.

Algunos días después que él, llegó la hermosa bailarina rusa, Nicheva Bolchwska, que ha actuado en los principales teatros europeos con éxito deslumbrante.

La fama artística y la positiva gran hermosura de aquella mujer, produjo un revuelto inmenso entre los concurrentes al aristocrático balneario. Los hombres se volvían ojos y las mujeres envidias. Durante los primeros días no se habló en el balneario, más que de la Nicheva, y todas las conversaciones, con mortificante monotonía, no giraban sino alrededor de su atrayente persona.

El duque, desgraciadamente sintió la fascinación de los demás, y se convirtió bien pronto en uno de los satélites preferidos de la enloquecedora artista. Hombre de edad, viudo, bien plantado, muy rico, de elevada alcunrnia, con la exquisita educación propia de su rango, no tardó en ser el preferido entre todos los que voltejeaban alrededor de la Bolchwska. Pero ella, que es un mujer de experiencia, divorciada dos veces, muy ambiciosa y conocedora del medio en que actúa, supo mantenerse siempre a una discreta distancia del noble teutón, con lo que consiguió intensificar el interés que éste sentía por ella.

Lo que al principio en el duque, no fué sino un pasatiempo, una aventura más o menos dudosa de hombre galante, asumió bien pronto las proporciones de una pasión violenta. En cierta ocasión, aprovechando la oportunidad, el caballero alemán hizo a la bailarina, formal propuesta de casamiento; pero ésta lo desechó con una sonrisa diabólica, mostrándose incrédula de ser merecedora a tan grande honor, y alegando, además, que ansiaba su libertad, porque la experiencia en sus dos matrimonios anteriores le había enseñado, que mejor es vivir sola, que mal casada.

La bailarina, desde el primer momento había echado el ojo al lujoso yate del duque, en que éste acostumbraba hacer sus giras. En el transcurso de una conversación insinuó su deseo de tener algún día un yate igual. Para el duque, obsequiar el yate, no habría sido asunto de mucha importancia, pero obsesionado con la idea de ser dueño de esta mujer en cualquier forma, no se dió por entendido y esperó una ocasión apropiada para poner en práctica una idea que se le había ocurrido.

Esta oportunidad no tardó mucho en presentarse. Jugando en el casino, la Nicheva se presentó en la sala de la ruleta, vestida a la española, pues en la tarde debía actuar en unos bailes andaluces. El duque juzgó que ese era el momento, y dirigiéndose a la bella le dijo, sonrientemente, mitad en broma, mitad en serio:

"¡Hermosa criatura! ¡Mi yate contra su persona!"

La moscovita enseñó su blanca dentadura, al abrir la boca en una jubilosa carcajada.

"¡Acepto! ¡Juega señor duque!" fué su respuesta. Y uniendo la acción a la palabra, saltó sobre la mesa de juego y se colocó el cuadro que correspondía a los "pares negros"

La fatal bolita de marfil giró rápidamente. Los espectadores, con el asombro retratado en los ojos, contemplaban tan original apuesta, en tanto que la bailarina sonreía y el duque la miraba fijamente como si tratara de leer a través de sus pupilas el enigma de su alma de mujer y de rusa.

"¡Nones colorados!" fué el grito del crupié cuando la bolita cesó en su acelerado movimiento.

"¡No importa! ¡El yate es siempre tuyo!" dijo el duque con sonrisa de triunfo. Aquí está el documento que te hace dueña de él. Y tirando sobre la mesa la escritura de cesión, que ya tenía preparada, se levantó ceremoniosamente de su asiento, se puso su sombrero de copa, y abandonó lentamente la sala donde acaba de ganar una mujer y obsequiar un hermoso yate.

La solución desfavorable para el duque era imposible. Había ganado a la mujer, y como si esto no bastara, a pesar de ello, siempre la bella había ganado el yate. Era una lección de generosidad y exquisita galantería.

En Viena, los preparativos para el casamiento se hicieron en secreto, entre un grupo de íntimos. La bailarina que había accedido a casarse, comenzó a poner condiciones. "¡No me gustan los hombres canosos y con aspecto de viejo!" dijo en una ocasión. Y el duque que es un buen entendedor se dejó inmediatamente crecer la patilla, procediendo a teñírsela de negro, tan pronto como estuvo un poco desarrollada. Las exigencias, las extravagancias y caprichos de la bailarina, podrían detallarse solamente en un libro voluminoso, pero el señor duque no acostumbró jamás formular objeciones y se concretó a cumplir toda petición muy humildemente, muy cortesmente, a pesar de las protestas de sus amigos y parientes.

Desde la salida de la iglesia, el acaudalado esposo se dió cuenta de que estaba envuelto en un sainete de lo más cómico. La novia en la puerta del templo le tiró de la patilla y declaró que el tinte era muy malo; que la iba a ensuciar cuando se acercara a él y que mejor sería que se afeitara totalmente.

Ya desligados de los convidados, ella quiso, antes de visitar su hogar, ir a ver a sus amistades. Tres días habían pasado , y la santa mujer no daba cuenta ni de su sombra. El duque mientras tanto, tan solo con un pequeño bigote, buscaba afanosamente, por todas partes, a su consorte, hasta que supo que se había ido a Suiza a buscar a una amiga. Y fué entonces que comenzó una verdadera cacería. El duque llegaba siempre una hora después de que su esposa había abandonado el lugar donde se le informaba que estaba. Y lo más doloroso era, que ya no viajaba sola, sino siempre iba acompañada de algún buen mozo, por supuesto, amigo, nada más que amigo.

La señora regresó a Viena, pues acababa de firmar contrata para ir a cantar a Petrogado o Leningrado como se llama hoy. El duque apresuradamente regresó a la capital, donde encontró a su bella mujer cómodamente instalada en el hotel de Ferdinandplatz. Una escena violenta fué la se siguió a este primer encuentro de los esposos, que ocurría 15 días después de haberse separado casi al abandonar las puertas de la iglesia. El resultado fué, que el duque se vió casi arrojado de la alcoba que ocupaba su mujer.

Lleno de despecho, herido en lo más hondo de su vanidad, presa de las burlas de todos y dominado por la fiebre de los celos, el duque perdió totalmente la cabeza y agregó una locura más a las muchas que ya llevaba hechas. A media noche, alzando el cristal de la ventana del departamento de la bailarina, sacó su revólver, apuntó serenamente y disparó.

El escándalo fué inmenso. El juicio ha sido ruidoso, la sentencia terminante. El casamiento es nulo.

Pero la parte más seria que tienen que solucionar los tribunales es la referente a la propiedad del yate. El duque no se preocupa de él, la bailarina lo desecha; pero unas parientes y una beneficencia, en vista de que carece de dueño legal, han armado pendencia entre sí, discutiendo su posesión.

"Justo es, dice la prensa vienesa, que las locuras de un hombre rico y las falacias de una bailarina, produzcan a fin de cuentas un alivio para tanto necesitado. Si el yate no tiene dueños, ¿por qué no se les da a los pobre?"

Falta saber ahora, cual será la definitiva solución de los salomones austriacos.

El Calvario

Platicando con cierta amiga mía,
cuyo hijo odia a Minerva ocultamente:
—No se entrega al deporte solamente,
también esudia — aquélla me decía.

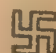
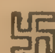
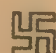
—Que el tiempo le alcanzaba... no creía.
—Y aun va al café, va al cine....
—¡Es sorprendente!
Pues yo, leo y medito horriblemente,
para no ser más asno cada día.

No me alegro, ni a darme paz atino,
cuando, tras la tarea prodigiosa
del examen, se aclara mi destino.

—Aquí, eso... — dijo el padre — es otra cosa:
entonces, él es Cristo, yo Longino...
la madre se convierte en Dolorosa.

Jorge F. SERGI.

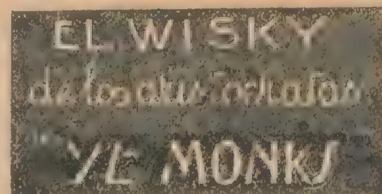
  

El presidente Balmaceda, precursor del latinoamericanismo

Chile, a menudo olvidadizo de sus obras y de sus grandes hombres está realizando en la actualidad, obra de reparación para unos y para otros. Estos días son de homenaje a ese gran hombre público que se llamó Enrique Balmaceda, espíritu alto, compenetrado por igual de los problemas que hoy agitan a las mentes pensantes de América. Sus ideas fueron principalmente expresión de su personalidad y aun su vida personal inmediata. Todo su esfuerzo dirigíase a crear una fuerte nacionalidad chilena y por encima de ella una comunidad de ideales con los demás pueblos latinos de este continente. Esta necesidad quedó vinculada al Internado Barros Arana, primer plantel americano en sus fines internacionalistas, plasmador de las juventudes que algún día tendrán en sus manos los destinos todos de nuestros pueblos. Su pensamiento no tiene nada de un espíritu cansado y deprimido, sino que está informado al contrario por un aliento de vida poderosísimo, esto da a su plan un gran ardor y una emoción desbordante. Este deseo de situar en Chile un internado latinoamericano resume de una parte una necesidad sin fin de pura espiritualidad, la conversión de las cosas en pensamientos, la originalidad e independencia de una vida interna superior y de otra parte la construcción de un pensamiento práctico y una explicación oportuna de sus ideas fundamentales. De ambas a la vez un sentimiento elevado que una el sentir y el pensar de modo inseparable. En el mismo hombre se encuentra a la vez un poder de creación incansable y una concepción alegremente ascencional de la vida y sus actos demuestran, examinados en sus raíces un esfuerzo esencialmente humano explicable en un hombre entero y fuerte a cuya alma, nada humano es extraño. El punto de partida y uno de sus pensamientos constantes fué en Balmaceda el de colocar a Chile en él puesto que le correspondía por sus condiciones y capacidad en esta América de nuestros esfuerzos y ambiciones. El medio de los políticos profesionales, de cerrar los ojos a las necesidades colectivas le parecían cuando no imposible, inmoral; este descuido se convertiría fácilmente en olvido de los deberes en un egoísmo culpable, en la desaparición del amor. Por encima de los anhelos personales se eleva un anhelo más alto, más humano, enfrente de la pluralidad de las cosas el americanismo constituye una unidad estricta, frente al desconocimiento mútuo representa una amable comunidad de ideales y frente a las variaciones constantes de nuestra amistad, la unión integral de todos los latinoamericanos.

Balmaceda no trajo con esto nuevos preceptos, pero hizo más en cuanto da a nuestras esperanzas fuerzas para cumplir sus fines, llenando corazones hasta lo más hondo de ideales nobles y deseos puros; pero sin duda flotó demasiado por encima de la época para influir sobre ella vigorosamente. Mas quien al mismo tiempo considere esta situación, el carácter de ese tiempo la naturaleza y fines propios de cada nacionalidad, no sólo lo comprenderá, sino que no lo tendrá tampoco como un fracaso. La idea de atraer a un mismo centro a los jóvenes de las Repúblicas Americanas, responde a la esencia misma de ese presidente ejemplar. Las esperanzas de una realización inmediata no se cumplieron, había que organizar a esta tierra para un tiempo más largo, había que contar con una educación más sólida de los individuos si no quería perderse por completo, tenía que construirse enfrente de éste, una vida particular y confiarle sus ideales y sus esperanzas. No era posible que un puñado de hombres se defendiera contra un mundo mucho más poderoso que ellos, pero las ideas no mueren, las recogemos hoy con la misma frescura de la época pasada.

La influencia creciente de la cultura, la facilidad de comunicaciones, los viajes continuos contribuyen en el día a la realización de este dulce ensueño. Así pues, el pensamiento de Balmaceda ha ganado con el tiempo fuerza y autoridad y ha ido transformando poco a poco nuestras ideas de aislamiento. Si en todo esto sólo debemos amar a América, si no hemos de amar en los hombres al chileno o al argentino, al uruguayo o al brasileño, sino sólo al Americano, estamos a pique de romper con las esferas inferiores y buscar al Americanismo en sí mismo y no ya en aquellos intermedios. Especialmente cuando se trata de las condiciones primordiales de nuestra vida, no hay paz ni satisfacción alguna sin la posesión completa del ideal, sin un apoyo seguro, mas esta seguridad sólo se necesita para lo que es indispensable, para la fijación de nuestros proyectos. Nos interesa más que el mundo, la obra americana en ella misma y especialmente en nosotros mismos.



América el único objeto cuyo conocimiento necesitamos; en vez de preocuparnos por los enigmas del cielo y de la tierra, del curso de los acontecimientos asiáticos o africanos debemos atender a nuestro propio desenvolvimiento. El ocuparse más detenidamente de las cosas del mundo, especialmente de lo que no es americano, da lugar a graves sospechas. Es inútil porque no aumenta nuestra felicidad, importuno porque exige tiempo que es necesario para cosas más importantes, es peligroso para las ideas porque al orientar el pensamiento hacia lo más lejano nos aleja de nuestros propios problemas. "A propósito de la América del Sur, me escribe el distinguido escritor guatemalteco Antonio Ochoa Alcántara, efectivamente nosotros no nos conocemos y debemos nocernos por interés de raza, de defensa y conservación. Nosotros estamos íntimamente relacionados con Estados Unidos del Norte, España, Francia y Alemania. Cada veinte días sabemos lo que ocurre en los países citados, y en cambio nada sabemos de nuestros hermanos de Sur América." Contra esta situación de ignorancia quiso romper Balmaceda, al pensar en el Internado Barros Arana y al querer vincularlo a los demás países de América. La vida se concreta así en un punto en el que está protegida contra toda desviación y segura de su relación con los fundamentos lógicos y necesarios. La labor práctica, científica, artística chilena no nos retiene, por el contrario, nos conduce más allá de ellas al americanismo, todos los fines particulares están subordinados al de buscar en este más allá el espíritu fraternal y de no vernos detenidos por nada en este anhelo de calma y de unidad. El Americanismo no hay que explicarlo por sus partes, sino sólo como un todo, el que observa la pluralidad dispersa y sin concierto encuentra en todas partes, defectos y faltas. El Americanismo no puede ni debe ser juzgado según el bien o malestar de sus pueblos. El Americanismo crece en interés, no cuando se le pone en relación con nuestro interés, sino cuando se le considera en sí mismo. La totalidad aclara lo que en sí mismo parece irracional, así como la combinación de un cuadro puede hermosear un color negro, así como en la obra de arte musical todas las discordancias pueden producir la armonía del todo. Por consiguiente sólo hay que situarse en el punto de vista del todo y este punto de vista no está en cada nacionalidad, sino encima de ellas.

Lo interesante es acercar los valores positivos de nuestros pueblos, volver a mezclar nuestras energías en la misma corriente de vida que nos mezcló en nuestra obra emancipadora. Cuando se consiga esto podrá decirse que el problema estará resuelto y que el pensamiento de unos, de los presidentes más grandes de Chile no ha sido un vano sueño...

Julia GARCIA GAMES.

Santiago de Chile, julio de 1927



—¿Pero todavía estás leyendo la pérdida del avión?

—No; estoy buscando a ver si se pierde un zeppelin.

EL PAIS DE LAS HADAS

Si alguien llegara a saber dónde está el palacio de mi rey, el palacio se desvanecería en el aire. Sus paredes son de plata blanca y su techo de oro puro. Mi reina vive en un alcázar que tiene siete patios y lleva más joyas que hay en el tesoro de siete reinos. Madre, déjame tú decirte, en voz baja, dónde está el palacio de mi rey. Mira: está en aquel rincón de la azotea, donde está la maceta del "Tulsi". La princesa duerme, encantada, en la playa lejana de los siete mares que no se pueden pasar. Sólo yo en el mundo puedo encontrarla. Oye: tiene los brazos llenos de brazaletes y gotas de perlas en las orejas. La cabellera le llega al suelo. Se despertará cuando la toque yo con mi varita de virtud y al sonreírse será como si le derramaran joyas de los labios. Te lo voy a decir bajito, madre: la princesa está en aquel rincón de la azotea, donde está la maceta del "Tulsi".

Rabindranath TAGORE.

Sobre la pista de las grandes fieras

Por Juan B. Courtade

Los peligros que encierra la caza de fieras o animales grandes, son casi siempre exagerados a voluntad. Las fieras verdaderamente peligrosas, es decir, que atacan sin provocación, son, como los animales invulnerables, en el dominio de las leyendas.

Cuando el terreno se presta, se puede cazar montado a caballo, lo que causa mucho más placer y menos cansancio. Se parte a las primeras horas del alba o un poco antes del aclarecer, pues en los países sin crepúsculo, basta una media hora en cuanto el cielo palidece al oriente para ver aparecer el sol majestuoso que una hora más tarde iluminará con sus rayos abrasadores. El momento más oportuno, cuando la tierra guarda aún el frescor de la refrigeración nocturna, es de corta duración, conviene, pues, aprovecharlo.

Más de la mitad de los 25 años que pasé en la Indochina, casi todos los días, durante la temporada de las lluvias, salía a las 5 de la mañana para regresar a las ocho, antes de los fuertes calores.

Las costumbres de los grandes herbívoros varían según las temporadas de sequía o de lluvia.

Las vastas llanuras, cubiertas de cañaverales, es el lugar preferido por los búfalos salvajes, pero suele verse algunos en las zonas pantanosas, lagunas y selva inundada, vecinas de la costa; los bueyes se encuentran con frecuencia en la selva clara; los elefantes viven en todas partes, pero el hallazgo de rastros frescos no indica la proximidad de los animales, estos grandes andarines llegan durante la noche hasta los cultivos y el alba vuelven a internarse en la selva virgen.

Cierta vez, un búfalo se había acantonado a 3 o 4 kilómetros de mi residencia y no tardé en reconocer en los claros donde salía de noche a pastar, los rastros de sus largos cascos, muy distintos de los de los búfalos domésticos.

Una mañana del mes de mayo, me hallaba recorriendo muy de madrugada la costa del mar, cuando de repente llamáronme la atención las huellas profundamente marcadas en la arena, de largos cascos ahorquillados; eran los rastros frescos de mi amigo el búfalo, que sin duda alguna había venido a bañarse momentos antes.

De inmediato seguí los rastros a través de los médanos; una vez llegado a la orilla de la selva las huellas se internaban bajo un arbolado inmenso, en quebradas inextricables, llenas de enredaderas y plantas espinosas.

Lo perseguí más de una hora, avanzando con precaución y sin ruido, apartando la vegetación con mi mano libre, siguiendo con la vista las huellas del búfalo y escudriñando la maleza, andaba muy lentamente, habiendo recorrido, apenas tres kilómetros.

Un estrépito de ramas quebradas, a corta distancia de donde me hallaba hízome acurrucar rápidamente, a tiempo para apercibirlo dentro de la maleza que se cerraba sobre su cuerpo sombrío. Apunté y tiré al bulto, de pronto oí netamente la caída del cuerpo; luego un ruido como si tratara de levantarse y adelantar con movimientos bruscos. Me aproximé al animal, el cual estando imposibilitado para huir, me contempló con la cabeza altiva, sin pérdida de tiempo, le envié dos balas sucesivas en el pescuezo que lo abatieron definitivamente.

Poco tiempo antes de la muerte de ese búfalo, buscando su pista en un claro que solía frecuentar, atravesando la maleza, mirando maquinalmente delante de mí, creí ver algo que se movía.

Detrás de un tronco de árbol quebrado, un animal me acechaba; distinguía solamente el contorno de su frente y dos orejas. Sería un tigre, una pantera? Largo mi rienda, me apeo y tiro. Al recibir la bala, el animal se encabrita, era una linda pantera!, de pronto se escapa a largos saltos, le envié otra bala al vuelo, rueda sobre ella misma y quedó tendida.

Los tigres generalmente no se ven de día; hice centenares de excursiones en sus dominios y la mayoría de los que cazé lo fueron ya muy avanzada la noche.

Cierta vez, atravesaba acompañado de tres indígenas, una llanura en la que abundaban los nidos de hormigas, seguía una dirección paralela al río, pero por fuera de la maleza de las márgenes.

De repente, a unos 600 metros de nosotros, descubrí dos leones. Las fieras nos vieron al mismo tiempo y se pararon vigilándonos. Nosotros hicimos lo mismo. A poco empecé a avanzar; los leones también se movieron. Uno de ellos era enorme, monstruoso, el otro era una hembra. Seguí avanzando y descubrí el tercer león, ocultado hasta entonces por un nido de hormigas.

Torcí a la izquierda con objeto de interponer otro nido entre los leones y yo. El nido de hormigas tenía unos seis metros de diámetro en la base y unos cuatro y medio de alto. Trepé a él y vi que el tercer león permanecía en el mismo sitio mirando a los otros dos, que en aquel momento se ocultaban entre las hierbas.

Preparé mi arma, apunté e hice fuego. La bala debió pasar cerca, pues vi el polvo que levantó detrás del animal, que saltó hacia el sitio donde dió la bala y quedó inmovil frente a mí, a 300 metros de distancia. Volví a cargar mi rifle y apuntando más detenidamente hice fuego. El ruido que respondió al de mi fusil me convenció de que le había herido. Dió un salto hacia adelante y se paró unos segundos y principió a correr alrededor del sitio que me encontraba, mirando y escuchando con atención.

Iba a cargar de nuevo mi arma, pero no pude, porque el animal se dirigió hacia mí, y, comprendiendo que el movimiento más ligero por mi parte llamaría su atención, permanecí inmóvil. El león que había llegado a unos ciento cincuenta metros de donde estaba yo, no me descubrió. La fiera dió una vuelta alrededor del nido de hormigas en donde yo me hallaba y volvió a detenerse frente a mí. Aproveché el momento, volví a cargar mi fusil y disparé por tercera vez.

El león lanzó un rugido, saltó hacia adelante y se dirigió corriendo hacia mí; pero casi al momento se volvió y se dirigió a otro nido de hormigas en cuya cima crecían algunos arbustos. Antes que llegara a él disparé de nuevo y el animal cayó, pero volvió a levantarse. Llegó al nido de hormigas y desapareció entre la maleza.

Aproximarse al sitio por donde había desaparecido el animal, era exponerse a un ataque frente a frente, y un león herido es un enemigo peligrosísimo.

A unos doscientos doscientos metros del león había otro nido, junto al que crecían dos árboles corpulentos y comprendiendo que desde la copa de uno de ellos podría descubrir algo, regresé adonde habían quedado mis indígenas; llamé a uno de ellos, y dando un rodeo llegamos detrás de los árboles.

El negro subió, pero nada vió: al empezar a bajar lo hacía charlando en voz alta, y dos cerdos verrugosos que estaban durmiendo cerca del árbol, salieron huyendo espantados en dirección al paraje donde se ocultaba el león.

La fiera debió oírlos y preparóse al ataque. El nativo le vió ponerse de pie entre la hierba y me gritó: "Señor, señor, vea al león: suba al árbol y lo verá".

Trepé hasta las ramas más bajas, y cuando llegué a unos tres metros del suelo, le vi perfectamente a través de la hierba. El animal alarmado escuchaba nuestra conversación. Me afiancé en mi puesto, apunté y disparé una vez más.

El proyectil no dió en el blanco; pero produjo un excelente efecto, porque el león salió de su escondite y vino resueltamente hacia nosotros.

Al principio, parecía que tenía paralizado el cuarto trasero; pero recobrando fuerza a cada paso que daba y rugiendo de una manera aterradora se le veía dispuesto a despedazar al que cayera entre sus garras.

Le dejé aproximarse y entonces disparé sobre él con bala explosiva, destrozándole el corazón, produciéndole la muerte instantánea.

Era un bonito y robusto animal, en la flor de su edad, provisto de una buena melena para un león de casta, muy espesa y bastante gruesa.

* * *

La caza más atrayente es la de los elefantes.

Un día, muy temprano, seguía desde más de una hora un sendero arenoso, cuando al doblar un recodo apercibí un arbusto recientemente arrancado sobre el borde del camino y al mismo tiempo todo el suelo pisado, ramas quebradas y tierra removida de todos lados, atestiguaba claramente el paso de un elefante. Até mi caballo ensillado en un árbol y penetré resuelto en la selva virgen, persiguiendo mi presa. Seguí durante más de dos horas la pista, alejándome cada vez más de mi punto de partida; ya principiaba a desesperar, cuando fuí sorprendido por un ligero ruido que me llamó la atención. Era un ronquido rítmico, parecido a un hombre dormido. Avancé cautelosamente y muy pronto me encontré delante de un enorme elefante, completamente extendido sobre el flanco derecho.

Estaba a cinco pasos de distancia, a la altura de las patas delanteras, de las cuales distinguía perfectamente sus plantas y parte de la trompa.

Pero, ¿cómo tirar, para alcanzar con seguridad el cerebro, que ocupa un espacio tan chico en ese inmenso cráneo. Me acerqué a dos metros de distancia, frente a la cabeza, y tiré en pleno centro, luego, inmediatamente, me aproximé y disparé dos balazos dentro de la oreja, quedando la enorme mole inerte.

ZARZA FLORIDA

Amargura

¡Ah, cómo es bella! Confundidos,
ritmos, metáforas y glosas
surgen en vano tras la gracia
de su hermosura triunfadora,
que el Verso mismo empalidece
cuando en sus tules se la evoca!

Se han conjurado abiertamente
todas mis ansias, Señor, todas,
para mezclar esencias, mieles,
luces, gorjeos y corolas
y alzar su imagen en el cáliz
terso y castizo de la estrofa.

¡Y todo en vano! Su belleza
no irisará jamás mis trovas,
que — como a flor de maravilla —
la espera el mármol de las Diosas;
el serenísimo homenaje
del arte espléndido de Zonza!...

... Señor, Señor
¿por qué no habré sido escultor?...

Miguel de ARZUBIAGA.

La medalla militar argentina de Alpatacal. — Nuestro gobierno debe condecorar a los que allí sufrieron. — Justa idea que debe tomarse en cuenta.

Se impone, que nuestro Gobierno Argentino, confiera a los muertos, heridos y damnificados, supervivientes, militares chilenos, que fueron víctimas en la catástrofe de Alpatacal, una medalla militar Argentina, que sobre el pecho de esos militares del país vecino y hermano, perpetúe el recuerdo de esa fecha en que por afirmar y consolidar la fraternidad Argentino-Chilena, rindieron su sangre y sufrieron los horrores de la catástrofe.

Los jefes, oficiales, cadetes y soldados chilenos, que no vinieron a Buenos Aires, unos por muertos, otros por heridas graves y todos los supervivientes, porque fueron los más castigados y damnificados, ya que el que menos, salvó desnudo y perdió su ropa personal, equipo y dinero, todo devorado por el incendio que hizo más desastroza la catástrofe, no han disfrutado, como los que vinieron de los agasajos y atenciones, de que los hizo objeto el Gobierno y el pueblo, tanto aquí como en Mendoza y a su paso por nuestro territorio, como legítima compensación a esos sufrimientos.

Los supervivientes militares, aun impresionados por la horrible visión de esa noche nefasta, regresaron destrozadas sus ropas, a Chile, conduciendo el triste bagaje de sus queridos muertos y heridos, mientras otros permanecían en Mendoza, consolando a los que más graves no se les pudo ni aun trasladar a Chile.

El Gobierno Chileno al Mayor Argentino Escobar, le confirió en seguida de esa noche y recuerdo de ese momento, la Medalla de primera clase y Mérito y en cambio, los militares chilenos de diversa graduación, que sufrieron unos la pérdida de su vida, otros heridas graves, leves, y todos los salvados, al menos en general, la dolorosa impresión y la pérdida de todo lo de su pertenencia, y más aún, a los que por ser más damnificados no pudieron disfrutar, a pesar de su deseo, de la satisfacción de ir a Buenos Aires, ya que esa Compañía fué al mando del Mayor García y sólo de tenientes, no habiendo podido ir, ninguno de los cuatro capitanes que figuraban mandando la comitiva, no se les ha concedido, hasta ahora, ninguna compensación moral que los resarza de las angustias, dolores y pérdidas de esa desgracia.

En casos tales, es corriente entre las Naciones, otorgar una de las condecoraciones militares que para los que sufren tienen establecidas y caso de no haberla en el país, se estatuye una medalla especial, que al través de las gobernaciones la ostenten los que fueron víctimas en semejantes ocasiones.

Es de justicia, establecer una medalla militar Argentina, que en un anverso dentro de dos ramas de oliva entrelazadas, diga: "A LOS QUE SUFRIERON POR LA CONFRATERNIDAD ARGENTINO CHILENA - ALPATACAL 7 DE JULIO 1927" y en el reverso lleve a las dos matronas Argentina y Chile abrazadas, medalla que irá pendiente de una cinta de seda colores Argentinos y de un pasador de metal y medalla que se conferirá, a todos los jefes, oficiales, cadetes y soldados chilenos que iban en el tren a Buenos Aires y que también deberá concederse a los civiles Argentinos que sufrieron y murieron en ese catastrofe, pues si se establece una medalla para los militares extranjeros que estuvieron en Buenos Aires el 9 de Julio, hay mayor justicia, en otorgar y fundar esta especial para los que sufrieron por consolidar esta amistad Argentino - Chilena.

Los militares chilenos, al ostentar sobre su uniforme los colores Argentinos y esa condecoración Argentina, pregonarán y perpetuarán, al través del tiempo, lo hondo de esta afección al país hermano, por cuyo cariño sufrieron y que supo, con esta distinción, reconocer ese sacrificio y agradecerlo al través del tiempo, como muestra de que es, cada día más firme, la fraternidad de los dos pueblos hermanos.

Transmitimos al General Justo, Ministro de la Guerra, lo que creemos hallará muy en razón y como un lazo más de unión y cariño entre los dos pueblos.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

TEDIO

Era el alma de un joven Poeta adolescente,
que, aunque joven, muy joven, ya era un alma doliente...
En aquella alma triste no reinaba alegría,
el Amor había muerto, el Amor no existía...
Era el alma de un joven Poeta adolescente
que estaba en agonía...

El Poeta en sus versos de continuo decía:
"Esta vida me cansa, esta vida me hastía;
yo ya no tengo fuerzas para seguir viviendo...
Nadie me quiso nunca... ¡Qué dolor tan tremendo!..."

Y en aquella alma triste que de "spleen" padecía,
el Amor había muerto, el Amor no existía...

Al pobre adolescente cansado de la vida,
se lo llevó la Muerte, tal vez compadecida...

Descansa en paz, Poeta, tú que tanto sufriste,
la vida fué perversa para tu alma triste...

Ernesto P. BUSTAMANTE.

La inutilidad de vivir

¡Lucidos estaríamos si la vida tuviera un sentido trascendental! Tendría gracia que hubiésemos venido a este mundo para algo determinado, o preconcebido, o siquiera útil. Cuando más voy viviendo más me convenzo de la perfecta inutilidad del vivir.

Todo lo cual en modo alguno puede conducirnos al pesimismo: sería darle demasiada importancia a un problema, ponernos triste porque no le encontramos solución. La tristeza es una implícita confesión de impotencia, y podemos, en realidad de justicia, llamarnos impotentes por no alcanzar a penetrar la que acaso no sea sino superficial. Además, en los contactos superficiales es donde existe toda la voluptuosidad; vayamos, pues, rozando estas superficiales apariencias con lentitud y placidez que transformen el roce en caricia; cuando no se le piden peras al olmo, toda caricia es mutua, y el que va con deseo de acariciar se siente inevitablemente acariciado. ¿Quién podría decir si los ojos acarician la belleza de las formas o si las formas acarician a nuestros ojos por mediación de su belleza. Toda intención afectuosa, todo movimiento benévolo hallan su recompensa inmediata en esta inevitable reciprocidad. Y así vamos pasando la vida lo mejor posible: hay tantos menudos placeres, que bien podemos afirmar que existe un gran placer ambiente que nos obliga a sonreír, a pesar nuestro: placer en la actividad ordenada del cuerpo, placer en el reposo, placer en esa misma inquietud del espíritu, que nos pide ciencia y nos lleva a buscarlo por los voluptuosos laberintos del estudio; placer en la mujer que pasa, en la risa que suena, en la salud, en la convalescencia, hasta en la enfermedad, por el goce sutil que nos produce la lástima mimosa que a nosotros mismos nos inspiramos; placer en el dolor ajeno, ciertamente que no considerado como sufrimiento en otros, sino como falta de sufrimiento en nosotros mismos, porque bien dicen las gentes que creen: cada mal de los que vemos pasar en el mundo es un beneficio que debemos agradecer a Dios.

En resumen: la vida es una gratísima inutilidad.

G. Martínez Sierra.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 438, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

¡SIEMPRE!

Por Xenia

—Si no fueras digno de mi amor te arrancaría de mi alma para siempre! — dijo Alba con triste firmeza, clavando sus negros ojos en los de Pablo, que, muy cerca de ella, la contemplaba amorosamente.

—¿Y tendrías valor para ello, amor mío? — preguntóle Pablo con suave ironía.

—Sí. Porque tú sabes que es adoración mi cariño, que es un culto, ya que creo en la nobleza de tu alma, en la elevación de tus sentimientos. Y si cesara de creer en ti, que encierras todo lo bueno que siempre he anhelado, ¿cómo amarte ya?...

Y así siguió el dulce coloquio.

Junto a ellos en la plena fuerza de sus juventudes radiantes, la vida desplegaba sus galas espléndidas, con el perfume de los altos tilos y la sombra de los castaños corpulentos, bajo un cielo diáfano y puro, sereno como un vasto espejo. Eran dos seres solos sobre la falda de la montaña; en su amor creíanse solos en todo el universo, con el egoísmo de los enamorados, ante cuyos ojos no hay otra visión ni belleza que ellos mismos.

En la cálida noche de verano, con su leve soplo de frescura, llena de aromas turbadores, la luna semejaba la vela de un navío perdido.

Por una senda, a trechos obscurecida por la sombra de los árboles, Alba y Pablo pasean sus ensueños.

—El día que no merecieras mi cariño te querría lo mismo, pero me apartaría de ti y mi vida sería una amargura eterna, amor mío.

—No hables así, adorada; yo siempre seré tu esclavo, te haré feliz, infinitamente feliz. ¡Estoy tan orgulloso de ti, que eres tan buena y tan bella! ¡Oh, Alba mía, mía!

Las pupilas se besaron amorosas, en miradas llenas de pasión y los labios se unieron en un beso intenso, largo, que mordió las fibras más recónditas de sus corazones, hasta fundirlos en uno solo......

... ...

Lejos de él las ansias torturaban su pobre alma, con el deseo imposible de tenerlo junto a sí.

Las manos abandonadas sobre sus faldas, demasiado pálidas, decían que la sangre había subido al cerebro, abrasando los labios y la garganta, donde los sollozos pugnaban por estallar.

Todo había terminado para ella. Una sonrisa amarga contrajo sus labios, que sentían aún la fiebre de los besos con que Pablo los había envenenado, y sin poderse contener se arrojó sobre el lecho, estrechando convulsivamente la almohada, mientras sentía que en sus entrañas comenzaba a agitarse una nueva vida.

... ...

... ...

Pasó mucho tiempo.

La cuna cubierta de cintas y encajes fué substituída por una blanca camita. La maternidad había dado a Alba una nueva belleza, serena y dulce. Sola, con Paulita, los años transcurrieron para ella cual un sueño sin despertar, lleno de recuerdos melancólicos, a los que ella se aferraba desesperadamente.

Cuando en el estío visitaba el lugar en que conoció a Pablo, sentábase al pie del castaño, que, más fiel que el hombre, conservaba, en su viejo tronco, las iniciales enlazadas que "él" grabó allí un día venturoso; entonces olvidaba el dolor, las penas que Pablo sembró en su camino de niña feliz, y su corazón, cerrado al rencor, le llamaba con voces de ternura inmensa.

¿Qué alma era la suya, en que, a pesar del desprecio que sentía muy adentro, por el abandono cobarde y vergonzoso de Pablo, florecía siempre el deseo de su retorno? ¿Por qué en sus noches solitarias, inclinada sobre la cama de Paulita, lloraba con hondo dolor?

No era el llanto de la mujer que lamenta un porvenir obscuro, ni tampoco el de aquella cuyo corazón llama al amor, cualquier amor.

¡Ah! Las caricias de esa pasión lejana, casi perdida en el pasado, habíanse vuelto heridas, heridas profundísimas, que no cerrarían jamás. Y eran sus lágrimas por la ilusión malograda, por el desgarramiento atroz con que la Vida se le reveló, borrando sus ensueños, manchando la pureza de su amor.

Vieja joven, dió a su hija todo el cariño idólatra que profesara a Pablo, y sólo esos bracitos diminutos que se enlazaban a su cuello y el mirar ingenuo de los ojos verdes como hojas llenas de rocío, iguales a los de "él", calmaban a veces su tristeza sin fin.

... ...

Se fueron y volvieron muchas primaveras e inviernos.

Las nieves cubrieron con su blancura todos los caminos, se borraron, y el verde follaje de primavera vistió año tras año, los árboles viejos, los árboles adolescentes.

¡Cuántas hojas secas hizo el otoño vagabundear por el mundo, cual grandes mariposas de rojo y dorado color!

¡Cuántos amores prendieron los rayos pálidos de la luna en las noches de verano! Ya Paulita era moza, llena de encantos, y su cabellera de oro hacía más luminosos sus ojos plenos de inefable dulzura. Por sobre el seto florecido, un diálogo animado vibraba en la tarde. Una mano aprisionó la de la joven. Y entre el murmullo del viento suave, "¡nunca!", "¡siempre!", repetían la eterna promesa que la vida burlaba.

Alba contemplaba la escena desde su ventana, y una lágrima ardiente, última chispa quizás de su llama de amor, rodó por su rostro.

En el jardín un lirio, pensativo, inclinó sus pétalos...

REFLEJOS

Para Amalia Moix.

Posiblemente tú no estás contento,
recuerdos y nostalgia ¡una visión!...
en un eco vibrando el corazón
te vuelven sin cesar a otro momento.

El Pasado hablará con dulce acento
de ensueños... de ternuras... de emoción
¡inefable murmullo de Ilusión
extinguido en tristísimo lamento!...

Tiempo, orgullo, distancia ni rencor
acallarán la voz de un gran amor,
tu espíritu cansado y dolorido

se abismará añorando lo vivido,
en la amarga ansiedad de algún consuelo
¡a nuestro excelso e irrealizado anhelo!

Susana BALLERINI QUIROGA.

MACACHINES Y BIBYES

El cacique tenía siete vidas como el gato.

Caía mal herido en un entrevero; lo daban por muerto en una emboscada... Los indios compañeros se lo llevaban y con cuatro yuyos milagrosos volvía el jefe a esgrimir la lanza, a manejar las bolas arrojadizas, a clamar su grito de guerra.

El general invasor dió orden de que se lo condujeran vivo o muerto y cuando luego de cruentas batallas lo apresaron, le arrancaron las vísceras e hicieron con ellas un picadillo.

Y lo enterraron diseminado por los campos.

Donde hubo una cruvica de entraña bajo la tierra apuntó una flor bermeja, amarillenta o violeta.

Ya que no podía renacer el guerrero, su carne y su sangre se volvían fruto generoso y nacieron los macachines y los bibyes.

Montiel BALLESTEROS.

Cartografía de los Cañones del Colorado

Bajo las órdenes del teniente Ben H. Wyatt, dos escuadrillas de la base naval de S. Diego (California) han conseguido establecer, por medio de fotografías aéreas, la carta de los terrenos ricos en exquisitos bituminosos que constituyen las reservas de combustible para la marina de los Estados Unidos.

La misión de las escuadrillas no estuvo exenta de peligros, pues las pendientes abruptas del Colorado, con alturas de 2.500 a 3.000 metros, hacían difíciles los aterrizajes. Los dos equipos cumplieron felizmente su misión en pocos días. El jefe fotógrafo, D. G. A. Madonough, y sus ayudantes tomaron centenares de vistas en vertical, recortadas por otras oblicuas, cuyo resultado fueron las excelentes vistas logradas, tres de las cuales ofrecemos a nuestros lectores.

Ciertos datos del informe del teniente Ben H. Wyatt nos permiten apreciar las dificultades con que la misión se encontró. Esta cartografía aérea abarca 26.000 hectáreas de las reservas y 48.000 hectáreas de los terrenos adjuntos, de los cuales el servicio geológico de los Estados Unidos había también solicitado la exploración cartográfica. En los días que los trabajos cartográficos se realizaron hubo necesidad de trabajar lo mismo, bajo el duro sol californiano, que con tormentas de arena y de nieve. Y esto teniendo en cuenta que trabajaban en una zona árida y que los viajes de ida y vuelta de los aviones a sus bases de S. Diego o de Rifles representaban cerca de 3.000 kilómetros sin puntos de aterrizaje y sin poder descender con paracaídas en las profundas gargantas de 500 a 1.000 metros de profundidad, con paredes casi verticales.

PAPEL Y TINTA

"Los bárbaros" por Alejandro Magrassi.—Buenos Aires.

El señor Magrassi ha reunido en un volumen una serie de cuentos vívidos, donde con estilo sobrio y sencillo pinta escenas de ambiente de amor, de dolor y ensueño.

Por ser la primer obra del autor, se revela con grandes cualidades estimables, y una de ellas es la facilidad de los diálogos, cosa muy difícil, y los cuales no pierden su hilación y se hacen interesantes, y otra es la originalidad de los temas.

La vida es un gran libro abierto, donde cada escritor estudia las pasiones, las angustias, pero, no todos en este género literario lo hacen con felicidad.

El señor Magrassi ha sabido beber en esa fuente prodigiosa y ha cuidado la forma. Por eso su libro se hace estimable y simpático. Con otro, superará sus condiciones ingénitas.

"La divina inquietud", por Amado Nervo. — Editorial Tor. — Buenos Aires. — 1927.

Siempre será bienvenida toda oportunidad de recordar, aunque sólo sea en las cuatro líneas de la referencia ocasional y periodística, al maestro mejicano, cuya dilecta memoria cuenta en todo el continente con celosos guardianes. Las reediciones póstumas de sus mejores libros, alguna exhumación afortunada y hasta la publicación de sus más olvidadas páginas periodísticas, contribuyen a renovar el rumor, todavía vasto y vivo, que suscitara su presencia entre nosotros.

Nervo era un niño como Rubén Darío. Un niño triste, de una tristeza fundamental y serena, que le permitía vivir en paz consigo mismo, en tanto que Rubén, después de las explosiones de su ardiente paganismo, hallaba siempre la tristeza amarga de los sueños inútiles.

Los dos poetas han pasado por la vida como dos niños tristes; pero si el uno hallaba en su melancolía la gracia de un inefable reposo, el otro pretendía olvidarla, sin comprender que era de los sueños, de la fantasía, de la "lujuria, madre de la melancolía", de donde se elevaba ese asfixiante vaho de tristeza. Y los dos fueron, antes que alguna otra cosa, poetas, poetas en el más elevado y en el más puro de los sentidos dado a la manoseada palabra.

"La fiesta de San Baltasar", por Juan B. Gurrera. — Editorial Tor. —Buenos Aires.—1927.

Bernard Shaw dice en uno de sus humorísticos ensayos, que, enemigo acérrimo del teatro, cuando quiere gastar una pieza, adquiere el libreto y, sin molestias de ninguna índole, en su casa dedícase a leerla. Entre nosotros acontece algo parecido, con la sola diferencia de que, para conocer el buen teatro no queda otro remedio que adquirir el libreto y dedicarse a su lectura, ya que tales trabajos literarios, sólo por excepción, son llevados a la anhelada escena.

Por eso resulta plausible la iniciativa de Juan B. Gurrera, al editar, antes que entregar a las tablas, esta su por múltiples conceptos encomiable obra de "La Fiesta de San Baltasar". Trabajo en el que campea un sano humorismo, hermanado con un exactísimo conocimiento de las cosas de tierra adentro, sin duda ha de llamar la atención del público argentino. Tipos y costumbres, léxico y ambiente, todo por igual aparece fielmente interpretado en esta obra. Las acotaciones, precisas e ingeniosas, ayudan, por otra parte, a interpretar con mayor claridad los parlamentos donde el autor ha demostrado, igualmente, un dominio absoluto del verso.

Teatro noble, teatro para leer, como diría el cáustico humorista inglés, éste que hace el señor Gurrera puede servir de ejemplo para los autores que se desesperan con la indiferencia o el deplorable gusto de los que dominan en los tablados.

IDA Y VUELTA

Por Jean Creteuil

Mi amigo Adolfo Chou, redactor de sucesos de "El Faro de la Montaña" estaba aquel día, desesperado. No había ni un sólo suceso utilizable, y Chou, ante sus cuartillas en blanco palidecía.

Es fácil para un novelista escribir una novela, para un dramaturgo enjaretar un "vaudeville", para un crítico musical decir todo lo malo que piensa de las obras de un pintor...; pero nada más difícil para un reporter que dar cuenta de un suceso que no ha ocurrido.

Chou se vió obligado a acudir a Inventina, madre de la Fantasía y prima hermana del Ensueño. Y aquella noche su firma aparecía al pie de un suceso tan palpitante y lleno de interés como los reales de otros días.

Cuando al día siguiente, animado por el suceso de su invención, se disponía a reincidir e hilvanaba las peripecias de un atraco imaginario, se abrió la puerta y el ordenanza del periódico anunció al señor Durand.

—¿Qué quiere ese señor Durand? — preguntó Choù sorprendido.

—Viene por su artículo de ayer, y le advierto que tiene cara de hombre de genio violento. Nò hay más que verle cómo le brillan los ojos.

Chou sintió que un pequeño estremecimiento sacudía su cuerpo; pero se repuso y dijo al ordenanza que pasase el señor Durand.

—¡Caballero!— exclamó éste, enseñándole el número de "El Faro".

—¿Ha escrito usted esto?

—No lo niego — contestó Chou; — pero no veo que pueda tener ninguna relación con usted lo que dice el periódico.

—¿Cómo que no? Dice usted aquí que dos sujetos riñeron en el Café del Comercio discutiendo una jugada de dominó, y que uno de ellos recibió un par de bofetadas. Y añade usted: "Según nuestros informes, el abofeteado es un tal señor Duran." ¿No es así?

—Así es, en efecto; pero no creo, caballero que el Durand de mi artículo tenga nada que ver con usted.

—¿Cómo que no? Escuche usted y verá. Después de haber leído su artículo he mirado en la Guía de la viudad para ver quién podía ser ese Durand abofeteado, cuyo nombre ha tenido usted buen cuidado de ocultar. Pues bien, caballero, en toda la ciudad no hay más que tres Durand: yo y otros dos. Después de una minuciosa investigación he averiguado que uno de esos dos Durand está de viaje, y el otro, enfermo en cama desde hace ocho días. ¿Qué hubiera usted deducido de todo esto?

Chou se entregó a una profunda meditación, y al cabo de diez minutos se dignó responder:

—Hubiera deducido la existencia de un cuarto señor Durand...

—¡Error, caballero, profundo error! No hay más que tres Durand, y como tengo por principio creer cuanto se dice en un periódico...

—En eso tiene usted razón — interrumpió Chou; — pero no hay que tener siempre una fe ciega en lo que decimos los periodistas.

Bueno, prescindamos de esto — dijo el visitante encogiéndose de hombros, — y déme usted las gracias, porque vengo a traerle el epílogo de esta historia que usted parece ignorar.

—¡No es posible!—gimió Chou.

—Coja la pluma y escriba, que ahora dicto yo: "El incidente, coma, de que dimos cuenta ayer, coma, ha terminado hoy satisfactoriamente, punto. El señor Durand, paréntesis, (don León Oscar), paréntesis, habiendo encontrado al sujeto que le había insultado, coma, le ha devuelto con creces el par de bofetadas que de él había recibido, punto."

Y dicho esto, el señor Durand (D. León Oscar) alzó su robusta mano de hombre honrado y la dejó caer vigorosamente en cada una de las mejillas de mi amigo Adolfo Chou.

Huevos probados a golpes de martillo

Esta época es amante de las cosas curiosas, una de ellas, un poco conocida ya, viene a actualizarse por el procedimiento.

Consiste en probar las posibilidades de exportación de los huevos golpeándolos con un martillo de ocho kilos, que da tres golpes por minuto en la cáscara de los huevos colocados, naturalmente, en forma que sean golpeados verticalmente. Contra lo que pudiera creerse, los **huevos así** tratados resisten la **prueba.**

VOLANDO A SETENTA KILÓMETROS DE ALTURA

De Berlín a Nueva York en noventa y tres minutos.

De Berlín a Nueva York en hora y media?

Eso dice el joven astrónomo de Munich, Max Valier, antiguo aviador al servicio de Austria, cuyo proyecto es el tópico del día en los círculos científicos alemanes.

La idea de un vehículo cohete, tal como él la ha concebido, no debe ser una locura, pues la casa Krupp, de Essen, la constructora del cañón "Gran Bertha", que lanzaba proyectiles sobre París desde una distancia de 128 kilómetros, le ha invitado a que exponga sus planes ante su plantel de ingenieros, y los han tomado en consideración con la esperanza de poder llevar a cabo la construcción de tan maravilloso vehículo.

Valier tuvo varias entrevistas con el profesor Hugo Junker, el más acreditado constructor de aeroplanos de Alemania y una autoridad en motores para la aviación, y de ellas parece haber sacado en consecuencia que el proyecto puede llegar a ser una realidad.

"De Berlín a Nueva York en hora y media no es más fantástico, dice el inventor del proyecto, que lo que hace años eran las ideas del aeroplano, de la radiotelefonía y de otras que ahora son hechos en esta maravillosa época de inventos, como lo será el de las rapidísimas velocidades si volamos a setenta metros de altura, muy por encima de las nubes, libres de la resistencia del aire.

"Transmitir la voz por un alambre a miles de kilómetros, hablar en los antípodas sin hilo que transmita la voz, enviar fotografías a distancia eran sueños no hace mucho, que hoy son ya realidades y hechos que todos conocemos, y por eso el público no ha recibido mi proyecto con la risita de incredulidad con que se han recibido las noticias de otras grandes ideas.

Es necesario que mi proyecto se tome en serio, añade el astrónomo de Munich, y que recordemos que el problema de cruzar los espacios interplanetarios, con la luna como primer objetivo, se viene estudiando con atención en América, Austria y Rusia, y que el gobierno de los Soviets ha destinado 250.000 pesos para que un sabio del país haga en Moscú experimentos sobre este asunto.

"Todos esos hombres científicos parten del principio de "lanzar", de disparar un cohete a la luna, cuya llegada al satélite se sabrá por la gigantesca llamarada que lanzará el proyectil al tocar en la superficie lunar, para lo cual será necesario que el cohete caiga en el lado no iluminado por el sol, pues de otro modo la llama de la explosión no sería visible, y esto lo creo muy difícil, pero la posibilidad existe."

Dice Valier que el profesor A. Von Parseval, inventor y constructor de un buque aéreo semirígido, ha calculado que su gigantesco aparato, con un peso de partida de cincuenta toneladas y media de cargamento y pasajeros, podría hacer el viaje Berlín-Nueva York en veintiocho horas y cuarenta minutos, contando tres horas de parada en Vigo para tomar gasolina; es decir, que para unos motores de 6250 caballos se necesitan veintiocho toneladas y media de gasolina y aceite. Este aparato tardaría dos horas y media en elevarse a 16 kilómetros de altura, para desde Berlín dirigirse a Vigo, y desde la costa española seguir a Nueva York.

"Esto significa que la bencina y el aceite pesarían tres veces más que la tripulación, los pasajeros y el cargamento; pero si en medio del Océano hubiere una estación para tomar combustible, se podría llevar diez y ocho toneladas de flete y pasajeros en lugar de nueve y media.

"Comparemos ahora mi motor cohete con este viaje, dice Valier. "El aeroplano de Von Parseval haría el trayecto Berlín-Nueva York en veintiocho horas cuarenta minutos; mi aparato lo hará en noventa y tres minutos.

"El primero tardaría dos horas y media en elevarse a 16 kilómetros, mi aeronave cohete subiría en ángulo casi recto, con tal rapidez, que a los cien segundos se encontraría a 70 kilómetros sobre la superficie terrestre, y desde esa altura, en donde alcanzaría una velocidad de 6950 kilómetros por hora, lo que le haría llegar a Vigo en veintisiete minutos desde Berlín.

"El vuelo desde el puerto español a Nueva York, que es la distancia más corta que separa al Nuevo Mundo de Europa, con una parada en un dique flotante en medio del Océano para tomar combustible, invertiría otros sesenta minutos, o sean noventa y tres para la travesía completa.

"La única desventaja del motor cohete, comparado con la aeronave de Perseval, es que aquél gastaría 52 toneladas de combustible, mientras que el último sólo consumiría treinta.

Calculo, añade con gran seguridad Valier, que harían falta 16 toneladas de combustible y de aceite por cada tonelada de peso para hacer el viaje Berlín-Nueva York en hora y media, lo que resulta muy caro, pero si es verdad que el tiempo es oro, vale la pena hacer ese gasto."

El proyectil cohete del joven astrónomo tiene la forma de torpedo, que lleva a los lados los motores cohetes, que con sus constantes explosiones van lanzando al aparato hacia adelante con la vertiginosa velocidad que hemos indicado.

El piloto va encerrado en un camarote herméticamente cerrado, con generadores de oxígeno.

El primer modelo, con alas, ha sido desechado porque a una altura de 16 kilómetros sobre el nivel de la atmósfera está tan enrarecida que las alas de un vehículo aéreo de nada sirven para sostener el aparato a flote, aparte de que con las máquinas corrientes no hay a esas alturas oxígeno suficiente para alimentar los motores.

El "aparato cohete", de forma de un largo proyectil, es independiente de la densidad del aire, y puede moverse con la mayor velocidad a través del vacío absoluto, gracias a las constantes explosiones en la parte trasera del aparato, que con extraordinaria fuerza le hacen avanzar y elevarse en el espacio.

En sus últimos planos el inventor ha suprimido los dos motores de los lados de su torpedo cohete, y ha acoplado seis de estos motores en un círculo alrededor de la base o parte inferior. De esta manera el vehículo queda con la forma de un largo tubo en forma de puro.

El aterrizaje o amaraje, que parecía un problema, lo explica Valier en esta forma:

La toma de tierra o agua se hará hacia atrás perpendicularmente. La caída a descenso en el agua será compensada y regulada por la fuerza de los gases expulsados por los cohetes motores.

El inventor espera que dentro de poco contará con fondos suficientes para construir su primer aparato.

Una autoridad alemana en motores, máquinas voladoras y en balística, hablando de este atrevido proyecto, ha dicho:

"En estos días, en esta época de maravillosos inventos, llegan a ser hechos los que parecían los más locos de los ensueños."

En la actualidad el astrónomo y aviador Max Valier está dando conferencias por todos los centros científicos de Alemania sobre su proyectado "Weltraumschiff", según él llama a su cohete, y que nosotros traduciríamos por "Vehículo universal del espacio".

Y hágase, que "le nom ne fait pas la chose".






QUEJIDO

¡Viera amigo aquellos tiempos
en que china y rancho tuve,
qué lindito lo pasaba;
sin tristeza siempre anduve.

Hoy cabalgo sin lucero,
tratando que no se añude
mi corazón al recuerdo
de aquella china que tuve.

Me pasaba toas las noches
cantándole vidalitas
al compás de mi vigüela,
que como a ella la quería.
Pero un día vino, hermano,
un pueblero pa "La Pinta",
y con fáciles palabras
me la enamoró a mi china.

¡Viera amigo cómo andaban
muy juntitos esos días,
mientras yo a la virgencita
toas las penas le decía!

Y así como había venido
el pueblero se jué un día,
dejándole pa consuelo
una futura chiquita.
Lloró tanto la mujer
por aquél que no tenía,
que el Padre Nuestro cansado
a su lao la llevó un día.

¡Si la he llorao yo amigaso,
que de verdá la quería!

Por desgracia no encontré
al pueblero entodavía.
Le juro que si lo atrapo
no le dejo el alma viva,
pa que sepa qué los gauchos
queremos pa toa la vida.

Juan RIOJA.

TEATROS

ROBERTO GACHE ESTRENO EN EL APOLO

No siempre escribe uno todo lo que puede, como tampoco estrena lo que quiere. Muchas veces no se puede llegar demasiado alto y otras hay que agacharse un poco. El caso de Gache en "Polleras cortas" es el de quien queriendo estrenar no estrena lo que quiere y además se ve obligado a pasar por debajo de sí mismo en un movimiento literario funambulesco.

Es, en verdad, "Polleras cortas" una obra escrita con el propósito de no encumbrarse demasiado. Un tema que hubiese podido servir de amable argumento para una fina sátira, ha querido convertirlo el autor en un sainete o una farsa, sin que en la metamórfosis haya conservado la eficacia de la idea original ni el efectismo de segundo plano que pretendía. Pieza inverosímil, demasiado vulgar para ser irónica y demasiado bien escrita para resultar grotesca, no llena ninguna finalidad práctica y pasa sin pena ni gloria como una de esas mujeres que pudieron ser honestas y una casualidad de su mal destino les fracasó la virtud.

Claro está que el ingenio y el estilo del escritor se dejan ver de cuando en cuando, pero como él mismo sofrena la marcha y abate el vuelo no pasan de tentativas sus aciertos y la mayor parte quedan inadvertidos como el metal puro entre la ganga mineral de la veta.

Tratándose de Gache, estimable escritor, no puede elogiársele la obra, pero refiriéndose al Apolo, cuya producción se ha caracterizado siempre por lo ingenua y trivial, hay que alabarle el autor. El Apolo ha ganado con Gache, tanto como Gache ha perdido con el Apolo. Y menos mal si el público bobalicón que se divierte con inocentadas de teatro para niños retrasados empieza a sentir gusto por obras de esta clase y se orienta un poco mejor para bien de todos.

Los hermanos Ratti y Chela Cordero, que son capaces de hacer graciosa una receta médica, dieron movimiento y colorido a sus personajes en forma muy encomiable. Enriqueta Mesa, Ugazio y Cánepa, contribuyeron empeñosamente al éxito que en definitiva alcanzó "Polleras cortas".

PARRA ESTRENO "EL GRAN FASCISTA"

No conocemos el original francés de la pieza cómica de Luis Verneuil, "La pomme", que termina de poner en escena el actor Parravicini en el Argentino, en una traducción y adaptación realizada por el mismo. A juzgar por la versión española, se trata de una obra pochadesca, con situaciones y diálogos algo audaces, de seguro efecto sobre el público.

El propietario de una fábrica de dulces mantiene relaciones amorosas con la mujer de su apoderado general, desde hace diez años. Recién al cabo de tan largo plazo, el marido engañado llega a saber la falta de su esposa, una mujer liviana que tiene un concepto cocotesto del amor. Este hecho parece que desbaratará los planes de unir en matrimonio el hijo de aquél y la hija del apoderado, dos jóvenes que se conocen y se encuentran por obra del azar en un hotel. Pero la grave incidencia no tiene efecto en el propósito sustentado por los progenitores, que han ideado la boda por motivos comerciales, buscando afianzar el desarrollo y la estabilidad del establecimiento. Aquéllos se casan y la armonía vuelve.

El asunto se presta para crear situaciones hilarantes en el desenvolvimiento de los tres actos de que se compone la pieza y el autor ha sabido aprovecharlo. El primer acto, sobre todo, puede tildarse de demasiado atrevido, pudiendo haberse suavizado ciertas asperezas.

Hizo reir mucho, Parra y gustaron también las actrices Singerman y Puértolas y el actor Zurlo.

"VERANITO DE SAN JUAN"

Con este título, estrenó la compañía Franco en el Comedia una pieza de Botta y Cotal, constituída por tres cuadros discretamente construídos en los que se plantea y desarrolla un argumento poco novedoso, pero presentado en forma tal que logra merecer la atención del público. La eterna cuestión de la pecadora tratada despectivamente por los miembros de su familia, quienes no perdonan su desliz, la intervención de un tío más humano que proteje a lo oveja descarriada y la de otro personaje que trueca su donjuanismo en un sentimiento de amor leal y profundo hacia la pecadora, dan a la pieza un giro amable y optimista, dejando a todos contentos.

Tiene la pieza de los Sres. Botta y Cotal, algunas escenas emotivas interesantes y cierta gracia en los diálogos que contribuyen a prestarle relativo mérito. En la interpretación se destacó la joven actriz Evita Franco, muy eficaz en su papel, que dijo con naturalidad, y el actor Morales, un galán que progresa.

"CUME LA BARCA DE BACHICHA' EN EL COMICO

La compañía del Cómico parece no tener otro propósito que explotar la vis cómica de Arata y la grotesca de Ruggiero por medio de obras que no posean otros méritos que el de contar con dos papeles que den margen a dichos actores para dar rienda suelta a sus facultades. Dentro de ese orden de producción se encuentra, "Cume la barca de Bachicha", de Villalba y Braga, de la que no cabe decir otra cosa, sino que llena cumplidamente su objeto. El público del Cómico la aplaudió largamente, así como a sus intérpretes. Lamentamos no poder hacer, en conciencia, lo mismo.

EL ESPANTO DEL MAYO

La pieza de Muñoz Seca, "El espanto de Toledo", defiende bien el cartel de la compañía Joárez - Sanjuán, dejando caer sobre el público su lluvia de chistes de toda especie.

DE ROSAS

Mientras la compañía del Ateneo prepara novedades de interés, su programa diario lo absorbe "El abogado Bolbec y su marido", la agradabilísima comedia de Vernuil y Berr, traducida por Escobar, donde tan acertadamente trabajan Matilde Rivera, De Rosas y Belluci, particularmente.

GALLEGOS CONTRA CATALANES

El pleito del Liceo, registrado en la secretaría con el rubro "Martorell, Magariños y Cía." de Malfatti, sigue en pie, continuando todas las noches sus actuaciones en las que tiene preponderante y destacada intervención Roberto Casaux, secundado eficazmente por los demás elementos de la compañía y en modo especial por la simpática Pierina Dealessi.

LA ZARZUELA

La compañía de la Avenida ha debido estrenar en la semana anterior la Zarzuela del Maestro Millán, titulada "La Severa", de la que nos ocuparemos extensamente en el número próximo.

BUENOS AIRES

La última pieza de Suero, "El cotorro de Cacho Tabares", ha significado un éxito para el Buenos Aires, que la mantiene en cartel aún.

Este conjunto ensayaba un sainete de Vacarezza, "Juancito de la Ribera", ya posiblemente en cartel, en el que descontaba un gran éxito, pues se nos informó que sería una nueva acertada del autor.

FLOR Y TRUCO

La compañía de Blanca Podestá que con "Flor de durazno" se viene anotando muchos tantos, manda truco con "La horrible profanación", para la que todo el público tiene un invariable "quiero". Se complementa el cartel del Smart con la reprise de "El sargento Palma", de grata recordación y que ha sido repuesta con gran éxito.

CASAMAYOR, REALISMO Y BATACLANERIA

Un buen conjunto de actores se ha presentado en el Nuevo bajo la dirección de Casamayor. Se proponen cultivar el género realista, que ya les dió muchos éxitos en otras salas. Ello está bien porque el realismo, aunque tal vez un poco pasado de moda constituye, si no una escuela literaria actual, un gusto o afición estética de mucha gente. Pero el realismo serio que ofrece Casamayor no debe desviarse por otros planos, siquiera ello sea en lo accidental y subalterno. Dentro de lo razonable y artístico, nada tendremos que reprocher en estos espectáculos.

"Ay, mamita, qué noche aquélla" arreglo de una pieza francesa, "Bajo la garra del vicio" de Oscar R. Beltrán, obra ya juzgada y un interesante acto de Ricardo Hicken titulado "La erótica", componían el programa del debuto y recibieron la sanción favorable del público que llenaba el Nuevo.

CAVALLI Y CAPELLO

Tanto el veterano bufo italiano como el tenor que entona canciones genovesas, son muy aplaudidas en el Marconi. El público responde en forma a esta temporada hace poco iniciada y es de esperar que tanto don Gaetano como Mario Capello continuarán mucho tiempo en ese escenario. En la comedia "Gli inconveniente del divorzio", Cavalli está en una de sus mejores creaciones cómicas.

PIERNA DE ESTRENOS

En el Nacional hay tres obras en preparación para ser dadas a la escena según un turno que todavía no se ha establecido en el momento de escribir estas líneas. La pierna está constituída por "El gaucho negro" de Martínez Paiva, "El cabo Quijote" de Vacarezza y "San Juancito de Realicó" de Pico. Es posible que el turno sea el expresado y también lo es que inesperadamente cualquiera de estas novedades deje de serlo.

COMEDIA ESPAÑOLA

La compañía española Serrador-Marí, que actúa con éxito en el Victoria, prepara el estreno de "La caraba" del inagotable Muñoz Seca.

LOS GAUCHOS

Parece haber entrado con buen pie en la Opera el criollísimo conjunto que capitanea Greco. Tanto es así que hasta va a estrenar una pieza gauchesca de Gerardo López, el viejo autor. Aguardemos.

GRAND SPLENDID

La grandiosa sala que administra con todo acierto don Carmelo Carbone, sigue congregando en sus funciones, las mejores familias de nuestra sociedad. Carecemos de espacio para citar las películas de éxito últimamente exhibidas y que constituyen las últimas novedades del extranjero y fueron pasadas en este cine como estrenos. Recordamos que la matinée de los jueves es dedicada a los niños, con cintas apropiadas.

CAPITOL

Esta acreditada sala de la calle Santa Fe desarrolla con fortuna su temporada, viéndose siempre muy frecuentada de público selecto. En la semana que entra se pasarán películas de gran interés.

CINE PARC

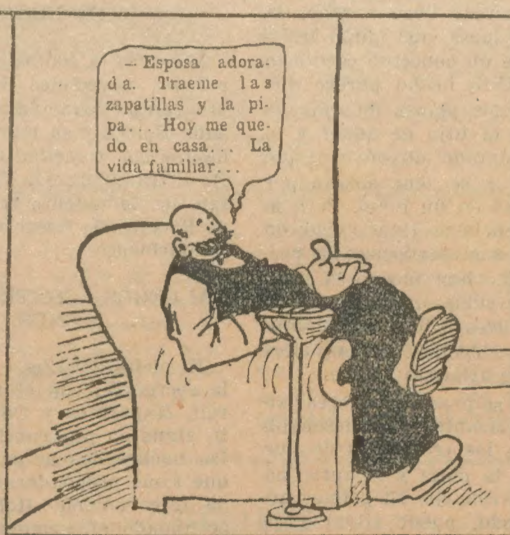
Mucho público se reune en las funciones de este aristocrático cine, el más elegante de Palermo. La empresa, varía el cartel con agilidad, ofreciendo agradables producciones que son admiradas por los "habitués".

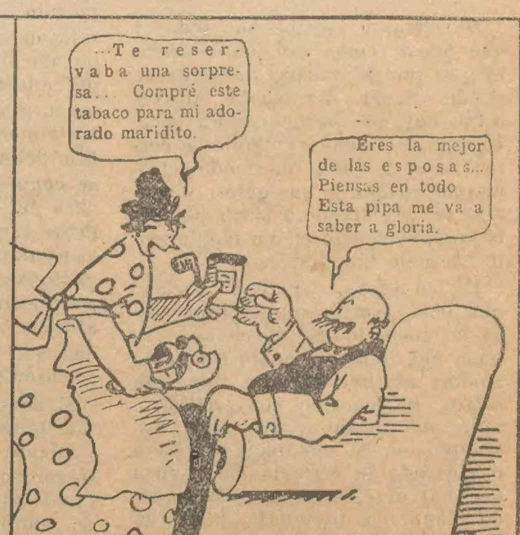




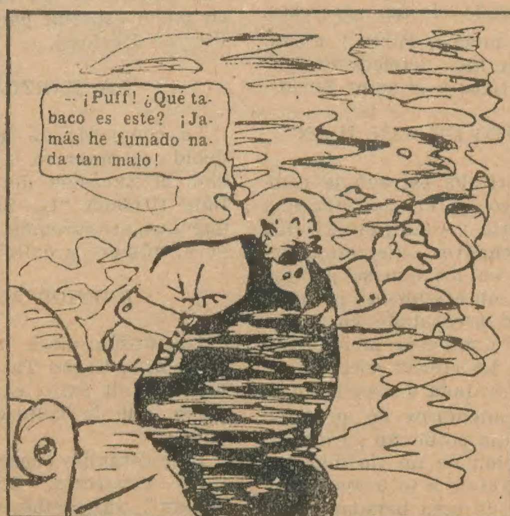

AVENTURAS DE PIPIRI

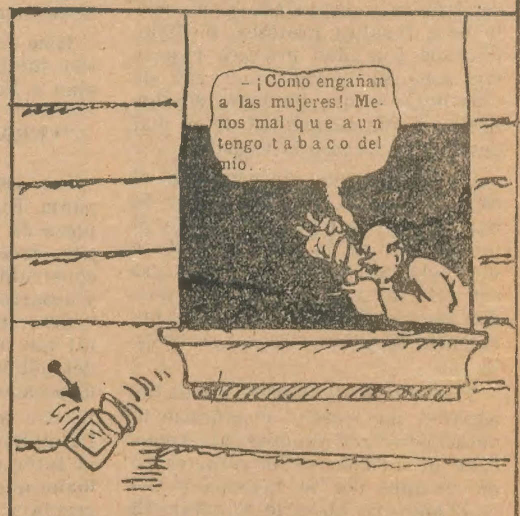














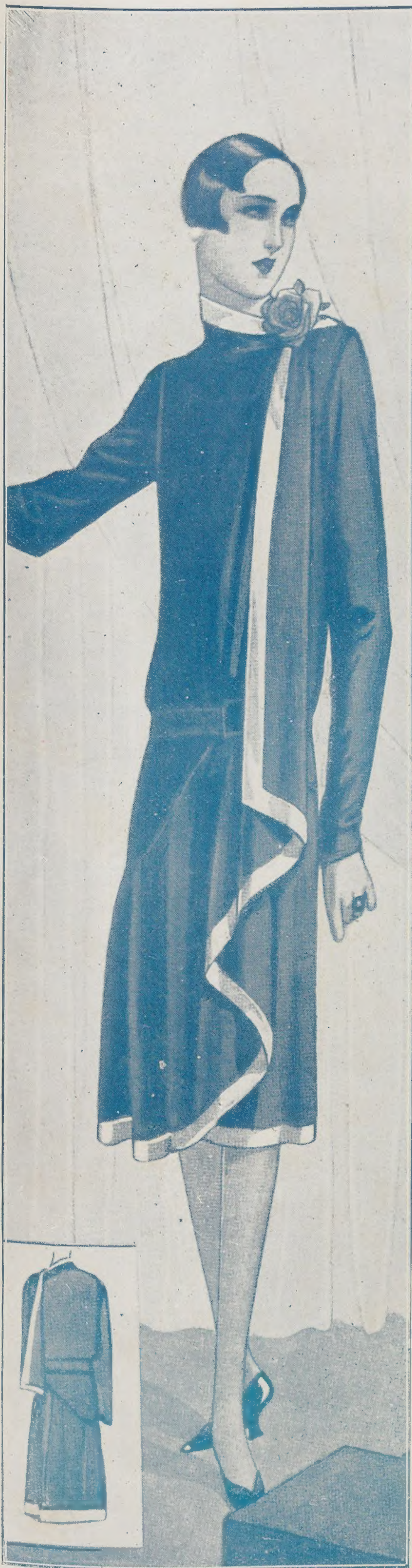








ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



Creación Premet. — Traje de crespón de China negro orlado con crespón de China blanco. Flor de seda y hebilla de plata y galatita en el talle.



1. Creación Zimmermann. — Traje de crespón de China estampado, con alto borde de crespón de China negro, viscaldado por encima con una fila de calados. — 2. Creación Zimmermann. — Traje de crespón de China tono amapola, guarnecido con crespón blanco.

ROPA DE CUERO

LA MEJOR Y MAS DURADERA

IMPERMEABILIDAD Y ABRIGO



ARTICULOS DE VIAJE Y SPORT

Casimiro Gomez

Bdo de Irigoyen 165
BUENOS AIRES

San Martin 1150
ROSARIO

SACOS, BREECHES, CHALECOS, PANTALONES, BOMBACHAS, SOBRETODOS, COVERCOATS, TAPADOS PARA SEÑORAS NIÑOS, GUANTES, GORRAS Y SOMBREROS

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.